Mª del Carmen García Tejera

CREACION Y
RECREACION POPULAR

LA POESIA DE ANTONIO MURCIANO

DISEÑO DE PORTADA Y MAQUETA: JULIO MALO DE MOLINA.
La viñeta de portada es del pintor G. MAROTO, 1927

© M.ª DEL CARMEN GARCIA TEJERA, 1986

EDITA: DIPUTACION PROVINCIAL DE CADIZ — IMPRIME: «LA VOZ», PLAZA DEL EJERCITO, 38 - SAN FERNANDO
I.S.B.N.- EN TRAMITE — DEPOSITO LEGAL: CA. 461-1986

Mª del Carmen García Tejera

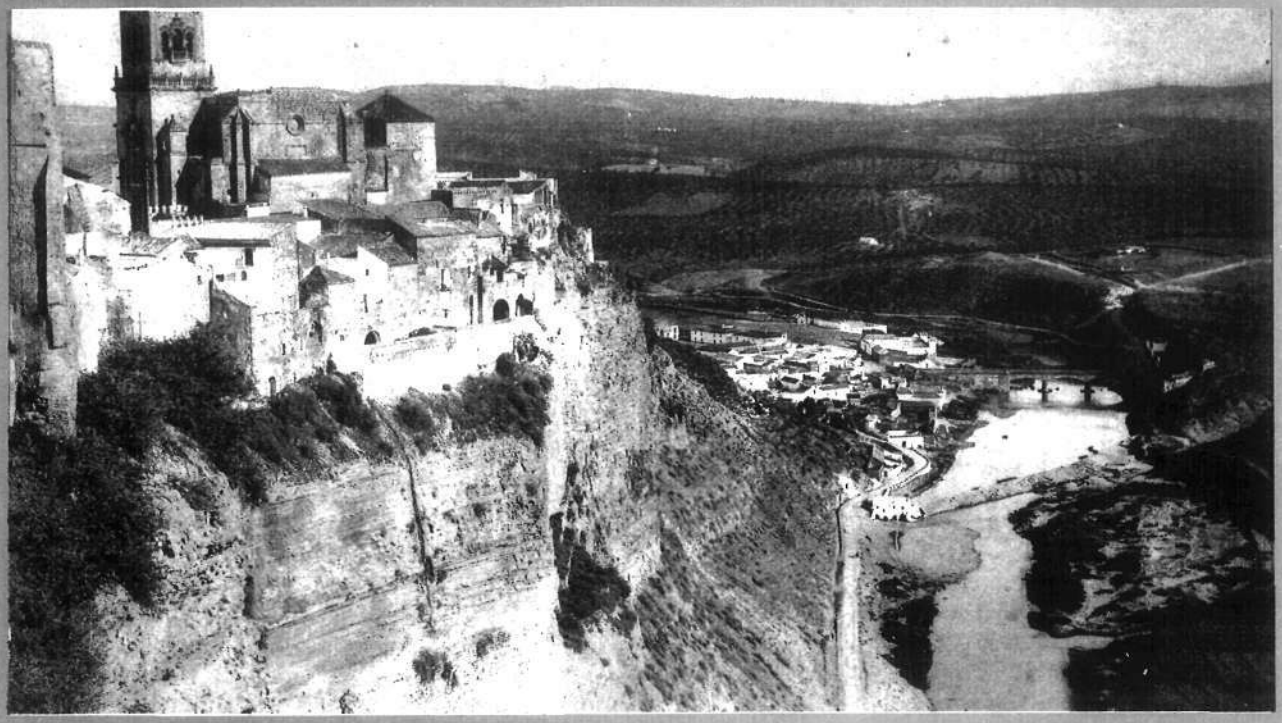
CREACION Y
RECREACION POPULAR

LA POESIA DE ANTONIO MURCIANO

Literatura 2

Diputación de Cádiz

A mis padres,
ANTONIO y MARIA CRISTINA.
Por tanto recibido.



INDICE

INTRODUCCION 13

1. DATOS PARA UNA BIOGRAFIA DE ANTONIO MURCIANO 19
- Primeras vivencias y pequeña «prehistoria» literaria 21
- Comienzan las plublicaciones poéticas 24
- Algunas notas para redactar un día mi poética 25
- Los condicionamientos históricos y ambientales en la obra poética de Antonio Murciano 27

2. LOS TEXTOS: DESCRIPCION Y CARACTERIZACION 31
- Navidad 33
- El pueblo 36
- Amor es la palabra 38
- La semilla 40
- De la piedra a la estrella 41
- Los días íntimos 42
- Nuevo cuaderno de Navidad 43
- Perfil del cante 45
- Canción mía 46
- Canciones con fondo de esperanza 49
- Fe de vida 50
- Nochebuena en Arcos 51
- Libros de horas 53
- Antología (1950-1975) 55
- Poesía flamenca 56
- Obras escritas en colaboración con su hermano Carlos 57
- Antonio Murciano y su obra 58

CADIZ, 1986

3. ANALISIS DE LOS TEMAS 61
El tiempo 63
Su fluir 63
Su medida 64
Su dimensión humana 66
El Amor 66
Amor, Corazón, Canción, como constantes en la palabra poética amorosa de Antonio Murciano . 67
Iconografía de la amada 70
Tus iniciales aquí, en el corazón... 71
Cancionero niño 72
Canciones para mi mismo 74
La Navidad 75
El nacimiento 76
La naturaleza 77
Los personajes 78
Trasposiciones espaciales y temporales 82
Vivencias y sentimientos navideños del poeta 83
Los temas poéticos de Antonio Murciano 84
4. APENDICE 87
Vino, primero pura, / vestida de inocencia 89
Se quedó con la túnica / de su inocencia antigua 92
Concierto en mí 94
5. A MODO DE CONCLUSION 101
Los textos 104
Los temas 104
6. BIBLIOGRAFIA 107
a) Estudios sobre lingüística y teoría literaria 109
b) Estudios generales sobre historia de la literatura española 110
c) Estudios sobre poesía popular tradicional 111
d) Estudios sobre Andalucía y sobre poesía andaluza 111
e) Estudios sobre la obra poética de Antonio Murciano 112

INTRODUCCION

El «descubrimiento» de Antonio Murciano, un poeta *cercano* (geográfica y cronológicamente), y un estudio anterior de sus coplas y poemas flamencos nos llevaron a la conclusión de que su obra poética y, sobre todo, los elementos populares que laten en ellas, merecían algo más que una lectura superficial. Desde luego, Antonio Murciano no es, ni mucho menos, un poeta desconocido: su ya amplia bibliografía poética lo convierte en uno de los más representativos de la llamada «Generación o Promoción del 50». Su dedicación al flamenco, a Andalucía y —por extensión— a cualquier fenómeno de índole popular, es sobradamente reconocida y aceptada, no sólo en círculos intelectuales y literarios. Por tanto, no tratamos de sacar a la luz a un poeta, sino de profundizar un poco más en sus creaciones y, sobre todo, en esa veta popular que, en opinión de críticos y de simples lectores, hay en ellas.

La «proximidad» a la que acabamos de aludir nos ha ofrecido la extraordinaria oportunidad de tomar contacto directo con el autor: hemos recorrido con él Arcos de la Frontera, lugar donde se desarrollan su vida y su poesía. Él mismo nos ha brindado no sólo una visión particular de su propia obra, sino además las motivaciones (sentimientos, ideas, acontecimientos...) que le llevaron a realizarla. Gracias a él hemos podido tener acceso a sus libros —agotados la mayoría por tratarse de ediciones con escasa tirada— y a la crítica que, en periódicos y revistas literarias, se ha realizado de ellos. Hemos conocido el «crecimiento» de esa obra poética, hasta tal punto que algunos libros los hemos ido incorporando a nuestro estudio al hilo de su nacimiento (tal es el caso de *Campo Sur* y de *Concierto en mí*). Hemos contado, en fin, con la valiosa opinión de diversas personas —conocedoras del poeta y de su obra— que nos ayudaron a completar y a hacer más objetiva nuestra visión sobre Antonio Murciano y sus creaciones poéticas.

Para obtener un conocimiento más amplio de la poesía de Antonio Murciano hemos optado, en primer lugar, por describir cada uno de sus libros y después, por extraer de ellos los temas que aparecen con mayor frecuencia: amor, navidad y tiempo (1), y dedicar una atención preferente a los elementos populares que figuran en los mismos.

El porqué de un estudio acerca de estos elementos populares está motivado por las razones que ya adujimos antes. Recordemos, además, que la existencia de una línea poética popular en nuestra literatura es un hecho incuestionable: «lo popular» configura, paralelo a «lo culto» —«Escila y Caribdis», según terminología de Dámaso Alonso (2)— un camino perfectamente definido y rastreable en la Historia de la Literatura Española. En el caso que nos ocupa y sin olvidar otras tendencias, podemos afirmar que esta línea popular define en gran medida la trayectoria poética de Antonio Murciano. Las razones pueden ser muchas y de variada índole. Apuntemos las que consideramos más relevantes:

a) El medio geográfico en el que se desenvuelve el poeta, y en el que nace y se desarrolla su obra: Arcos de la Frontera.

b) El ambiente humano, su diaria convivencia —por vocación y profesión— con el hombre del pueblo.

c) Su formación literaria, que lo ha llevado a inclinarse en numerosas ocasiones por esa línea popular que late en gran parte de su obra.

Con todo, un repaso a su biografía puede ofrecernos nuevos e interesantes aspectos que nos servirían para justificar esta querencia por lo popular.

NOTAS

(1) El tema del flamenco ha quedado excluido del presente estudio por habérsele dedicado ya otra publicación íntegra: «*Poesía Flamenca» (análisis de los rasgos populares y flamencos en la obra poética de Antonio Murciano).* Publicaciones de la Universidad de Cádiz. Cádiz, 1986.

(2) *Estudios y ensayos gongorinos.* Gredos Madrid, 1955. Vid. pp. 9-28.

1. DATOS PARA UNA BIOGRAFIA DE ANTONIO MURCIANO

En estas líneas no pretendemos formular con toda precisión la biografía de un poeta que se mantiene en plena actividad creadora. Nuestra intención, de miras mucho más modestas, es presentar —junto con su situación espacio-temporal— los rasgos, acontecimientos e incluso anécdotas que, recogidos a través de cartas y conversaciones con Antonio Murciano, de algún modo han servido para configurar —sin que por ello hayamos pensado nunca en unos falsos determinismos— su interés por la poesía popular; interés que, hasta el momento actual, ha culminado en la edición de diversas obras que en este trabajo nos proponemos describir y analizar.

PRIMERAS VIVENCIAS Y PEQUEÑA «PREHISTORIA» LITERARIA

Antonio Murciano González nace en el número seis de la calle Nueva en Arcos de la Frontera —pueblo gaditano alzado sobre una peña, puerta a la Sierra—, el 29 de Diciembre de 1929. Fue el hijo mayor (1) de Antonio Murciano Mesa, industrial, natural de Málaga, y de María Manuela González-Arias de Reyna, nacida en Utrera (Sevilla). Esto explica ese «triángulo flamenco» —Cádiz, Sevilla, Málaga—, título de una de sus conferencias, y al que alude en dos poemas: «Nombre para el recuerdo» (incluido en *Perfil del Cante y Poesía Flamenca*):

«Soy de tierra gaditana.
Pero me va por las venas
sangre de Utrera y de Málaga.»...

y «Málaga» (en *Perfil del Cante* y *Sur de Llamas*):

«En un barrio
de Málaga,
entre La Cruz Verde
y La Alcazaba,
—Calle de los Frailes—
por donde una acacia,
andan las raíces
de mi sangre y mi casa.

Ella, de Utrera,
la verde-pálida.
Y Él, del azul
de Málaga.
Pero yo nací en Arcos
la «anciana y blanca».

¡Qué mágico, qué lírico
triunvirato me manda!
¡Qué triángulo el mío,
qué trío de savias;
qué tres cunas de cante
mecen mis nanas!

¡Cómo me gritan, hieren,
puéblanme y alzan!

¡Cómo me tiran,
amor, del alma,
Arcos, Utrera
y Málaga!».

Volvamos a la fecha de su nacimiento —29 de Diciembre—, en plenas fiestas navideñas; circunstancia que, alentada por el paisaje betlemita de Arcos, configura entrañablemente parte de su producción poética (2). Antonio Murciano lo refleja especialmente en un poema, «Villancico de mi nacimiento». *(Nochebuena en Arcos):*

«¿Qué azul villancico
canta por mi vena?

Yo nací en Diciembre,
una Nochebuena.

¿Qué música niña
en mi voz resuena?

Yo nací en Diciembre
por la Nochebuena.

¿Qué tierna alegría
se me vuelve pena?

Yo nací y Diciembre
era Nochebuena.

Calle Nueva seis,
cal y yerbabuena.

Cuarenta diciembres
esta Nochebuena».

«Temprano anduvo la Poesía por nuestra casa de la calle Nueva; y más temprano aún la descubrió Antonio. Él no me lo había dicho, mas, para mí, que se la encontró un día en el cuarto del almacén, junto a la ventana abierta al corredor encalado; o en aquella otra ventanilla de nuestro dormitorio, cuyos barrotes enrejaban el cemento del *Cañuelo,* y en donde él se pasaba las horas fecundando el olvido» (3). Carlos, su hermano, y como él, poeta, alude a la precoz vocación literaria de Antonio, quien con siete u ocho años componía ya sus primeros poemas, agrupados más tarde bajo el título de *Agua que corre sin cauce* (obra de la que luego hablaremos), que Carlos le copiaba con cuidada letra. También por entonces escribía Antonio algunas obritas de teatro —*Humildad, La gracia gitana,* entre otros títulos— dirigidas e interpretadas por él mismo (4).

Es evidente que la Poesía fue su amiga desde muy niño. Al parecer, sus predilecciones ya se encaminaban hacia la tradición popular y, concretamente, hacia el Romancero: «Allá iba con él [la poesía] —continúa Carlos— a su alta ventana, unas veces a dictarle su música y otras a verle copiar en su libreta grande y rayada, con una tinta parda, sucia, color de tierra, los versos más prístinos, aquellos, por ejemplo, que comenzaban: «Abenámar, Abenámar, / moro de la morería», o aquellos otros que hablaban del prisionero y de la avecilla «que le cantaba al albor» (5). El mismo Antonio recuerda entre sus primeras lecturas...

«... Los libros sobre flamenco del Conde de Colombí y de Pepe Carlos de Luna; los versos de Manuel Machado...».

Pero no sólo de sus lecturas poéticas nace este gusto por lo popular —y por el flamenco—. Nos confiesa que...

«... Esta afición me viene desde muy niño. Mis primeros recuerdos se remontan a la zona del Barrio Bajo de Arcos y Llanos de la Caridad donde estaba la fábrica de aceites y jabones de mi padre, orillas del Guadalete, y a las primeras coplas oídas a los muchachos —tanto en nuestra fábrica como a los de la Tenería— mientras trabajaban; a los arrieros que pasaban cantando por la vereda baja del Romeral al otro lado del río; a las criadas de casa...» (6).

Estos primeros recuerdos de infancia los resumiría el poeta en una copla, integrada en la «Canción de los Pioneros» *(Poesía Flamenca),* como breve y denso homenaje a aquellos anónimos «poetas» —en cuanto recreadores inconscientes de coplas— que tantas veces desfilaron ante sus ojos niños:

«Canta el pueblo en su trabajo

y pasan los arrieros
cuesta arriba y cuesta abajo».

«Alcaraván» y *Agua que corre sin cauce.*

Dejemos transcurrir la década de los cuarenta. Antonio estudia el Bachillerato en el Colegio Salesiano de Utrera y, posteriormente, Comercio en Jerez y Derecho en Sevilla. «Antonio traía siempre una buena cosecha poética y todos los premios del género que se habían convocado en su Residencia» (7). En Octubre en 1948 gana la Flor Natural en los Primeros Juegos Florales de Arcos; en 1949 el Premio Literario de la Residencia Salesiana de Sevilla, y en 1950 —con J.A. Ochaíta y Leopoldo de Luis— el Certamen Literario de Algeciras en la Fiesta del Centenario.

Volvamos a 1949, cuando un grupo de jóvenes que compartían amistad e inquietudes litararias, deciden fundar una revista poética:

> «Fue un verano de 1949 cuando brotó la primera idea de agruparnos. Éramos seis, bien avenidos, pero algo dispersos. Julio Mariscal y Antonio llevaban ya muchos años a vueltas con los versos; Antonio, desde su primera infancia... copiaba a los clásicos en una libreta rayada, con una tinta extraña, color de tierra, y le daba sus versos a Manolo Manzano, su fiel dibujante, para que se los ilustrara —con lápices de colores— en unas anchas hojas de papel de barba. Antonio y Julio pasaban horas y horas leyéndose sus poemas, buscando el uno en el otro la comunicación, la comprensión precisa. Por otro lado, Antonio Luis Baena y Cristóbal Romero comenzaban ya a ensayar la canción tímidamente, disfrazando en ocasiones con una sonrisa, con una broma, su clara vocación. Juan de Dios y Carlos, en cambio, veían todo esto como desde fuera, ajenos a aquella inquietud que ya rondaba la sangre» (8).

El 15 de Agosto de 1949 sale el primer vuelo de «Alcaraván». De las ocho colaboraciones que lo integraban, entresacamos dos canciones de Antonio: La *«Canción del niño ingenuo»*

«¡Mira, madre, qué dolor!
La hija del hortelano
quiere a otro, que a mí no.

Dice que el otro es moreno
y que es más alto que yo;
que tiene una barca grande;
que sabe hablarle de amor;
que fuma como los hombres
y tiene ronca la voz...

¡Mira, madre, qué dolor!

¿Qué le dirá el otro niño?
¿Qué le dirá que yo no?
Cómprame una barca grande
que tenga vela y timón;
dime que a los niños rubios
morenos, los vuelve el sol
y dime que falta poco
para ponerme mayor...

¡Mira, madre, qué dolor!
La hija del hortelano
quiere a otro, que a mí no.»

y la *«Canción de la amante muerta»*

«Por el alba de tu risa
sin sonido,
Amante, me iré contigo.

Por la tarde de tu cuerpo
sin desvío,
Amante, me iré contigo.

Por la noche de tu ausencia
sin caminos,
Amante, me iré contigo.»

Por esta época, Antonio Murciano cuenta ya con un buen número de poemas originales —no olvidemos que su actividad como poeta comienza en su niñez— que decide reunir bajo el título de *Agua que corre sin cauce (1945-1949),* librillo mecanografiado que oculta hoy cuidadosamente entre sus carpetas, pero que contiene el germen de muchas de las composiciones que forman sus libros publicados. *Agua que corre sin cauce* lleva

una fecha —diciembre de 1949—, una cita de Verlaine, una dedicatoria a sus amigos y una «Carta-Prólogo» de Julio Mariscal —el mayor del grupo—, de la que entresacamos unas líneas, ciertamente alentadoras y proféticas:

> «... Tu poesía, fresca y joven —¿a qué negarlo?— tiene que andar mucho todavía. Pero... y no quiero negarlo, tu poesía tiene ya el secreto de la luz y del color y una vena popular que no debes dejar en el olvido. Muchos poemas tuyos, han conseguido ya, la gracia, la soltura del verdadero poeta. Otros, en cambio, necesitas pulirlos. Es la ingrata labor artesana que se perfecciona con la práctica y los años... Tu poesía, eres tú mismo, desbordado y entero, "deslizando — como diría Carmen Conde— tus fuentes del soñar"»...

En *Agua que corre sin cauce* se integraban poemas —canciones, la mayoría— que posteriormente serían dadas a conocer en «Alcaraván»: «Canción del niño ingenuo», «Canción de la amante muerta» (que hemos reproducido más arriba), «Vente conmigo», «Barquero», «Deuda» (vid. apartado 4)... Dos sonetos: «Bécquer» (de 1946) y «Nocturno» (1947), acróstico dedicado a Chopin. «Dos figuras, un poeta y un músico, a quienes sigo admirando profundamente hoy», nos dice Antonio Murciano. Conozcamos otra de las canciones de este librillo, «¡Aguador!», una de las pocas composiciones puesta en boca de mujer que tiene el poeta:

> «¡Que no me digas que no!
>
> Déjame, madre, sentada
> esta tarde al mirador.
>
> Déjame, que quiero verle
> pasar, moreno de sol,
> gritando al aire en mi calle
> su pregón.
>
> Madre, tan sólo esta tarde,
> sentada en el mirador.
>
> ¡Qué no!
> Que no me digas que no.»

COMIENZAN LAS PUBLICACIONES POETICAS

La década de 1950 va a señalar el principio de una fecunda actividad de creación y publicaciones poéticas. En Diciembre de 1952 aparece *Navidad* (9), primera obra de Antonio Murciano. En Septiembre de 1953 gana, junto con su hermano Carlos, el Premio de la Vendimia de Jerez de la Frontera con *Los ángeles del Vino* (publicada el año siguiente; también de 1954 es la 2.ª edición de *Navidad*). Y del tema navideño, de tantas resonancias tradicionales, al tema de Arcos —su paisaje, sus gentes...— en *El Pueblo,* 1955. Vísperas de su boda —en Octubre de 1957—, *Amor es la Palabra.* También dentro de esta línea incluimos *Los días íntimos* que, si bien se publicó en 1962, fue compuesto entre 1953 y 1959. Con él incide nuevamente en el tema del pueblo que es algo más que un conjunto de casas y gentes: son sus raíces, su propia vida:

> ...«Allí está el pueblo, aquellas son sus torres.
> Sobre mi corazón, al fin, crecido
> bajo mi voz. Qué renovado gozo
> irse acercando hacia su piedra en vilo,
> hacia su cal, hacia su nube... Pueblo,
> norte de un sur, ya para siempre mío.»
> [«Pueblo cercano»]

Hasta aquí lo que podríamos considerar como una primera etapa poética bajo el signo de la tradición popular. Porque *La Semilla,* de 1959, marca ya otros rumbos en su obra. Sin dejar de ser canto, su poesía se serena y se compromete con las grandes verdades de la existencia humana. En esta corriente se integra también *De la piedra a la estrella,* publicado en 1960.

Comienza a partir de estos años lo que podríamos llamar una vuelta —o «recreación»— a los temas iniciales. Aborda por segunda vez el tema navideño con *Nuevo Cuaderno de Navidad,* 1963, y el amoroso con *Canción Mía,* de 1965, finalista del Premio Nacional de Literatura aquel mismo año. También en 1965 *Perfil del Cante* nos muestra, impresos por primera vez en libro, los poemas y coplas flamencas que la ya vieja afición de Antonio Murciano había ido forjando a través de muchos años.

Canciones con fondo de esperanza es un breve cuadernillo —publicado en 1966— que sirve de prólogo a *Fe de Vida,* 1969, donde el poeta insiste en el tema existencial —ya citado en *La Semilla* y *De la piedra a la estrella*— y renueva su confianza en la vida, en el hombre:

«Soy hombre y lucho y, porque lucho, existo.
Soy lumbre y quemo y es amor mi llama.
Mi hombría es una forma de milicia.

Soy uno más que canta lo que ha visto
y mira al porvenir de frente, insisto
en que esta hora del mundo es la propicia.

Soy uno más que cree, que espera y que ama
y que defiende a todo el que reclama
su pedazo de pan y de justicia.»
[«Fe de vida»]

En la década de los setenta la producción poética de Antonio Murciano se ha ido espaciando más con respecto a épocas anteriores. Con todo, hay un hecho incuestionable: sus últimas publicaciones —diversas en cuanto a tema— ofrecen una clara huella de tradición popular. En 1972 toca por tercera vez el tema navideño, pero con resonancias más próximas, puesto que se trata de *Nochebuena en Arcos.* En el *Libro de Horas,* de 1975 (10) plantea el tema del tiempo —de su tiempo— en meditaciones que siguen la filosofía popular y se condensan en breves poemas (algunos, en aire de copla):

«Se me está pasando el tiempo
y, como no sé pararlo,
suspiro y sigo viviendo». [«25»]

Una *Antología (1950-1975)* de sus versos compendiaba, en 1975, veinticinco años de actividad poética ininterrumpida. *Poesía Flamenca,* publicada al año siguiente, nos ofrecía una variada muestra de sus poemas dedicados al mundo del flamenco y de sus coplas, integradas en el repertorio de numerosos cantaores. *Campo Sur,* Premio «Aljarafe» de Sevilla, 1979 (1980) y *Concierto en mí,* Premio «Angaro» de Poesía en Sevilla, 1981 (1982), ponen fin por el momento a la dilatada bibliografía del poeta Antonio Murciano.

«ALGUNAS NOTAS PARA REDACTAR UN DIA MI POETICA»

En 1966 la Editorial Alfaguara de Madrid publicaba una *Antología de Poesía Amorosa (1939-1964)* con selección, prólogo y notas de Jacinto López Gorgé. Junto con unos datos biográficos y unos poemas representativos, cada autor antologizado aportaba sus ideas sobre la poesía. Conozcamos las que envió Antonio Murciano bajo el título «Algunas notas para redactar un día mi poética» mediante las que comprenderemos mejor su propia obra (11).

Sus inclinaciones van hacia el género *lírico:*

I.- «Lucho, aspiro y sueño una *poesía lírica* viril, rebelde o tierna, pero hermosamente humana y sencilla. Poesía lírica, desde luego, mejor que poesía épica, satírica, sociológica..., etc».

Se declara decididamente partidario de una poesía *formal,* si bien acepta la libre creación de nuevas formas estróficas:

II.- Y hablando de la «forma en poesía», estimo que la actual poesía española vive un grave problema no temático sino formal. Temáticamente la poesía se ha enriquecido al actualizarse, al instalarse en su tiempo y, sobre todo, al rehumanizarse, a Dios gracias. Pero está asombrosamente dominada por un versolibrismo insoportable, arrítmico y decadente. Condeno y no concedo el menor interés a tanto prosaísmo reinante que se sirve como poesía al amparo de una falsa forma poética, consistente en una escritura de caprichosos renglones arrítmicos más o menos cortos, puestos verticalmente.

El poema debe ser una obra de arte y el poeta, al par que un creador de poesía, un artesano del verso. Reivindico para la poesía de hoy la frase horaciana de «agua nueva en odres viejos».

III.- En cuanto a «formas estróficas» añadiré que las tradicionales son riquísimas en su variedad aconsonantada o asonantada y, lejos de atar y entorpecer la libre inspiración, la encauzan y ayudan.

Positiva conquista la elegancia rítmica, en estrofas, del verso blanco. Pase, en ocasión inspiradísima e incontenible, el versolibrismo, si con auténtico ritmo interno al modo cadencioso y musical de los «pies» clásicos; pero ocurre que, al amparo de un falso versolibrismo, andan sueltos por ahí una infinita legión de pseudo-poetas, monótonos de temática y plúmbeos de extensión, que tanto daño están haciendo a la verdadera poesía —ante la que son impotentes— cuando pudieran ser —¿por qué no?— buenos narradores, cuentistas, periodistas e incluso autores teatrales de los que tan faltos andamos.

IV.- Pero aún hay más —y conste que me tengo por progresista— y es que acepto (porque incluso me parece beneficiosa) la *creación libre* por el poeta de nuevas estrofas y combinaciones de ritmos y rimas a su temperamento, gusto o capricho, siempre que su estructura se respete en el poema. Visto así el campo de la creación «formal» es inmenso y legítimo. Lo que no me gusta ni seduce —y lo lamento— es el «informalismo» en arte, y concretamente, en poesía. Teniendo hoy la poesía conquistada la materia humana de primerísima calidad, es una pena que, por seguir la ley del mínimo esfuerzo, se elimine el trabajo de artesanía, de pulimento, de brillantez musical y sencillez expositiva en el verso, que lograrían la «obra de arte», todo lo cual se da junto y casi sin esfuerzo y por añadidura en el auténtico poeta. Aún más pesado e inaguantable que una serie sucesiva de libros poéticos de un autor escritos, v.g., exclusivamente en décimas, o en sonetos, o en octavas reales, resulta en este tipo reinante de versolibrismo «ad libitum et ad usum». Porque, amigos, en la variedad consiste el gusto, digo, el arte».

Sostiene que el poeta debe estar comprometido con la realidad y los hombres de su tiempo:

V.- En cuanto al *poeta,* creo y pienso que no debe estar —¡jamás!— encerrado en su torre de marfil, sino a campo abierto y entre sus coetáneos. El poeta no es un ser intemporal de espaldas a su realidad y de cara al infinito, sino un verdadero hombre de su tiempo, al que incluso le gusta ver qué hay detrás de las estrellas. Quiero una poesía limpiamente brotada de un hombre concreto, pero tan centrado en su circunstancia histórica y tan abierto a los que le rodean, que tiempo y hombre se sientan individual y solidariamente interpretados en el canto. Canción desde dentro, sí, pero de cara a la cotidiana realidad humana. Me gusta esa idea de abierta intimidad, cuya formulación pudiera ser aproximadamente: poesía lírica = intimismo con ventanas».

Amor, corazón, canción, son —como veremos más adelante (cfr. apartado 3)— claves en la poesía de Antonio Murciano. Poesía —que es comunicación— trabajada día a día:

VI.- «Para mí, *poesía* equivale a conciencia, a razón de ser. La razón de mi vida es mi canto. Mi canto cuenta mi vida. Por la poesía conozco y me reconozco; con la poesía participo en lo de los otros y hago a otros partícipes de lo mío; en la poesía me doy, me comunico a los demás; a través de la poesía, interpretándome, interpreto el sentir de los que sienten como yo y son impotentes a la artística expresión de esos comunes sentimientos. Cada poeta que lo sea de verdad tiene su público —no todo el pueblo, sino un determinado sector o parcela del pueblo—, «su público» que son «los de su cuerda» y tiene también —¡cómo no!— sus detractores, sus negadores y hasta sus «ignoradores».

VII.- Entiendo que *la poesía* no es cuestión de cerebro —¡fuera programas, consignas, propagandas!— sino de corazón. Pero de corazón con los ojos muy abiertos. El diario vivir y el diario soñar dan el poema diario. Los pies en tierra, sí, pero los ojos en el cielo. Que no mueran nunca los sueños.

VIII.- Creo en la *inspiración* como en un estado de gracia; como en una predisposición natural, un día o un momento determinado, para apresar y plas-

mar el poema; creo en esas primeras palabras —de las que otros hablan— o en esos primeros versos, volados o soplados al oído por no se sabe qué dioses o celestes ángeles líricos; veo como una alta y pequeña ventana por donde entra una suave claridad, que ilumina e informa la materia viva del poema. La creación exige atención, intención, contención, devoción y expresión emotiva de unos pensamientos, pasados previamente por el corazón. «Poyeo» es crear. Y, ya lo dijo el poeta, «la poesía no se escribe, se suda».

IX.- La preocupación artística y espiritual, el andar entre la diaria belleza de los seres y las cosas, el respirar y vivir una poesía en paz con Dios y con los hombres, indudablemente predispone al bien, a la fe y a la esperanza; predispone al Amor. *El amor* es la clave del mundo. Sin amor no habría poesía.

De la misma manera que en el corazón de todo buen poeta anida el buen moralista, la escalonada línea lírica de un auténtico poeta le lleva a Dios; al amor y a la paz de Dios».

Y en cuanto al problema emisor (autor)-receptor (público), Antonio Murciano entiende la poesía como vehículo, medio de comunicación, e insiste en la importancia del verso breve y la forma cancioneril para llegar maś directamente al pueblo.

X.- «*Poesía y público*... Poesía para mayoría o para minoría... Aunque el anhelo y el deseo sean escribir para la «gran mayoría», la realidad es que el ideal sería llegar siquiera a una «minioría creciente». En cuanto a la forma, quizás el verso breve, octosilábico...; la «canción» quizás —más que el poema extenso, más que el libro-poema— pudiera ser el vehículo para interpretar y quedar en las mentes y en los labios del pueblo. En cuanto al fondo, lo que precisamos en poesía —en arte— (y en tantos otros campos del vivir) no es, como sostienen algunos, una revolución, sino una evolución constructiva, valiente, superadora e ininterrumpida.

(Arcos y octubre de 1965)»

Y hasta aquí unos años en la vida —en la poesía— de Antonio Murciano, aunque en modo alguno pretendemos poner punto final a la biografía de un poeta que sigue abierto de par en par a todo cuanto se refiera a expresión de lo popular. Su condición de abogado en ejercicio que le mantiene en contacto permanente con las gentes, su diario convivir con el auténtico pueblo en su Arcos natal —donde reside con su mujer, Juanichi Rosado, y sus hijos, Antonio Ángel, Carmen María, Manuel Jesús, Montserrat, Myriam, María Gabriela, Amparo y Juan— o en cualquier otro punto de nuestra geografía, contribuyen no poco a ello (12).

LOS CONDICIONAMIENTOS HISTORICOS Y AMBIENTALES EN LA OBRA POETICA DE ANTONIO MURCIANO.

Los condicionamientos que rodean la obra poética de Antonio Murciano pueden ser establecidos a partir de dos perspectivas diferentes pero complementarias: una diacrónica que arrancaría de la historia de la poesía popular tradicional y otra sincrónica que, situada en el último punto de esa línea cronológica, hace referencia al entorno «físico», al ambiente en que nace y se desarrolla la poesía que estudiamos: Arcos de la Frontera, Cádiz, Andalucía...

Ya planteábamos al comienzo de este capítulo los puntos en que centraríamos nuestra atención, apuntando siempre a la repercusión que alcanzan en la obra poética de Antonio Murciano. Así pues, podemos ofrecer ya, a modo de conclusiones parciales, las siguientes notas:

a) Antonio Murciano cumple en gran parte de su obra poética una serie de requisitos que se han establecido como característicos de la poesía popular; requisitos que iremos precisando a lo largo de este estudio, pero que podemos ir señalando a modo de avance: afectividad y sencillez; ciertos rasgos de «oralidad» —por medio de apelaciones, interrogaciones...—, caracteres estilísticos

tales la brevedad estrófica, el dinamismo verbal, la dramatización —presente en el diálogo, la interpelación, la pregunta..., el realismo y la concreción— mediante la deíxis... En cuanto al aspecto métrico, utiliza estrofas típicamente populares, si bien su mayor logro en este sentido reside en la «elaboración» de estructuras estróficas propias al modo de la poesía cancioneril.

b) Su obra poética constituye uno de los últimos eslabones de nuestra poesía popular tradicional. De los diferentes procedimientos de aproximación a unos moldes populares —reproducción, inclusión y recreación culta— Antonio Murciano adopta en la mayoría de los casos este último, por lo que su obra entronca con la poesía cancioneril, que le llega a través de Bécquer, Juan Ramón Jiménez y Alberti: recordemos que la línea neopopular trazada por éste —«occidental», como la hemos denominado—, más ágil y culta, dejaba abierto un camino que no sería continuado por generaciones posteriores y que casi permanece olvidada hasta Antonio Murciano.

c) A esta influencia de tipo «histórico» se une la de su propio ambiente: nos referimos a cierto «barroquismo» expresivo, característico de la poesía andaluza y a sus vivencias personales, siempre tan cercanas al pueblo. Todo ello queda ya reflejado en sus primeras composiciones y en su propia concepción de la poesía, recogida en «Algunas notas para redactar un día mi Poética».

d) En definitiva, situándolo en esta encrucijada, donde la historia y el marco ambiental se unen, tendríamos que afirmar que Antonio Murciano es el poeta que dentro de su generación —la del 50— y de su tierra —Andalucía— se acerca con más fuerza e insistencia a la tradición popular, cuyo trazado poético había quedado casi totalmente interrumpido a partir de la postguerra con algunas excepciones, tales las primeras obras del sevillano Rafael Montesinos, precedente más inmediato en la década del 40 del popularismo de Antonio Murciano.

NOTAS

(1) Antonio es el primero de cuatro hermanos. Le siguen Carlos —también poeta—, Ramón y Amparo.

(2) Su poesía navideña, como veremos en los apartados 2 y 3.1.3, se recoge en tres libros —*Navidad* (1952 y 1954), *Nuevo Cuaderno de Navidad* (1963) y *Nochebuena en Arcos* (1972)— de fuerte sabor popular.

(3) MURCIANO, Carlos: *La Calle Nueva* (Memorias de infancia) Col. «Juan Such». Ed. Ángel Caffarena, Málaga, 1965 2.ª edición en Librería Huemul Buenos Aires, 1973.

(4) Según nos confiesa el poeta, esa vocación teatral de su infancia no ha prosperado. Sin embargo, pensamos que algo hay de ello en el gusto por la acción dialogada en muchos de sus poemas más populares, sobre todo amorosos y navideños, como la «Ronda de mi corazón en el tuyo» *(Amor es la Palabra)*, «Dialoguillo egoísta entre el amor y el amado», «Dialoguillo del qué dirán» *(Canción mía)*, «Romance de María y José la noche de Navidad», «Retablo del ángel y los pastores» *(Navidad)*, «De lo que la Virgen dijera al marinero de Cádiz que quería embarcar con el Niño-Dios», «Retablo de Reyes» *(Nuevo Cuaderno de Navidad)*, «Cancioncilla de Nochebuena», «Villancico de la buenaventura»... *(Nochebuena en Arcos)*. Incluso algunos de estos poemas navideños dialogados —el «Retablo del ángel y los pastores» y el «Retablo de Reyes»— han sido representados en más de una ocasión.

(5) MURCIANO, Carlos: *op. cit.*

(6) La situación geográfica de Arcos convierte a este pueblo gaditano en zona de tránsito o trasiego. No es de extrañar, pues, que Antonio recogiera cantes de diversos puntos; traídos y llevados por arrieros, pregoneros, vendedores ambulantes...

(7) MURCIANO, Carlos: «Con Antonio y su poesía». Prólogo a la *Antología (1952-1975)* de Antonio MURCIANO. Plaza y Janés Barcelona, 1975 P. 11.

(8) MURCIANO, Antonio y Carlos: «Memoria y presencia de *Alcaraván*» en *Poesía Española*, n.º 140-141. Madrid, agosto-septiembre, 1964.

(9) Sobre las peculiaridades de ésta y otras obras poéticas de Antonio Murciano, véase apartado 2: *Los textos: descripción y caracterización.*

(10) Este libro se publica por primera vez incluido en la *Antología.*

(11) La misma editorial publicó en 1969 una *Antología de Poesía Religiosa (1939-1964)* con selección, prólogo y notas de Leopoldo de Luis. Los poemas de Antonio Murciano iban encabezados por unas notas: «En torno a la religiosidad de mi poesía» donde dice que «me afirmo y ratifico en el contenido íntegro de las notas generales que en forma de poética personal escribí en octubre de 1965» (p. 455). Nosotros podríamos añadir —porque él mismo nos lo ha confesado recientemente— que hoy, en 1986, sigue manteniendo lo escrito en aquellas fechas.

(12) La canaricultura, el folclore y, en especial, el flamenco, son las grandes aficiones de Antonio Murciano. Aparte los premios literarios conseguidos con sus obras (vid. apartado 2), reseñemos otros galardones. En 1974 fue Premio Nacional del Sindicato del Espectáculo por el cortometraje en color «Arcos entre la realidad y el sueño» (producido por Dédalo Films) cuyo guión poético realizó en colaboración con su hermano Carlos. En Agosto de 1975 se le concedió la Medalla de Oro de Arcos de la Frontera. La dirección y edición de «Nueva Antología Flamenca» (10 L.P. en la Casa discográfica RCA de Madrid, de la que es asesor flamenco) le valió en 1979 el Premio Nacional del Ministerio de Cultura a la mejor obra española de música popular.

Su poesía ha sido traducida a varios idiomas. Cuenta igualmente con una amplia discografía que recoge poemas en su propia voz y coplas flamencas interpretadas por los mejores artistas del género. Pertenece como miembro de número a la mayoría de las instituciones académicas andaluzas.

2. LOS TEXTOS: DESCRIPCION Y CARACTERISTICAS

Todo texto literario aparece condicionado en su misma génesis por diversos factores, de los que, como más relevantes, destacaríamos dos: históricos y ambientales. En el caso de Antonio Murciano, habríamos de acudir nuevamente a nuestra historia de la literatura para ver esa línea popular que la recorre hasta desembocar en su obra poética y, por otra parte, conocer el entorno en el que se mueve el autor —Arcos de la Frontera y su escuela poética—, y recordar, como acabamos de hacer, las circunstancias de su propia vida que hayan podido influir en la adscripción a esta vertiente popular (1).

Se impone, pues, una descripción de cada uno de los libros poéticos de Antonio Murciano. Para que la información sea lo más amplia y rigurosa posible, nos detendremos en los siguientes aspectos:

a) Contenido y estructura formal de cada libro.

b) Circunstancias de su publicación.

c) Opinión que manifestó en su día la crítica.

NAVIDAD

Navidad, el primer libro publicado de Antonio Murciano, fue compuesto entre 1950 y 1952. Apareció, con formato 16 × 11 en la Colección «Neblí» de Madrid, en diciembre de 1952. Dos años más tarde —diciembre de 1954— se publicó una 2.ª edición ampliada en la Colección «Lírica Hispana» de Caracas (Venezuela) con el n.º 142. Esta última edición —que es la que utilizamos para nuestro estudio—, consta de un total de veinticinco poemas (siete de ellos se incluyen por vez primera). Se abre con una nota del autor: «Mi deseo al escribir este libro ha sido —conmo alguien ha dicho— "el de dejar cantar jubilosamente mi corazón" en alabanza y gloria de este Misterio, de este milagro blanco, que cada año nos vuelve un poco niños y nos llena la vida de recuerdos y de música de alas.

Este mundo, estas horas que vivimos, necesitan más que nunca del eco evangélico del mensaje de Belén: "Gloria a Dios en las alturas y Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". Y el poeta no desea, no debe ser más que eso, un mensajero de la verdad, de la paz y de la belleza». El libro va encabezado por una cita de José Hierro: "Hoy la noche es la mano / que pulsa la piedra y la estrella".

La obra se divide en cuatro partes. La primera, más genérica y sin título, comienza por un «Tríptico navideño» (con el Niño, María y José) e incluye también una serie de poemas dedicados a la exaltación del Misterio:

...«José, siento como un gozo
que me corre por las venas.
Dobla tu vara florida.
Dobla tu rodilla en tierra.
Siento al Hijo que me salta
por las entrañas... ¡Ya llega!
¡Cuánta música en el aire!
José, ¿qué... música... es... esa?».

La segunda se denomina «Figuras de mi belén» y, como el título indica, contiene poemas dedicados a las figuritas típicas de un «nacimiento»: el camellero, el pescador, la mujer junto al pozo... Dentro de la misma sección, aunque temáticamente apartados de ella, una evocación, legendaria y fantástica, de Eva en el Portal, y un poema dialogado en el que un ángel anuncia el Nacimiento a los pastores. Veamos un fragmento del soneto «Belén»:

> «Tiene el malva y la juncia aquel otero
> sobre el frágil verdor del praderío;
> la Estrella, desdoblada por el río,
> tiene un temblor mentido y verdadero.
> .....
> Papel de plata el agua detenida.
> Sierras de corcho gris, nieve fingida,
> y un Niño-Dios que, al fondo, duerme y vela».

De la tercera parte, «Canciones de la Virgen y el Niño», destacamos las nanas que canta la Virgen, conseguidas con especial ternura:

> ...«Duerme ya tu sonrisa
> Niño pequeño,
> que con sus pies de prisa,
> tenue, la brisa
> pisa
> un ángel de sueño».

Y por fin, la cuarta, «Los que no vieron al Niño», en la que el poeta recuerda a aquellos personajes que no vieron al Niño, porque no quisieron —el posadero y Herodes— o porque no pudieron, como Anob, el pastor ciego, y Artabán, el cuarto rey mago que no llegó a tiempo al Portal (2):

> ...«Ve, corre más de prisa, mi Basda, mi caballo
> que nos aguardan lejos y el arenal se agranda,
> que hay en mi calendario una fecha latiendo
> y se nos ha perdido mi luz de azogue y plata»...

En conjunto, podemos afirmar que este libro supone una continuación de esa larga tradición de poemas navideños en nuestra literatura. Las citas frecuentes de Góngora, Lope de Vega, Gómez Manrique, entre los clásicos, y de Luis Rosales y Rafael Alberti entre los más modernos, nos indican que el poeta además de ser un entusiasta del tema, lo conoce a fondo.

Desde el punto de vista métrico, encontramos una amplia variedad de estrofas, que va desde el romance al poema en verso libre, pasando por la décima, el soneto, la redondilla y la forma cancioneril.

Ya hemos dicho que con *Navidad,* Antonio Murciano recibe y enriquece esa línea de poesía navideña que, desde casi los comienzos de nuestra literatura, y saltando épocas más o menos favorables, llega hasta nuestros días. Pero quizás lo más original, a nuestro juicio, en este libro, sea esa amplia galería de personajes que nos hemos permitido clasificar en «bíblicos» e «intrabíblicos»: los que participan de forma directa en el acontecimiento (Jesús, la Virgen, San José,...) y los que pudieron haberlo hecho, si bien la Biblia se refiere a ellos de forma muy genérica (pastores, ángeles, «gente» del pueblo...).

La crítica sobre las dos ediciones de *Navidad* fue muy amplia y llegó desde diversos puntos de España e Hispanoamérica (incluido Brasil). De entre esta variedad, todos coinciden en tres puntos: a) la adscripción de Antonio Murciano a la tradición poética española sobre la Navidad; b) su aire andaluz; y c) su originalidad en el empleo de nuevos metros y, sobre todo, al incorporar personajes humildes —e incluso figuritas de barro— a sus poemas. Reproducimos en primer lugar parte de la crítica que hizo Leopoldo de Luis (3) a este libro, inmediatamente después de su publicación. Tras aludir a esa tradición navideña en la poesía española, afirma: «El tema es eterno y siempre conmoverá el corazón de algún poeta con la autenticidad suficiente para mover su pluma. Sin embargo, la tradicionalidad con que lo hace Murciano trae indefectiblemente a la memoria el más cercano precedente de Luis Rosales, como, desde luego, también el corte de los villancicos clásicos, pautas sin duda no eludidas por el autor, que más que ansias de novedad ha querido acaso dejar cantar jubilosamente a su corazón. La gracia primitivamente surista de la seguidilla apunta por estos versos, y hasta

en alguna imagen, el decir lorquiano, ese decir tan andaluz».

A continuación, llama la atención sobre el aspecto más original de la obra: «Pero hay una nota muy personal en *Navidad* de Murciano, nota que presta originalidad a la forma de tocar el tema. Es la dedicación de su piedad para los que no vieron al Niño: para Herodes... *Navidad* es la primera publicación de Antonio Murciano, y las calidades que pone de manifiesto merecen estímulo y confianza». Dos años más tarde, también en fiestas navideñas y en la misma revista, Leopoldo de Luis reseñaba la nueva edición de la obra y comentaba sus novedades: «*Navidad* nos llega, pues, de nuevo en estas fechas de fin de año, con la oportunidad de un saludo de Pascuas. Murciano ha incluido siete poemas nuevos en esta edición. La "Balada del camellero", con reminiscencias gerardieguistas. La "Balada azul del pescador", de jugoso sabor popular. "La Visitadora", poema con cierto tono de misterio, de extraña ocurrencia, logrado con evocadora fluidez narrativa».

Volvamos a la aportación más original, según la crítica, de *Navidad*. En la revista «Alcántara» escribían: «Aunque todas las composiciones del librito son muy bellas, nosotros elegiríamos, por más originales y encantadoras, aquellas que están inspiradas, no ya en los personajes históricos que tomaron parte en la égloga de Belén, sino en las figuritas de barro que en nuestros *nacimientos,* y más concretamente en el que se supone ha montado con ejemplar cariño el autor en su hogar, representan tosca e ingenuamente aquellos personajes. Tal esa oración por la figurita de la Samaritana junto al pozo, verdadera pieza de élite. El poeta mezcla el símbolo con la realidad en un floreo de magia. He aquí un sano y bello superrealismo del que podrían beber muchos poetas tradicionales y modernos: los unos para gustar una legítima evolución del estilo y los últimos para aprender qué caminos y cuáles no deben recorrer estas evoluciones».

Desde Barcelona, José M.ª Rodríguez Méndez (4) resaltaba el coloquialismo en el estilo de Antonio Murciano: «He aquí que las palabras no tienen nada de extraordinario: son palabras usuales... ajustadas a las cosas ordinarias de todos los días, usadas por las mujeres que conversan en las calles andaluzas. La métrica tampoco tiene nada de particular fuera de su sencillez; y así, ¿de dónde procede este "clima" poético lleno de gracia, fresco, ágil, entrando y saliendo, leve como un vilano que, al soplar, se desmenuza entre las cuatro raíces del aire?». Más adelante, insiste en su originalidad: «El libro navideño reclama las figuras de barro del nacimiento, con las narices partidas y el burro sin orejas, la mesa camilla tras la ventana, el olor a corcho y brasero, a serrín pintado, a pasos familiares, a luces musicales de voces callejeras junto al atardecer de invierno».

Citemos también fragmentos de cartas que, a modo de felicitación personal, le enviaron algunos poetas. Carmen Conde —a quien Antonio Murciano dedicaba el «Retablo del ángel y los pastores»— afirmaba: «...Me ha conmovido mucho este libro. ¡Qué poemas tan bellos!». Gabriel Celaya, desde San Sebastián, aseguraba: «*Navidad* es un verdadero regalo de buena poesía». Y Vicente Aleixandre, desde Madrid, agradecía la dedicatoria de uno de los poemas más originales del libro, «Oración por la figurita más antigua de mi nacimiento»: «...Mucho he gozado con este libro tan fresco y tan tierno y también tan vario, cosa nada frecuente en la poesía de Navidad. Sólo con haber leído el conmovedor poema a la figurilla de la Samaritana en el Belén (y he leído otros igual) ya sabría yo qué clase de poeta es Antonio Murciano».

Finalizamos estos comentarios con uno que, doce años después de la publicación de la 2.ª edición de *Navidad,* hacía Francisco Lucio en el diario barcelonés «Tarrasa Información» (5): «Traemos hoy a estas páginas un libro que se publicó, en su segunda edición, hace ya doce años. Sin embargo, tanto por la propia intemporalidad de la poesía como por la permanente actualidad del tema... comentar este libro ahora queda plenamente justificado. Su título, sencillamente, *Navidad;* su autor, el poeta andaluz Antonio Murciano. Con él se situó el autor, joven entonces de poco más de veinte años, entre los mejores cantores de la Navi-

dad en el siglo XX, uniendo así su nombre a los de Gerardo Diego, Alberti, Rosales, el P. Beltrán, F. Muelas, entre otros. Pero había en aquel libro —en este que ahora brevemente comentamos— una nota que, en relación con el autor, no se daba en los demás casos mencionados, al menos en el mismo grado de intensidad. Y era —es— que así como en casi todos esos poetas la Navidad es un tema en cierto modo ocasional, emanado de una efusión momentánea —aunque en algunos se haya repetido esporádicamente— y no del propio carácter de su obra, en Antonio Murciano procedía del mismo venero, de la misma fuente de que procede toda su poesía... Al tratar el tema navideño, Antonio Murciano nos da, tanto o más que en cualquier momento suyo, una palabra personal y, por esta razón, auténtica y plenamente humana. La palabra del poeta, que lo mismo por sus cualidades intrínsecas que por la misma naturaleza del tema, se convierte en palabra angélica, en cántico que se une con todo derecho a aquel que entonaron los ángeles en la noche más pura de los tiempos».

EL PUEBLO

El Pueblo, segundo libro publicado de Antonio Murciano, fue escrito entre 1952 y 1954. Apareció en la Colección Ágora de Madrid en 1955. Su formato es de 17 × 12 cmts. Está ilustrado con dibujos de Povedano y la dedicatoria inicial dice: «Para mi hermano Carlos, tan unido a mí siempre». Consta de treinta y cinco poemas que se reparten en tres secciones:

La primera, «Perfil» —nueve composiciones— va encabezada por una cita de García Lorca: «Agua clara / y olivos centenarios. / ¡Oh pueblo perdido / en la Andalucía del llanto!». Es un canto a la arquitectura, a todo aquello que configura el paisaje del pueblo: el río, la torre, la plaza, la calle, las casas...

«Vosotras sois el pueblo.
Vosotras, la corteza
de los hogares todos,
el humo fiel, la cal,
la gracia derramada,
la paz de Dios y el alto en el camino»...

La segunda, «Corazón» —de la que nos ocupamos más extensamente en nuestro estudio— está integrada por ocho composiciones. Una dedicatoria («J.R.B. Tus iniciales aquí, en el corazón del pueblo.») y una cita de A. Machado: «... Mi corazón está donde ha nacido, / no a la vida, al amor...» dan paso a estos poemas de signo amoroso y tono cancioneril, muy en la línea neopopularista:.

«Bajo el olivo,
amor.

Bajo el olivo
donde
un día
grabamos nuestros nombres;
aquel olivo antiguo
que sabía
de lunas y de soles
y tenía
la sombra verde
y bronce.»...

«Vida», la tercera y última parte, está formada por dieciocho poemas, divididos a su vez en dos subgrupos de nueve y nueve cada uno. Se dedica esta sección a personajes del pueblo. En el primer subgrupo, estos personajes están más individualizados: los amigos que han muerto, el muchacho que nunca había visto el mar, el buhonero, el tonto, la sabia, la muchacha fea...

...«Yo sé que al despertarte te miras al espejo,
y te lavas la cara de ungüentos y carmines,
y te lloran los ojos, y te muerdes los labios,
y te alisas el pelo desesperadamente.»...

Este primer subgrupo se abre con una cita de Leopoldo de Luis: «Cuántos hombres lejanos, olvidados, / cuyo dolor de sombra se hace lastre / sobre los hombros míos, / ... por él pasaron».

El segundo subgrupo lleva dos citas iniciales: una de

Luis Felipe Vivanco: «Hay una vida que es belleza / por su desgaste menudo y su porfía.»; otra de Ildefonso Manuel Gil: «Cantaré esas vidas / dulces, ignoradas.» Finaliza con unos versos de Vicente Aleixandre: «El pueblo en lontananza / del tamaño de un ojo entornado / yace en verde sin respirar aún / medio camino o brazo tibio al beso». Aquí los personajes son más arquetípicos: el hombre del campo, el preso, el jugador, el oficinista, la beata...

> ...«La beata se vive así la vida:
> clausurando perfumes y nostalgias,
> elaborando flores contrahechas,
> cuidando de los años de su madre
> en tanto que se va poniendo mustia
> —huérfana de requiebros— su cintura.»...

o se nos muestran en grupos: los pobres, la colmena, y, sobre todo, la crónica de aquellos que no tenían trabajo, la angustiosa realidad de los «Hombres en la acera»:

> ...«Yo los he visto así,
> tal como os digo,
> y era terrible verlos, hombres todos
> con un rayo de sol entre las cejas,
> la colilla apagada sobre el labio
> y un día más sin trabajo por delante.»...

Hemos hablado de tres partes en *El Pueblo* y tendríamos que insistir sobre ello, ya que, a nuestro juicio, el hilo conductor de estos poemas es levísimo; y más que un todo, pensamos que cada uno de estos grupos podría constituir por sí solo un libro. Esta visión tripartita se extiende a prácticamente todos los aspectos del libro. La métrica es diferente: más culta —décimas y soneto, aunque haya algún romance— en la primera parte; cancioneril en la segunda, y predominio del verso blanco en la tercera. También se pueden observar distintas tendencias estilísticas: «impresionistas» en «Perfil»; «neopopularista» en «Corazón» y realista —quizás una de las primeras muestras de lo que posteriormente sería llamado «realismo social de los 50»— en «Vida».

Enrique Molina Campos, en «Caracola» (Málaga) abordaba así la crítica de *El Pueblo,* pidiendo a Antonio Murciano que definiera ya su línea poética: «Nos gustaría que la poesía de Antonio Murciano escogiera, ya, el ancho y decisivo camino a que tiene derecho. Porque este libro... muestra una variedad de facetas que, a nuestro juicio, más le restan unidad que le añaden encanto. En efecto, las tres series en que el libro está dividido acusan, no una simple triplicidad de objetivos, sino unas patentes diferencias de actitudes y enfoques: la primera («Perfil»), una suerte de virtuosismo jugoso e intelectual cercano a la llamada «Poesía pura»; la segunda («Corazón»), acaso la menos conseguida, un juego neopopularista andaluz; y la tercera («Vida») que nos parece la más apresada y es desde luego la más densa, en la que el poeta incorpora a su voz esa concreción cotidiana y enteramente humana que parece ser el signo de la poesía de nuestro momento».

Sin embargo, la mayor parte de la crítica valoró en este segundo libro de Antonio Murciano su neopopularismo —lorquiano, en ocasiones—, y su visión «humana» de la realidad del pueblo; de *su* pueblo. Ramón González Alegre escribía en «La Noche»: «Antonio Murciano en su libro *El Pueblo* busca a Andalucía por el campo abierto y por el corazón de sus hombres. Pocas cosas se deshumanizan en Antonio Murciano. El pueblo puede ser un "pájaro de sol herido" o un "galgo de piedra", pero en cambio caben íntegramente los ríos, las torres, las plazas, los patios, las calles y las casas. Estas últimas son el pueblo mismo, el humo fiel y la fragua. La poesía de Murciano, sin desdeñar lo eminentemente metafórico de la poesía andaluza, busca más la sal y la lumbre, la estatua nueva con su entereza de bronce y sobre todo al hombre. Quizás en este intento de ir más a la integridad de las cosas que peregrinar por sus ramas radique la posible diferencia de los grupos poéticos andaluces actuales, en relación con los inmediatamente anteriores». Por su parte, Juan de Dios Ruiz Copete afirmaba en «Loreley», revista de Sevilla: «Nos enseña Antonio Murciano, poeta de finísimo corte andaluz, una forma —la única— universalista de ver el pueblo. Se sitúa el poeta —y nos sitúa— en una altitud atalayística para penetrar por la triple

estructura de la topografía poética en la médula de *El Pueblo*. Aristas, perfiles, matices, que a otro poeta le hubieran hecho desembocar en un localismo tendencioso, aparecen manejados por Antonio Murciano con una soltura, que en el proceso de concreción, de artesanía del verso adquiere un carácter de generalidad absoluta. Pese a la variedad temática y estructural la proyección de *El Pueblo* está longitudinalmente atravesada por la personalidad definida de Antonio Murciano, en su versión más diáfana de poeta limpio». En «Gánigo», revista de poesía de Tenerife, comentaban: «El tema pueblerino ha sido tratado sabia y profusamente en nuestra literatura. Recordemos el caso de Azorín. Hoy, uno de los hermanos andaluces, Antonio, se aventura por esas difíciles callejas, de sorprender sus entrañables secretos. Es un pueblo propio el que canta el poeta, y el que —a rastras de la leyenda liminar del libro— nos trae el recuerdo del *Poema del Cante Jondo* de Lorca». Jesús de las Cuevas, paisano del poeta, evocaba Arcos a través de este libro (6): «Antonio ha sabido exprimir toda la gracia y la ingenuidad que se respiraba entonces, como quien exprime una fruta, en unas deliciosas canciones, llenas de ritmo y de sentido oculto. Son canciones para no confundir a la novia si va al campo o al agua... Y baladas, y gacelas y kasidas recién estrenadas, tal como se estrena una mañana nueva». En «ABC» de Sevilla la crítica se centraba más en «Corazón»: «En *El Pueblo* encontramos una sección hecha de versos ligeros, de delicioso aire matinal, muy "cantabile", embriagada de juventud, fluida, flotante. Se titula "Corazón". Lo idílico está aquí vivo y áspero y fresco en la garganta. Se nos asegura que, desde Virgilio, lo bucólico es un género falso... Pero, esto, entonces, ¿qué es? Leed, leed, si postuláis la autenticidad, esta "Kasida de la mañana nueva" o esa "Gacela de una noche de amor".

Cerramos estas notas con el estudio que Ángel Valbuena dedicó en su *Historia de la Literatura Española* (7) a *El Pueblo:* «El "pueblo" está "del suelo al cielo ascendido / corazón al campo abierto", y es —lorquianamente— "pájaro de sol herido / y de luna amortajado". Y también, esto es más antoniano, "galgo de piedra". El río se enhebra como arroyo de Calderón, y es galán azul que gustara a Soto de Rojas. "La Torre", soneto dedicado a Gerardo Diego, es "grito de piedra alzado hasta la estrella, / que a pájaros y arcángeles convoca; / pirámide de fe...". Aplauden Calderón, Soto y Teófilo (8). Este, sobre todo, al "cuerpo de sombras", en "la enorme catedral del aire". Claro que Teófilo ve más bien barrocas linternas plácidas, madrileñas, del Viejo. La plaza nuestra "rostro gris" —aquí Teófilo prefiere plazas en cuesta, niños que saltan—. Pero, coincide en "abierto corazón, mano extendida", y en "página azul". En el patio, hay trenzas de niña, cal y albahaca, y "pozo que sabe ahogar los secretos de la tarde". Y del Mediodía. En la taberna hay cartel de toros y naipes... "Corazón" inicia J.R.B. ...Y el cantar de vendimia recuerda a Lope. —Perdona, lector, el ritmo adecuado de verso—. También hay siesta, y parece casta: Qué bien lo verde sobre lo blanco. —la transposición es de Teófilo—. Pero la tarde (como muchos) no entiende. Paredes con cruces, vidas que llevan en hombros la muerte, elegía por una niña muerta en abril, como algo entre postbecqueriano y de Neruda, y "muchacha fea" de lo más dramático del "pueblo", y tierno. Y el muchacho que no vio el mar, el buhonero sin Pérez de Ayala. Y no podían faltar el tonto, la sabia y el aparecido. Falta lo citado, o mejor, citada, en el capítulo de novela. Y luego, colmena, el sereno, el jugador y la beata. Los pobres cierran el pueblo, niños hambrientos, viejos de seguro con barba de más de ocho días, mujeres flacas... Un libro excelente, documental, evasivo en lírico e inolvidable».

AMOR ES LA PALABRA

Este libro, tercero de Antonio Murciano, fue escrito entre 1955 y 1956. Se publicó en la Colección «Lazarillo» de Madrid con el n.° 7, en agosto de 1957. Su formato es de 17 × 12. Va dedicado a la que muy poco después se convertiría en su mujer: «Todo el amor de este libro a J.R.B. dedico». Una cita de José García Nieto —«porque es llegado el tiempo del que

ama»— abre paso a veintiún poemas que se reparten en tres secciones.

La primera —«Canciones para ella», con seis composiciones— es, en cierto modo, continuación de «Corazón» *(El Pueblo)*, el libro inmediatamente anterior a éste. Especial protagonismo adquiere aquí la naturaleza, como escenario casi constante del amor:

> ...«Mira el sol cómo se esconde
> detrás de aquel monte alto.
>
> Mira cómo pasa el río
> —azul y verde— cantando.»...

También continúa —aunque sólo en esta primera parte— el tono de neopopularismo que ya veíamos en «Corazón». E igualmente sigue utilizando formas cancioneriles y arabigoandaluzas.

Los «Sonetos entrañables» —siete en total— que integran la segunda parte, abundan en el tema, si bien el decir se hace más culto y se acerca, más que al estilo popular, al de Lope en algunos de sus clásicos sonetos amorosos:

> «Ya estoy de vuelta, amor, viniendo estoy,
> llegando más a ti cada rodada;
> no vuelvo a lo dejado la mirada,
> siempre adelante remirando voy.
>
> Hombre que sueña y que se acerca soy,
> hombre que viene por la madrugada,
> que anhela y goza y tiembla la llegada
> muerto de ayer y redivivo de hoy.»...

Otras siete composiciones forman «Poemas de la víspera», tercera y última parte del libro, con predominio de verso blanco. La presencia y la ausencia de la amada, sus ojos, su voz, las confesiones, la revelación de los secretos... van preparando ya el encuentro definitivo. Las ilusiones, los últimos deseos, se perfilan muy bien en «El poeta vive la víspera de su boda»:

> «Me tiembla marzo por la sangre. El viento
> bate cristales por mi duermevela.
> Se me enreda en las manos todo, siento
> que una ronda de arcángeles me cela.
> Que una ronda de arcángeles la guarda
> para que venga a mí de gracia plena.
> Todavía no viene. ¡Cuánto tarda!
> ¡Oh noche larga de la luna llena!»...

Amor es la palabra es una obra de espera y —como el título de su última parte— vísperas. A pesar de que esta vez la temática engarza con más fuerza las tres secciones en que se divide la obra, todavía podemos notar cierta rigidez a la hora de delimitar estas tres partes. Con todo, se trata de una poesía personal y sentida como reconocieron los críticos. Simón Latino escribía (9): «Antonio vive la poesía y después la escribe; por sus poemas la sangre circula suavemente, tiernamente. Poeta intimista, sincero, puro, no se propone desconcertar a nadie con expresiones incoherentes o estrafalarias, como tantos otros jóvenes poetas de hoy. Ya le cante al pueblo en que ha nacido y cuya vida le enternece o le angustia o le habla al oído a la mujer que prefiere, su poesía tiene el encanto y la sencillez de las cosas naturales, que pasan ante nuestros ojos sin artificio, como la rosa que se abre, o el agua que corre».

La crítica siguió haciendo hincapié en esa adscripción a la corriente neopopularista, e incluso a su entronque con determinados poetas. G.V. afirmaba: «Hallar resonancias o antecedentes en un libro de poemas suele ser tarea fácil que el crítico debe a toda costa evitar, sin embargo, en ocaciones son tan fuertes tales resonancias que es casi imposible eludirlas. ¿Cómo no pensar en García Lorca ante estas imágenes *El corazón del nardo, la luna verde, tu voz tranquila de abanico y agua,* y los *pechos de cristal*...? Es más, parece como si Antonio Murciano buscara deliberadamente tal semejanza. Sólo así se explicarían esos títulos tan lorquianos cual son «ronda», «zéjel», «carmen» y «gacela». También el metro, el ritmo, el aire de las leves canciones recuerdan a Lorca. ¿Tan aparentes influencias deben considerarse como una virtud o como un demérito? Nótese que he escrito "aparentes". Quiero decir con ello que Antonio Murciano no me parece un vulgar imitador de García Lorca ni uno de esos poetas al uso que todavía andan metidos en dudosos roman-

ceros más o menos gitanos. Quien tal pensara, sería notablemente injusto con Antonio Murciano».

En «Mijares», revista de Castellón, se decía de *Amor es la palabra:* «Poemario grácil, alado, reverberante de luminosidad y delicadeza. Aunque dentro de una línea de signo neopopularista con leves reminiscencias juanramonianas, Antonio Murciano sabe imprimir a estos poemas un sello personal e inconfundible. En suma, un libro de excepcional calidad estética». Por último, Alonso Ortiz de Herrero afirmaba en la revista «Poesía Española»: «Antonio Murciano es, sin duda, uno de los pocos poetas que hoy cultivan la canción, ese género —nunca "menor"— en el que se hace verdad aquello de "la difícil sencillez"; el denso, sensual y al mismo tiempo, ingenuo aroma del cancionero arábigo-andaluz, trasciende en el verso ágil de Antonio Murciano».

LA SEMILLA

Cuarto libro de Antonio Murciano, escrito entre 1957 y 1958. Con él consiguió en 1958 un Accésit al Premio Adonáis de Poesía. Se publicó —con formato 14 × 12— en la Colección Adonáis —n.° CLXVI— de Ediciones Rialp, Madrid, en mayo de 1959.

La Semilla es una llamada al hombre, un canto esencialmente esperanzado que se resuelve, fundamentalmente, en sonetos y poemas largos —modalidad esta última prácticamente desconocida en Antonio Murciano hasta entonces—. Sus veintisiete composiciones se reparten en dos grupos: el primero es una declaración personal de principios dirigida a todo el que quiera escuchar su voz: a las muchachas de quince años, a la soledad del hombre, a los hombres que creen...

> ...«por los hombres de ahora, por todos
> estos hombres que viven mi tiempo,
> yo levanto mi fe, como un vino
> y la doy a beber en mi verso.»

El segundo trata sobre las verdades más profundamente humanas: la sinceridad, la ternura, la esperanza, la fe, la alegría, la paz, la verdad, la amistad... Se abre con un poema en el que «El poeta llama a las cosas por su nombre», cualidad que calificamos como una de las más esenciales en Antonio Murciano:

> ...«Si cuando digo amor es porque amo
> y cuando digo lumbre porque quemo,
> cuando digo alegría es porque gozo,
> cuando digo tristeza porque peno
> y cuando digo "adios" es porque vaya
> a Dios quien me crucé por el sendero.
> .....
> Cabalgo sobre un bosque de palabras,
> bajo un mar de palabras me sumerjo;
> me acosan, saltan, hieren, una a una
> y todas a la vez: "— Nómbrame, quiero".
>
> Y voy apaciguando las palabras,
> las acaricio, las ordeno y, dueño,
> las sonrío y las lanzo, bien maduras,
> a la cara del hombre de mi tiempo.»

«Sólo un poema, un soneto de *La Semilla* haría famoso a un clásico. Ahora es mucho más dura la pelea. Pero este libro lo tiene todo: porque la perfecta manera y estilo, se abren temblorosas calas de profundidad. *La Semilla* es para mí un libro magnífico», le escribía José M.ª Pemán desde Cádiz (10).

La mayor parte de los críticos hizo hincapié en una especial ansia de comunicación que Antonio Murciano ponía en este libro, de características diferentes, en cierto modo, a los anteriores. Dámaso Santos afirmaba en el diario «Pueblo» (11): «Antonio Murciano es también un poeta que siente su tiempo, que sufre, espera y se desespera en su tiempo. Que en este tiempo quiere abrir un boquete para la belleza del esfuerzo, de la comprensión, del humanismo verdadero. A su ligereza y riqueza expresiva se une en *La Semilla* la hondura, la gravedad y la trascendencia de su mensaje fraternal, y de su entera hombría». Y en «España semanal», decía Rafael Vázquez Zamora (12): «La poesía es hoy un instrumento más afilado que nunca para que el poeta pueda definirse a sí mismo. Y así como no es

preciso que una persona nos hable mucho para que recibamos el impacto de su personalidad, a un poeta de hoy, un poeta hecho como Antonio Murciano —un hombre de treinta años— puede sobrarle con un libro de ni siquiera treinta poemas para comunicarnos globalmente su alma... Y también es preciso, como lo hace Antonio Murciano, una firme y tenaz decisión de comunicar con los demás hombres, de figurarse por unos momentos que no es un poeta sino tan sólo un hombre cualquiera que tiene algo que decir a otros hombres cualesquiera. Y la magia de la auténtica poesía se ocupará luego de que esta comunicación entrañable se irise de belleza y se haga canto».

DE LA PIEDRA A LA ESTRELLA

Este libro —quinto de los publicados por Antonio Murciano— fue escrito en 1957. En este mismo año obtuvo el Premio Sardinero de Poesía en Santander. Posteriormente, en 1959, el poeta lo amplió y revisó definitivamente para su publicación, en enero de 1961 (13) en la Colección «Veleta al Sur» de Granada. Tiene un formato de 21 × 14. Se abre con dos versos de Dámaso Alonso, a modo de cita: «Para su plenitud, Dios necesita al hombre» y «Allí donde hay un hombre se anuda el Universo». Le sigue un centón —soneto— de Gerardo Diego: «Nombre en vela» (leyendo *De la piedra a la estrella* del poeta Antonio Murciano), y finaliza con una tabla de dedicatorias.

De la piedra a la estrella —expresión que Antonio Murciano ha empleado más de una vez en sus versos— es un canto al Universo, a Dios, su creador, y en el centro —incluso en la distribución de los poemas— al hombre. Es un libro muy en la línea de *La Semilla,* con cuarenta y dos sonetos (que arrancan de uno inicial dedicado «A la poesía») distribuidos en tres partes: la primera, «Universo» —doce sonetos para Gerardo Diego y Dionisio Ridruejo— es una exaltación de los cuatro elementos, de la tierra con sus accidentes y de los astros. Veamos un fragmento del titulado «Monte»:

> «Vuelo de tierra que en mi voz retuve,
> curvado sueño al sol, seno del llano;
> del suelo al cielo azul, como una mano,
> sorbo de Dios, el monte sube y sube.»...

La segunda, «Hombre», se subdivide a su vez en dos grupos: «Vida del Hombre» (dedicada a Hugo Emilio Pedemonte) con diez sonetos numerados en los que hace un recorrido por el camino —lucha— del hombre, desde sus orígenes hasta su fin:

> «Porque un día mordió la fruta aquella
> y su sangre se puso al rojo vivo,
> porque luego vendió su primitivo
> amor de Dios, por una carne bella;
>
> porque cambió por nácares la estrella
> y dio por unas rosas el olivo,
> perdió el hombre la paz y, fugitivo,
> hoy pone barro en todo cuanto huella.»...

En «Conciencia del hombre» —segundo subgrupo con once sonetos dirigidos a Horacio J. de la Cámara— el poeta plantea todas las formas de vida, de incertidumbre y de verdades que hacen al hombre sentirse y saberse como tal:

> «Morirse, sí, morirnos; esto es todo;
> en esto acaba todo y todo empieza;
> dintel, postigo, umbral de la certeza,
> total segur del último recodo.»...

Y la última sección, «Dios», con siete sonetos dedicados a Rafael Laffón, es una meditación y súplica final del hombre hacia el Creador:

> ...«Te perdí en el gozar, te hallé en la pena.
> Tarde te hallé, Señor, pero tú sabes
> que nunca es tarde si la dicha es buena.»

José Luis Cano (14) afirmaba: «*De la piedra a la estrella* es el más bello y emocionado libro de Antonio Murciano, y lo es porque todo él tiene la emoción y la belleza de la verdad». Gabriel Gelaya agradecía el envío del libro (15): «*De la piedra a la estrella* es un libro hecho y derecho. No se trata sólo de tu buen oficio, sino de algo que en cierto modo lo implica. Tú no vives en el caos como yo, y esto hace posible este libro

tan pensado y pesado verso a verso, casi sistemático, aunque siempre con la emoción y el misterio entre líneas». Leopoldo de Luis (16) apuntaba en su carta: «En general, hay en casi todo el libro una temática *que importa*. Y está todo él dicho con esa fluidez encantadora que hace venial incluso algún motivo doloroso». Y Vicente Aleixandre reconocía (17): «¡Una muy bella obra! Sin duda la más ambiciosa y redonda de las suyas. Me alegro mucho. Usted, en su Arcos, trabaja y rinde: buen ejemplo, en vivo».

LOS DIAS INTIMOS

Sexto de los libros de Antonio Murciano, aunque su composición se inició antes que *La Semilla:* fue escrito entre 1953 y 1959. Se publicó con el n.° 15 en la Colección «Alcaraván» de Arcos de la Frontera en diciembre de 1962, con formato de 17 × 12. Va dedicado a sus padres y lleva una cita de Luis Vaz de Camoens: «Que días hay en que mi alma tiene / un no sé qué que nace no sé dónde / y no sé cómo duele sin por qué». Sus veintiocho poemas se distribuyen de la siguiente forma: uno, que sirve de pórtico —«El corazón descalzo»— y dos partes, con ocho poemas la primera y diecinueve la segunda.

Los días íntimos es un diario poético —todas sus composiciones se abren con la palabra «hoy»— que, en cierto modo, adopta el tópico literario de «menosprecio de corte y alabanza de aldea». En la primera sección —de composiciones arromanzadas y metros largos, en general— el poeta está inmerso en una ciudad —la Sevilla de sus años de estudiante— de la que pretende huir evocando de continuo a su Arcos:

> ...«La ciudad me devora, me hace sangre
> al morderme, me hace suyo. Me siento
> sólo un hombre-engranaje, un hombre-rueda,
> un pequeño motor de su ruido.»...

Esta angustia impuesta por la ciudad se convierte en un estallido de alegría en la segunda parte, vuelto ya al pueblo. El tono jubiloso es perceptible, incluso, en la abundancia de formas cancioneriles y el predominio del metro corto:

> ...«Llevar un pueblo así entre la carne,
> con su nube arrollada a la cintura,
> con palomas y flores, con campanas,
> con ríos-venas hacia un mar de dicha,
> con amigos y surcos y canciones,
> es encalarse el alma y decir: ¡Vivo!»...

La crítica destacó de este libro su pureza y su madurez formal. Afirma Francisco Umbral en «Poesía Española» (18): «En esta hora poética de voluntarios de lo andaluz, a toda costa, Antonio reparte una lección de sobriedad al respecto. Se diría que su estro retozón de otro tiempo, va serenándosele en los últimos libros, lo cual puede ser un síntoma de madurez». B. Mostaza, en «Ya» (19): «Forma Antonio Murciano en la buena y variada trinca de poetas que Andalucía ha alumbrado desde 1950 para acá. Y tiene con ellos de común el propósito claro de buscar la poesía de lo sencillo, de lo cotidiano, de lo que el hombre siente y dice cuando vive en el plano de la normalidad. De ahí su tono coloquial y su poderoso don de comunicabilidad. Y ya no sé si como andaluces o porque sí, coinciden los más de ellos en un senequismo grave y sin retoricismo». Y Francisco Lucio, en «Tarrasa Información» (20) se preguntaba: «¿Qué representa la obra de Antonio Murciano dentro de la poesía andaluza y española de hoy? Sin dudarlo, yo diría que representa la pureza. Podrá haber voces que le igualen o superen en otras cualidades líricas, pero ninguna voz como la suya dice esas palabras de hermosa sencillez, de transparencia de arroyo de montaña, que nos limpian el alma, que nos vuelven más buenos después de leerlas, que nos impulsan a amar a Dios y a los hombres, en un apostolado ejemplar, realizado por la palabra, por su verdad humana y su hermosura casi divina, lograda gracias al don poético. La voz de Antonio Murciano es la voz pura, clarísima, de un ángel, entre las voces de los hombres, Antonio Murciano es la voz más pura de toda la poesía actual escrita en castellano, pura en el sentido lírico y en cualquier otro sentido, de pureza que cautiva o redime.»

NUEVO CUADERNO DE NAVIDAD

Nuevo Cuaderno de Navidad, segundo de los libros de la serie navideña y séptimo en el total de su obra, fue escrito entre 1960 y 1962. Se publicó en los Cuadernos de Poesía «Tagoro» de Las Palmas de Gran Canaria en diciembre de 1963. Libro breve, con formato 16 × 12, consta de quince poemas.

Si bien podemos considerarlo como un todo único, señalemos que este *Nuevo Cuaderno de Navidad* se abre con dos composiciones cuyas características se apartan un tanto del resto: se trata de vivencias muy personales del poeta. Así, en la primera, «Soneto para mi hijo en su primera Navidad», Antonio Murciano, ya padre, celebra la Navidad con su primer hijo:

> ...«Hoy es tu Navidad nuestra alegría.
> Ya somos tres, somos José y María
> con su Niño de Dios.
> Gracias, Dios mío.»

Y en la otra —«Sonetillo del poeta la víspera de la Navidad»—, canta su gozo por la conmemoración de la Nochebuena:

> ...«Todo es cuna. Hasta la pena
> calienta y hasta el aliento
> se hace pañal. ¡Qué serena
> música la paz que siento!»...

La segunda parte es la más amplia: doce poemas bajo el título de «Portal de Belén» y una cita de Alonso de Ledesma: «Alma dormida, despierta / y escucha el dulce clamor, / porque esta noche el amor / te ha echado un niño a la puerta». En ella, el poeta amplía la galería de personajes —iniciada en *Navidad*— con otros nuevos: así, en el «Villancico de los dos abuelos» felicita a Santa Ana y San Joaquín por el Nacimiento del Niño:

> «Repica una campana
> desde los cielos
> porque Joaquín y Ana
> ya son abuelos.»

e incorpora —en lo que llamamos «trasposiciones espaciales y temporales»— personajes actuales: los «nuevos adoradores»...

> ...«Con su larga barba viene
> por el sueño, por la nieve,
> cargado, Papá Noel.
> Santa Claus viene con él.»...

y en especial, una figura muy característica de la década de los sesenta: la del astronauta, que vive su Navidad «por el aire», en uno de los poemas más conseguidos y originales de Antonio Murciano:

> ...«Hoy están de parabienes
> cielo y tierra y mar y aire.
>
> Y yo, astronauta, perdido,
> tendido en paz junto al aire,
>
> voy rozando alas y estrellas
> mientras giro sobre el aire,
>
> sintiendo en mí la infinita
> sombra de Dios, frente al aire.»...

La tercera parte está constituida por una larga composición dialogada y representable: «Retablo de Reyes» que, en cierto modo, recuerda el tema de aquella primera muestra de nuestro teatro, el *Auto de los Tres Reyes Magos.* Este retablo va presidido por una cita de Félix Ros: «Niño al que abriga un pañuelo / y un vaho de mula y de buey, / con un rey negro y un rey / blanco y un rey caramelo.» El tono general del «Retablo...» es de un coloquialismo que quita solemnidad al tema y le presta, por el contrario, un especial e ingenuo encanto:

> BALTASAR
>
> Aquí debe ser, amigos,
> Recontemos las ofrendas.
>
> GASPAR
>
> Quitad el polvo a las túnicas
> y peinad las cabelleras.
>
> BALTASAR
>
> ¡Sonreíd, que no se asuste!...

MELCHOR

¡Las tres coronas bien puestas!».

En conjunto, podríamos valorar este libro como una prolongación de *Navidad*. No sólo por el tema, sino por su tratamiento. La métrica es semejante —predominan los romances y el juego cancioneril—, el poeta sigue citando clásicos navideños... Sin embargo, preferimos enjuiciarlo a partir del adjetivo inserto en su título: «Nuevo». Efectivamente, esta obra aporta interesantes novedades a un tema tan de siempre como es el navideño. Ya hemos aludido a la inclusión de personajes actuales, como «los nuevos adoradores» o «el astronauta». Otra característica que presta especial significación al libro es su tono marcadamente ingenuo —casi infantil, diríamos— que nace de ese coloquialismo, de ese «decir simple» que ya se observó en *Navidad* y en libros posteriores, y que quizás provenga de su situación personal en aquellos años: hablamos aquí del poeta padre. Su poesía en este libro es como un juego entre lo navideño y sus hijos. Podríamos aplicar aquí las palabras que J.F. Montesinos dedicaba a la poesía navideña de Lope: «Es un niño lo que Lope canta... Un niño que tiene frío y sueño, que "llora de amor", pero en lágrimas de niño, y al que Lope consuela y mece con canciones de cuna que hubiera podido cantar a sus propios hijos». (Véase la «Introducción» a su selección *Lope de Vega. Poesías líricas,* en Clásicos Castellanos).

Vimos cómo este libro se inicia con un soneto dedicado a Antonio Ángel, su primer hijo. Otros dos poemas —«De cómo los niños todos de Belén fueron a adorar al Niño Jesús y le preguntaban...» y «Letrilla de las aves en el Portal»— están dedicados también a su tercer hijo —Manuel Jesús— y a su segunda hija —Carmen—, respectivamente. El mismo tono infantil se revela en «Canción de la nieve cayendo», «Villancico del Niño que se lleva la flor», «Baladilla ingenua de los animales en el Belén» y «De lo que la Virgen dijera al marinero de Cádiz que quería embarcar con el Niño-Dios»:

«—Dime si a tu Niño dejas
en mi velero embarcar.
—¿Dónde...? - A Cádiz.
- ¿Cómo es Cádiz?
—Tierra blanca en punta al mar.»...

En líneas generales, la crítica acogió muy bien esta obra, destacando el afianzamiento progresivo de Antonio Murciano en el tema navideño y sobre todo, la novedad y originalidad de sus poemas, entre los que sobresale la «Nochebuena del astronauta». De Jacinto López Gorgé es el siguiente comentario (21): «Toda la gracia andaluza y esa peculiar melancolía del poeta arcense puede asegurarse que está metida en el *Nuevo Cuaderno de Navidad,* llamado así porque ya en 1952 publicó otro libro con el nombre de *Navidad.* De entonces acá, como fácilmente puede presumirse, ha llovido mucho en la creación del verso de Murciano... El *Nuevo Cuaderno de Navidad* posee, pues, el don preciado de una muy honda experiencia, además de una fulgurante maestría formal. Y sin proponerse otra cosa que la exaltación —a veces con rasgos muy originales— de una nueva Navidad, sus resultados vienen a ser los de un bellísimo —quizá uno de los más bellos y singulares— libros de tema navideño. Desde el inicial "Soneto para mi hijo en su primera Navidad" hasta el dialogado "Retablo de Reyes" que cierra el libro, todo el cuaderno está lleno de ternura e inspiración. La sencilla y original gracia del "Villancico de los dos abuelos" es, en su brevedad, una de las cosas que, por citar un ejemplo, más me cautivan de este libro».

Joaquín Caro Romero afirmaba en la Revista «Agora» (22): «Antonio Murciano, poeta —como su hermano— tan grato a los oídos y a la memoria, ha vuelto no a repetirse, sino a superar la cosecha de su fértil tesoro poético. Trae Antonio Murciano a su hijo un magnífico soneto como portal, repica por seguidillas "porque Joaquín y Ana / ya son abuelos", guía y dialoga con los animales hacia el pesebre, y canta —por primera vez en la poesía española, que yo sepa— la "Nochebuena del astronauta". Esta Nochebuena se expresa en unas deliciosas estrofas romanceadas, don-

de el término "aire" se repite como consonante en los versos pares, armonizando la composición y relacionándola a la afinidad del contenido».

La crítica que aparecía en la revista «Poemas» de Zaragoza (23) encontraba en este libro resonancias albertianas: «Aunque no quiere el poeta traspasar los límites de un puro recreo del alma en torno a los consabidos temas navideños, la delicadeza expresiva y las atinadas intuiciones logran ir más allá en diversos momentos. Poesía fina, titilante, lindando con el primer Alberti —el de *Marinero en tierra,* el de *El alba del alhelí*—, entre poemas cristalinos, casi para sólo niños, pero cantando bien arriba, siempre alto, siempre confiado en lo vivo del alma». Manuel Ríos Ruiz, en un artículo publicado en el diario «La Voz del Sur» de Jerez de la Frontera (24) sobre «La poesía navideña de los hermanos Murciano» habla de los matices diferentes que adquiere el tema según sea tratado por Carlos o por Antonio. Sobre este último dice: «Con *Nuevo Cuaderno de Navidad,* Antonio Murciano nos brinda nuevos giros dentro de los tradicionales de la Santa Historia, tales como el breve "Villancico de los abuelos", o "Baladilla ingenua de los animales en el Belén" y "De lo que la Virgen dijera al marinero de Cádiz que quería embarcar al (sic) Niño-Dios" y "Nochebuena del astronauta", composiciones donde la fantasía logra verdaderos milagros de realidad creadora».

Finalizamos con el artículo que publicó J. Martos en «La Estafeta Literaria» (25): «Antonio Murciano es uno de los muy pocos poetas españoles que siguen dándole vueltas al tradicionalísimo tema de la Navidad, al que ya dedicó su primer libro en 1952. Bibliografía, pues, con puntas de Nochebuena, Entre una y otra se nota el camino, pues más que hace años Antonio Murciano procura añadir a los entrañables límites del canto y glosa de la Navidad de Cristo unas variantes conseguidas bien por la recreación de figuras y episodios, con menor o con ningún relieve en el Cancionero tradicional, bien por la pura invención referida tanto al propio poeta como a su tiempo. De la primera de dichas modalidades distingo "Villancico de los dos abuelos"; de la segunda "Nochebuena del astronauta", que abre nuevas posibilidades a la poesía en torno al nacimiento de Cristo al actualizar su pretexto y sirve al poeta para escapar de cualquier influjo... Casi no hace falta añadir que para andar con fortuna por la poetización versificada de la Navidad hacen falta sencillez, gracia, emoción, sentido clásico y también contemporáneo de la poesía. Todo lo anterior es cosa corriente en Antonio Murciano, que nos demuestra cómo para un buen poeta no hay asuntos viejos.»

PERFIL DEL CANTE

Este libro, octavo de los de Antonio Murciano, fue escrito entre 1960 y 1965 y publicado en la Librería Anticuaria «El Guadalhorce» de Málaga el 11 de septiembre de 1965, día del homenaje nacional dedicado en Málaga a Manolo Caracol. Va dirigido «A María Cristina y Ángel Caffarena. Y a su "Málaga cantaora"». En 1966 obtuvo el Premio Nacional de Poesía Flamenca.

El libro —formato 17 × 12—, con veinticinco poemas, está dividido en dos partes. La primera, «Sur de mis ojos» —dedicada a su hermano Carlos— es, como el mismo poeta indica, una «geografía lírica». Las ocho provincias andaluzas —con sus respectivas capitales— están evocadas aquí:

> ...«Los cantes de "Yerbabuena"
> y la Vela y su campana.
> Y el grito de Federico
> y la armonía de Falla.
>
> ¡Ay de Granada!»...

La segunda, «Sur de mi voz», va dirigida «a Anselmo González Climent, en América, y a Ricardo Molina, en España». Historia poética del flamenco que se subdivide en cuatro apartados: «La Poesía», «El Cante», «El Baile» y «Llanto final de la guitarra», con una cita de García Lorca: «Se rompen las copas de la madrugada. / Y empieza el llanto de la guitarra.»:

«Todos oyen tu llanto
y cuentan luego —¡ay!— tu vieja fábula.
Pero sólo tú sabes,
cuando la juerga acaba,
de ese rezagado, cabal, flamenco viejo,
que en lo hondo de tu caja
va enterrando los últimos
vidrios rotos del alba.»

Todas las composiciones adoptan las formas métricas peculiares de las coplas flamencas: cuartetas, tercetillos, seguidillas, romances, décimas, alguna forma cancioneril...

Perfil del Cante es un obra de excepcional importancia dentro de la bibliografía de Antonio Murciano. Con ella arranca la expresión de una de sus vivencias más profundas, el sentir flamenco andaluz, así como una de las líneas poéticas que más renombre ha dado a su autor.

Destacamos de la crítica sólo una crónica de urgencia (26), en la que se recogen los aspectos fundamentales de la obra, y su significación: «Sobre estas jornadas cantaoras ha nacido en Málaga un libro de Antonio Murciano. No queremos hablar de incorporaciones. Pretendemos señalar solamente la aportación de un poeta joven al caudal romancero recogido por los Machado y continuado luego con poemas diferentes por García Lorca y José Carlos de Luna. Antonio Murciano es un erudito, un investigador del cante y del baile, que se lanza con todos sus riesgos por la lírica andurrial del romance y de la copla. *Perfil del Cante*... encarna, precisamente en estos momentos malagueños, ese iniciado acercamiento de la intelectualidad española de los jóvenes poetas y escritores al arte andaluz como fuente inspiradora... Ciertamente, hace falta valor y valía para afrontar esta prueba, sobre todo cuando las cosas se miran con cristales resecos y cerebralistas. Pero Antonio se nos monta alegre, despreocupado, en el núcleo de sus corazonadas y de sus versos impensados, plasmando bellamente poemas revividores, con diferentes tintas, de aquellas estampas cordiales y eternas... Se trata de empujar, de alzar el cante a la altura de las tesis universitarias. Esto no quiere decir que creemos ni queramos un cante por y para intelectuales. Lo que sí pensamos y palpamos es la aproximación del intelectual de todos los órdenes a las prácticamente vírgenes parcelas del folklore, al arte andaluz, como medio de expresión y hasta como fenómeno humano. Y ese acercamiento se produce con entera espontaneidad, con pureza de intención, con un sobrecogido afán de pulsar los misteriosos arcanos de vivencias recónditas y de llegar a la telúricas honduras de una filosofía ancestral y cósmica. A toda una manera de entender la vida».

CANCION MIA

Canción mía, noveno de los libros de Antonio Murciano, fue escrito entre 1959 y 1964. Se publicó en la Colección «La Isla de los Ratones» de Santander, en octubre de 1965. Ese mismo año quedó finalista —con Mención Especial— del Premio Nacional de Literatura. Su formato es de 17 × 12 y lleva una cita de Juan Ramón Jiménez: «Canción, tú eres vida mía, / y vivirás, vivirás...». Consta de treinta y una composiciones. Tras un poema inicial —«Canción mía»—, los restantes se distribuyen en tres apartados:

«Nuevas canciones para ella» —primera parte, con nueve poemas— podría interpretarse muy bien como continuación de aquella otra —«Canciones para ella»— del anterior libro amoroso *Amor es la palabra.* Sin embargo, a nuestro entender, hay mucha diferencia entre ambos: si «Canciones para ella» era el canto de lo presentido, «Nuevas Canciones para ella» supone el canto de lo vivido, de lo gozado. Novia en la primera; esposa y madre en esta otra:

...«Sigue el son de la lluvia en los cristales
por tu silencio vivo.
Duermen los hijos. Lo compruebas. Sales.
Hago como que escribo.

Te sientas otra vez. Te siento junto.
Permaneces callada.

Hago como que aspiro y no pregunto.
Y eres tú el aire, amada.»

«Cancionero niño», segunda parte con once poemas en seguidillas y dedicados a Antonio Ángel, su primer hijo, es quizás una de las más originales y mejor construidas del libro. Las nanas, los consejos, deseos, encargos... para el hijo recién nacido que se va a encontrar con un mundo, una vida, no siempre fáciles:

...«De los hombres no esperes
verdad ni ayuda.
Pero no desesperes.
El pan se suda.

Cada cual va a su vida.
(Es la costumbre).
Busca en ti la escondida
luz que te alumbre.»...

Y por último, «Canción mía» (o «Canciones para mí mismo», como se tituló esta sección en la *Antología*), con diez poemas, es el canto al «yo», a su propio cuerpo: oídos, manos, ojos, pies... especie de autobiografía poética:

...«Lucho en presente y comulgo
con ideas de hombres nuevos.
Creo en Dios y, honradamente,
gano lo que como y bebo.

Yo tendré, como cualquiera,
mis cosas buenas o malas,
pero me precio de ser
de los del alma en la cara.

Amo apasionadamente
a los hombres de mi tiempo.
Quien me conoce, conoce
la otra cara del espejo.»

A pesar de ser este el noveno libro de Antonio Murciano, pensamos que fue uno de los más «hechos» de toda su bibliografía y, sobre todo, crucial para definir de algún modo su línea poética —como ya había pedido algún crítico—. La adecuación entre sus tres partes —la trilogía de amada, hijo y él mismo—, el tipo de métrica empleado —versos cortos con sabor a cancionero en la mayoría de los casos— y el estilo —nuevamente neopopularista— contribuyeron indudablemente al éxito de la obra que —todavía hoy y con una bibliografía bastante crecida— se sigue citando como una de las más representativas de Antonio Murciano.

La crítica acogió muy favorablemente *Canción mía*. Guillermo Díaz-Plaja escribía en «ABC» (27): «Como Manuel Machado, Antonio Murciano se vincula a la geografía andaluza, cuyo blanco alcaloide es Arcos de la Frontera, en una definitoria definición estilística, que halla en el contorno bético todos los elementos necesarios y suficientes para una expresión cabal». En cuanto a la forma: «Reveladoramente el libro se ciñe a la estrofa de arte menor y factura popular: copla, seguidilla, romancillo, endecha. Al poeta le sobra gracia y salero para moverse en tan estrechos cuanto deleitosos límites, porque opera por concisión, en profundidad. Maneja la sobriedad de lo proverbial y del cante, ahondando con el cuchillo, emocionando en la propia entraña: es infantil cuando quiere —en sus nanas— y, cuando lo desea, es extraña y hermosamente anciano, como si espumase el saber inmemorial de sus razas antiguas». Y finaliza: «Un análisis demorado de la obra general del poeta nos confirmaría, seguramente, en las apreciaciones formuladas. Prefiero subrayar de nuevo la capacidad de síntesis que permite, en el círculo del poema menor, abarcar un océano de ternura, con implicación general a una conducta humanísima, a una fidelidad familiar, a la consecuencia fiel a unas estirpes de poesía y delicadeza. Todo ello con amor. O, si queréis, con "ángel"». José María Fernández Nieto, en la revista «Rocamador» (28) insistía en que éste era el camino de Antonio Murciano: «Una vez más nos convencemos leyendo, releyendo esta *Canción mía* de Antonio Murciano, que cuando canta como en esta ocasión es cuando explota al máximo su cantera poética, que es inequívocamente andaluza. Diríamos que Antonio Murciano es el gran continuador de la copla andaluza —Machado, Lorca, Alberti— y sería una pena que esta poesía enraizada en lo más hondo del pueblo se fuera acabando. Como dice el poeta mismo: "Todo está cantado ya. / ¡Pero cuántas cosas quedan

/ todavía por cantar!". Esta copla por sí sola, es una justificación para los que piensen que con Machado o Alberti se cerró ya toda posibilidad de cantar "lo andaluz". Antonio Murciano ha sumado su voz, y ha enriquecido a Andalucía de estos cantares hondos como pozos y ágiles como pájaros y cualquiera de sus coplas puede aspirar a enraizar el alma del pueblo hasta hacerse anónima, que es el precio irónico de los poetas grandes que así cantan». Manuel Ríos Ruiz escribía en «La Voz de la Bahía» (29): «En estos tiempos de tanta angustia vital, de tanta literatura atormentada y retorcida, es alentador encontrarnos con poemas abiertos, con versos fluidos, donde la esperanza brille y proyecte una luz consoladora. Algo que encontramos en *Canción mía* de Antonio Murciano». Desde Tánger afirmaba Rafael Vázquez Zamora (30): «En los poemas de este libro, llenos de vital sentido y de esa callada música que tan pocos poetas pueden comunicar —y Antonio Murciano es de esos poetas que necesitan pocas palabras para transmitir ese inefable mensaje— se transparenta un hombre para quien la poesía es un medio de comunicar su fe en la Humanidad, y "de su pena hace alegría": "De todos modos, / viví mi poesía / en paz con todos"». Francisco Umbral declaraba en «Poesía Española» (31): «Un popularismo depurado y una especial querencia por la riqueza literaria del "jondo" y sus coplas, confieren a Antonio Murciano su facilidad para la canción, su gracia verbal y versificante. Tras algunos intentos de poesía mayor, Antonio vuelve a sus orígenes puros, a su voz sencilla, que a veces se enhebra en un hilo metafísico, puramente intuitivo, sin mayor densidad y perduración. Basta para que el cantar no se le quiebre, para que el decir no se le empañe.» Sin embargo, le objetaba el que a su poesía le faltara la tragedia, la otra cara de la moneda en el sentir andaluz: «Poeta de canción y de cantar, sí; poeta que ha puesto su lírica en cosas muy ciertas y cercanas: la esposa, el hogar, el pueblo, los hijos, la amistad... Todo un repertorio vital de manera que llamaríamos tradicional, al margen de cualquier problemática o revisionismo de nuestro tiempo. El poeta nos da, desde su paraiso de Arcos, una temática que es de siempre y en la que no caben rectificaciones, pero que, con una mínima vinculación a nuestra época, no podemos aceptar mansamente. No son los temas —perdurables—, sino la manera de sentirlos, de entenderlos y cantarlos, lo que se quedan fuera de foco en Antonio Murciano. A su canción le falta la raíz de dolor que tiene la canción popular andaluza por él recreada. Y le falta el revestimiento conflictivo que cabría esperar de su juventud de hombre. Equidistante de ambos sentires, Antonio Murciano canta en una zona de placidez beatífica, en un cielismo conquistado en vida por su hombría, al que, naturalmente, no tenemos nada que objetar. Pero sí nos gustaría advertirle a este poeta y amigo —dejando a un lado el dolorido sentir del hombre actual, que a él parece no interesarle—, cómo a su popularismo lírico le falta el ingrediente esencial del popularismo auténtico que tan bien conoce lo trágico».

No todos los críticos eran de la misma opinión. Arturo del Villar (32) afirmaba: «En la extensa producción de Antonio Murciano, lo que suele llamarse "gracia andaluza" ha dado paso a una preocupación por la forma del poema y a una especie de reducción de las ideas a sus límites menores... La canción de Antonio Murciano es honda, como el buen cante. Amor y muerte son sus temas principales, los protagonistas constantes de sus versos. Las soleares, seguidillas y canciones son la expresión mejor de una poesía realista y sin matices regionales, a pesar de su localización andaluza». Luis Jiménez Martos, en «La Estafeta Literaria» (33): «Sabe muy bien el autor sus límites: sabe no caer en la pretensión sentenciosa, pone a nivel armónico lo "jondo", que sin duda le sirve de modelo a cierta distancia. Y, así, da su canción personal e intransferible pero perfectamente comunicable, lo que nunca será gesto trasnochado, a condición de que quien la transmita, no se confunda de materia, cosa que en esta ocasión está lejos de ocurrir». Melchor Fernández Almagro (34), en una crítica de *Perfil del Cante*, relacionaba con éste a *Canción mía* como herederos de la tradición andaluza. «*Canción mía*... nos recalca el punto de impregnación que ha llegado a producir en Antonio Murciano esa fuente de inspiración andaluza

y andalucista, tan hondamente sentida y asimilada por él. Entiéndase que "lo andaluz" y, concretamente la poesía popular de esa quebrada tierra y su costa, no es ciertamente una limitación, sino una "apertura" a las más variadas creaciones o recreaciones líricas al modo de las felizmente conseguidas por Antonio Murciano».

Terminamos con las palabras de F. Lucio (35) quien pondera la necesidad de la *canción:* «Qué errado, pues, irá quien piensa que esta canción —la canción— es ociosa, obra de aislamientos en torres de marfil. Por el contrario, estamos con la palabra de Antonio Murciano ante una de las expresiones poéticas más necesarias de la poesía española. Él lo sabe, pero conviene que se afirme en la creencia. Precisamente porque "vivimos tiempos de discordia y sangre" (decir de Pedro Gimferrer), la canción es necesaria. Precisamente porque nos echaron fuera del Paraíso, necesitamos la canción para acordarnos de que a él naturalmente tendemos. Si algún día esta voz —la de Antonio Murciano— desapareciera, habría perdido la poesía española actual una de las versiones cuya presencia se hace de todo punto indispensable».

CANCIONES CON FONDO DE ESPERANZA

Este pequeño librito, casi un cuadernillo, con tan sólo cinco canciones —décima obra de Antonio Murciano— se escribió en 1965 y se publicó en los «Cuadernos de María José» —Librería «El Guadalhorce»— de Málaga, en 1966, con formato 16 × 10. Se inicia con la dedicatoria: «Para el poeta y escritor santanderino Arturo del Villar, tan cerca de mi poesía y mi amistad.» El colofón dice lo siguiente: «Se compuso en "La Española" y se imprimió en "Dardo" el día 23 de abril de 1966, al cuidado de M.ª José Caffarena. Consta la edición de 200 ejemplares numerados a mano sobre papel de hilo Gvarro».

Antonio Murciano, en una «Nota a la edición» explica el por qué de la publicación de estas canciones: «Estas "Cinco canciones con fondo de esperanza", formaron parte en un principio de mi último libro publicado *Canción mía* (finalista del Premio Nacional de Poesía 1965) y quedaron fuera del mismo a la hora de su edición por estimarse quebraban un tanto su unidad temática y formal. Tampoco se han incluido en el próximo libro del poeta, aún inédito, *Fe de vida* (recientemente galardonado con el premio de poesía "Ciudad de Palma 1965") pese a sus conexiones líricas e ideológicas. Sin embargo, forman como un pequeño puente, o enlace entre ambos libros, donde el poeta, saliéndose de sí mismo y de su mundo íntimo, vuelve a dialogar nuevamente con los hombres y el mundo que le circunda». Se trata, efectivamente, de un librillo-enlace, en el que la forma cancioneril —de *Canción mía*— se une a esa llamada dirigida a los hombres de su época, característica de *Fe de vida*. De estos cinco poemas —«Lo que importa», «Segunda letanía por los hombres que creen», «Canción de la nueva casa», «Canción para hombre y nuevo» y «Oración para todos los días»— escogemos un fragmento de la tercera:

> «Canto, oídme, al hombre nuevo,
> a ti porque aún no lo eres
> y a mí porque quiero serlo.
>
> Canto para el hombre nuevo,
> para el hijo de ese hombre,
> para el hombre de este tiempo». ...

Sobre este cuadernillo escribía Rafael Laffón (36): «Canciones con fondo de esperanza. Así, el rótulo del cuaderno. El poeta posee el don de confiar, y sabe cantarlo, —esto es, darlo a los cuatro vientos— con gracia y buen acento nuestro. Su voz es limpia y muy clara, inequívoca». Francisco Lucio decía (37): «Estas canciones de Antonio Murciano se sitúan con todo derecho en esa amplia corriente de poesía actual que se distingue por su signo humanista, por tener al hombre, entendido contemporáneamente, como objeto o fin del poema, corriente a la que, por lo demás, no es ajena la obra anterior del poeta de Arcos». Y desde Caracas, Jean Aristeguieta (38): «Cuaderno de composiciones de una sencillez vibrante, comunicativa, es éste de *Canciones con fondo de esperanza.* Las imágenes son

precisas pero aladas. Ávidas de alcanzar la serenidad por medio de la armonía. Análogas a exaltadas figuras de sangre, de barro, de mansedumbre. Sin odio, fraternales, generosas, son estas canciones de Antonio Murciano».

FE DE VIDA

Fe de vida, libro número once de Antonio Murciano, fue escrito —según nos confiesa el mismo autor al inicio de la obra— «en el período 1963-1965, a excepción de los poemas titulados "Soneto roto del pacifista" y "Soneto blanco de la paz", incorporados al libro en 1967, y "El extraterrestre", en agosto de 1968». Con el seudónimo de Antonio Arias de Reyna, Antonio Murciano obtenía con *Fe de vida* el Premio Juan Alcover de poesía castellana Ciudad de Palma, 1965, en enero de 1966. Se publicó en la Colección «San Borondón» de Las Palmas de Gran Canaria en 1968. De formato 23 × 17, consta de veintidós poemas, encabezados por una cita tomada del mensaje navideño que pronunció Pablo VI en 1967: «Ved, hermanos, una cosa sencilla y maravillosa: la paz exterior deriva y depende de la paz interior».

De *Fe de vida* quiso hacer su autor una obra testimonial y comprometida. Tras un prólogo —«Parábola»— en el que Antonio Murciano expone sus propósitos —«Vengo aquí, frente a vosotros, / para hablaros cara a cara»— el libro consta de tres secciones. La primera, «Lamentaciones por un tiempo pasado» —en la que Antonio Murciano juega con el soneto, haciendo a veces distribuciones caprichosas— no tiene apenas el tono nostálgico que suele dar el poeta a otras composiciones en las que se refiere al pasado. Exceptuando la «Elegía por la belleza» y el «Sonetillo en forma de lágrima», dedicado a la luna, ya alcanzada por el hombre —«Blanca doncella violada»—, en los restantes poemas se vive la tragedia de individuos —«El desterrado», «El ejecutado»— o de grupos —«Bombas para nunca»— que han sido destruidos de algún modo. En este último, Antonio Murciano recuerda el horror de Hiroshima:

«Se durmió mientras amaba.
Un pueblo azul que tenía
cara de luna y cantaba
en sol naciente, y vivía.» ...

En la segunda, «Consideraciones en tiempo presente» —redondillas, tercetillos encadenados, versos blanco, algún soneto roto...— nos va dando su visión del momento presente: peligro y defensa de la paz —«Reunión en la cumbre», «Soneto roto del pacifista»—, confusión y angustia en las ciudades —«Babel», «Ciudad nueva»—, conquista del espacio —«El astronauta»—, para terminar expresando —pese a todo— su confianza en el presente con un «Creo en el hombre»:

...«Y por mi fe,
juro que hoy más que nunca es necesario
que haya Dios. Y justicia. Y paz.
Amén.»

Y por último, «Meditaciones para un tiempo futuro», en las que el poeta antepone a todo su esperanza en el porvenir, en el que quizás conviviremos con seres hasta el momento ignorados:

...«Que nuestros nietos tendrán
—almas de selva y asfalto—
la piel color de un futuro
paraíso de mulatos.»

Un epílogo —«Canción para empezar un mundo nuevo»— reafirma esta confianza en el futuro:

...«Comienza a hacer algo. Ahora.
No te importe el terminar.
Porque lo que un hombre empieza
otro lo continuará.» ...

Acerca de este nuevo libro, Antonio Murciano afirmaba a Jacinto López Gorgé (39): «En mi obra anterior, hay una marcada línea de humanismo universal trascendente, que tiene su base temática general en mi libro de Adonáis titulado *La Semilla*. Esa línea desem-

boca naturalmente en *Fe de vida,* donde esa temática se concretiza literaria e ideológicamente en poemas sobre Hiroshima, la conquista lunar, el problema racial, la mecanización, el astronauta, la paz, el extraterrestre y el credo del futuro... Vista mi obra poética en panorama, *Fe de vida* viene a significar como una toma de pulso o de contacto con la problemática más apasionante del momento, con mi concreta circunstancia histórica, con la que el poeta se identifica y solidariza, creo que valientemente». De cualquier modo, la crítica advirtió cierto «cambio de giro» en la poesía de Antonio Murciano. Juan de Dios Ruiz Copete (40) señalaba: «Más de quince años tiene ya la singladura poética de Antonio Murciano, gaditano, de Arcos de la Frontera, de la quinta del cincuenta, y más de diez títulos los jalones líricos de su navegación. ¿Podría significar este de ahora, *Fe de vida,* que hace el undécimo, el primer aletazo para un cambio de rumbo? No. La experiencia de una nueva temática, sí. El poeta en este libro pone su sensibilidad en hora con su tiempo, esto es, se encara con las motivaciones esenciales de su momento histórico, pero sin que tal experiencia suponga ningún tajo traumático respecto de toda su anterior andadura». Leopoldo de Luis (4) recalcaba esta misma idea: «... Quería decirte lo mucho que me ha interesado tu nuevo libro —*Fe de vida*— en el que incorporas a tu poesía, tan ágil y alegre, la inquietud que a todo hombre de su tiempo ha de producirle hoy la ciencia, la guerra, la marcha del mundo. No eres un poeta que viva en las nubes y no das la espalda a las realidades circundantes aunque, naturalmente, lo hagas a tu manera, y dentro de tu tono, y con tu sensibilidad, pues otra cosa sería traicionarte a ti mismo».

NOCHEBUENA EN ARCOS

Nochebuena en Arcos es el libro que cierra —por el momento— el ciclo navideño de Antonio Murciano, y el número doce en el conjunto de su obra. Fue compuesto entre 1970 y 1972 y se publicó en la Colección «Alcaraván» de Arcos de la Frontera, con el n.º 25, en diciembre de 1972, veinte años después de la salida de su primer libro, también navideño. Su formato es de 17 × 12 y consta de veinte poemas originales, a los que se añaden sesenta más, recopilados del cancionero popular navideño de Arcos.

El libro se abre con un dibujo del poeta por Miguel García de Veas y con unas palabras de Gerardo Diego: «¡Qué linda y qué alegre ha de ser la Navidad en Arcos de la Frontera! ¡Y con qué sabor primario a tahona, a establo, a zaguán y a despensa, a horno y a molino y a ataharres y curtidos de jinetería!...». Finaliza con unas notas del autor al «Cancionero popular navideño de Arcos», donde explica los criterios que ha seguido para la selección, comenta algunos villancicos y promete una edición más amplia del Cancionero popular de Arcos, en el que viene trabajando. Siguen, a modo de epílogo, unos fragmentos de José y Jesús de las Cuevas, «Los villancicos inefables de San Pedro», tomados de su monografía *Arcos de la Frontera* (49). Y por último, una amplia tabla de dedicatorias.

Nochebuena en Arcos se divide en tres partes. La primera, la más personal, es «Mi Nochebuena», que comprende diez poemas en los que Antonio Murciano, siempre con trasfondo arcense, tan parecido al bethlemita («Teneis razón, amigos / soy un Belén de ensueño.», dice el Pueblo en el «Romance de la Nochebuena en Arcos de la Frontera») vive la Navidad con los suyos:

> ...«en el rincón más puro de los sueños,
> tal como ayer, os digo,
> Carmen, Gabriela, Antonio, Ángel, Myriam,
> Manuel Jesús y Montserrat, mis hijos,
> con sus zambombas y sus panderetas
> —cuando sobre mis hombros ya un tercio de siglo—
> me arrancan la canción y la nostalgia,»...

La segunda parte está formada por «Recreaciones de temas navideños populares», o, como aparece en la *Antología,* «Nuevos villancicos al modo popular». Se trata, como ambos títulos indican, de otras diez

composiciones que logra el poeta partiendo de otros tantos villancicos populares andaluces. Casi todos estos poemas arrancan de una cita inicial (un verso o una estrofilla de villancico), a partir de la cual Antonio Murciano realiza su versión particular. Algunos están resueltos con verdadero ingenio popular. Así ocurre en el «Villancico de la buenaventura», en el que una gitanilla quiere acertar el porvenir del Niño. La predicción entristece a la Virgen y a San José:

...«—No llores, la Virgen,
ni tú, San José.
Canastera soy,
me voy de Belén...
Y ustedes perdonen,
no quise ofender.»

Por último, la tercera parte es una «selección, ordenación y transcripción del Cancionero popular navideño de Arcos de la Frontera» que Antonio Murciano justifica con las siguientes palabras: «Se recogen en la presente colección de la tercera parte del libro (pues las dos primeras son de poemas originales) una amplia gama de villancicos y coplas de Nochebuena de las de mayor tradición en Arcos. Se han consultado muy diversas versiones de vecinos y vecinas, en su mayoría ancianos, habiéndose aceptado como definitiva la que publicamos, que estimamos la de mayor arraigo, sentido y gusto poéticos» (43).

La obra es, indudablemente, el libro navideño más enraizado con lo auténticamente popular de los escritos por Antonio Murciano. Constituido en su totalidad por estrofas muy populares (romances y formas arromanzadas, seguidillas, solares, coplas...), ni siquiera lleva una cita de autor clásico, tal como vimos en los libros navideños anteriores: las citas aquí pertenecen a villancicos de la más pura tradición andaluza, que en algunos casos, entroncan con el flamenco. Por otra parte, un buen número de poemas que integran este libro han sido grabados por diferentes intérpretes: Fosforito, El Perro de Paterna, Los Panderetos —grupo arcense— (44)... Destaquemos entre estas composiciones el «Villancico de la noche más alba», «Villancico del cantaor de flamenco», «Nuevo villancico de los dos abuelos» (45), «Coplas de la zambomba y el carrizo», «Variaciones para una nana de "Los Panderetos"», «Coplas navideñas de columpio», «Ronda de villancicos», «Villancico del Niño perdido y hallado», etc.

La crítica destacó, precisamente, el fuerte sabor popular de *Nochebuena en Arcos*. Juan Ruiz Peña, poeta jerezano afincado en Salamanca, escribía a Antonio Murciano desde esta ciudad: «No cabe duda de que eres el poeta de la Navidad, y el mejor elogio de la primera parte del libro, original, tuya, es que no se diferencia en sal, en brío, en calor y color a las otras dos partes escritas —cantadas— por el pueblo; tal como Machado quería». José M.ª López Vázquez comentaba en «El Diario Montañés» (46): «La forma de los versos de todo el libro, ni que decir tiene, que es la tradicional en estos temas, o sea: el romancillo, la seguidilla, la copla... (No olvidemos que el villancico es una canción y por tanto escrita para ser cantada). Antonio Murciano, que ya con anterioridad había tocado con gran acierto este tema, enlaza en este libro con la mejor poesía popular navideña».

En «ABC» de Sevilla escribía Rafael Laffón (47): «Bello libro este de Antonio Murciano. No en vano está considerado el poeta como especialista en la temática navideña. Reconocido y aplaudido por el refrendo general. Y motivos nos da de continuo para seguir pensando en él como entronque de las distintas corrientes neopopularistas del momento andaluz, generador básico de estas motivaciones entrañables... *Nochebuena en Arcos,* es una muestra más, repetimos, del quehacer en la poética del autor gaditano, al propio tiempo que revierte en manual popular importante desde el punto de vista de un análisis exhaustivo de tan solemne tradición en las regiones andaluzas, por lo que felicitamos al buen poeta arcense por este nuevo enriquecimiento del tema». La revista «Azor» de Barcelona (48) publicaba en sus páginas: «El libro, en conjunto, es una delicia. La gracia, la finura, el duende de Antonio Murciano asoma al filo de cada uno de sus versos, en los que mariposean la exquisitez, la dulzura, el puro lirismo, intencionado e inocente a la vez. Palpita en los poemas el corazón de este poeta andaluz, supersen-

sible, abierto a la captación del aliento popular, que recoge en cada villancico, copla o canción con singular acierto. Es indudable que con sus composiciones originales queda desde hoy inexorablemente enriquecido este *Cancionero de Arcos* del que él mismo nos da noticia en su libro». En «Diario de Barcelona» (49) escribía Octavio Saltor: «*Nochebuena en Arcos* es un eco prístino y genuino acento en la sección inicial "Mi Nochebuena"... Los villancicos de Antonio Murciano son un primor de pureza expresiva. Como ese "de la noche más alba"... O el del "cantaor de flamenco" donde el autor degusta, en artífice original, su vasto conocimiento intenso de esa modalidad andaluza del cante, en ejercicio de erudición apasionada».

Terminamos con el artículo publicado por Francisco Garfias en «Poesía Hispánica» (50): «Antonio Murciano, gran poeta de siempre, crece feliz y se supera con el entrañable tema de la Navidad. Su servicio como poeta y seleccionador es impagable. Porque sería un dolor que se perdiera, por falta de estímulo y buen gusto, tanta belleza popular escondida por esos andaluces pueblos de Dios. Arcos, ciudad de poetas, ciudad para poetas, blanco laberinto derramado en su cerro, suspendido entre el cielo y la tierra, es el escenario betlemita ideal. Antonio Murciano lo sabe y canta. Canta en Arcos, por Arcos, para Arcos —una estrella de nieve en la cuartilla—, sus deliciosas canciones de Nochebuena».

LIBRO DE HORAS

El *Libro de Horas,* número trece de los escritos por Antonio Murciano, fue compuesto entre 1973 y 1975. Se publicó por primera vez —y hasta ahora única—, incluido en la *Antología* del poeta, aparecida en diciembre de 1975. Su dedicatoria reza: «Este libro es para Ángel, para Rafael y para Nino, para José M.ª y para Carlos, mis amigos de Rota, donde se escribió. Con mi abrazo entrañable». Una cita del propio Antonio Murciano, totalmente relacionada —a modo de adivinanza— con las cuarenta y cinco composiciones (más un «Poema en forma de prólogo» inicial) de este libro:

> «Le preguntan sus años al poeta.
> —No tengo edad, ni sé si tengo tiempo,
> pero si quieres, cuenta mis poemas.»

Efectivamente, en el *Libro de Horas* hay tantos poemas —numerados— como años tenía su autor cuando la publicación de esta obra. Poemas breves, estrofas muy populares que rozan en muchas ocasiones la copla flamenca:

> «Monedero de mis penas.
> Mis días los voy gastando
> lo mismo que tus monedas.»

El tema —como puede deducirse del curioso juego de palabras en el título— es el tiempo. Pero el tiempo visto de una forma muy peculiar, diríamos, muy andaluza. El tono sentencioso de la filosofía popular envuelve a un gran número de estas composiciones:

> «Marcado estoy en la frente
> con una cruz de ceniza,
> cruz invisible del tiempo,
> gran cicatriz de la vida.»

Se impone una concepción del tiempo un tanto especial, en cierto modo, estoica. El tiempo fluye y nadie puede hacer nada por detenerlo. Ante esto hay dos posturas: la amargura, la «pena» andaluza:

> ...«¡Qué pena, que oscura pena,
> no saber ni de la tierra
> siendo granito de arena!»...

o el desentendimiento, el olvido:

> «Hay quien cree que el tiempo es aire
> y hay quien cree que el tiempo es mar,
> hay quien cree que puro fuego
> y hay quien tierra... ¡Qué más da!».

A los relojes —instrumentos para medir el tiempo— están dedicados seis de estos poemas. Pese a la aversión que el poeta siente hacia esos mecanismos, algu-

nos tienen resonancias entrañables para él:

...«de hacer hoguera del tiempo,
salvaría el inefable
y niño reloj de cuco
de mi madre.»

El tiempo se para un día para cada persona. Será entonces, como dice Antonio Murciano, «el tiempo del no ser». Y bajo unos versos de Juan Ramón Jiménez —«Y yo me iré, / y se quedarán los pájaros cantando.»—, el poeta piensa en este momento y hace un ruego:

...«Nada ordeno. Sólo pido
que alguien cuide mis canarios
y mis versos. Y mi olvido.»

Antonio Murciano ya había tratado este tema en algunos de sus libros, aunque más «de pasada», como telón o fondo de otros asuntos, nunca tan directamente. Y pensamos que el intento mereció la pena. El principal defecto que encontramos a esta obra es no haber sido publicada aparte: a nuestro entender, el salir a la luz por primera vez incluida en la *Antología* es, quizás, la causa fundamental de que haya pasado casi inadvertida para la crítica. Con todo, señalemos que, tras la *Antología,* algunos críticos han resaltado el valor de este *Libro de Horas,* e incluso en su *Antología de poetas españoles contemporáneos (1936-1970)* (51), M.ª Dolores de Asís ha incluido dos poemas de esta obra, del total de cinco que corresponden a Antonio Murciano. Veamos algunas alusiones de la crítica al *Libro de Horas:* De F. Salgueiro (52): «En el *Libro de Horas* escrito entre los años 1973 y 75, Antonio Murciano nos entrega numerosas muestras de una honda, diremos *jonda* preocupación». José García Nieto (53) decía: «... Nos dejará, como pocas veces ocurre, ese sabor indefinido e indefinible del *Sur,* donde se vive porque no se vive, y al revés también, donde el tiempo —"en el Sur todo es del tiempo"— pone una medida mágica a las cosas y las lleva a un retablo donde todo está rozado por ese ala del tiempo andaluz, tan milagrosamente batida».

Con motivo de cumplir sus «bodas de oro con el tiempo», Antonio Murciano quiso completar hasta cincuenta el número de poemas de esta obra en una nueva edición. Pero posteriormente han ido surgiendo otras composiciones sobre el mismo tema que han dado origen a un nuevo libro, *Tiempo al tiempo,* aún inédito, y que el poeta ha tenido la amabilidad de facilitarnos. (54)

El libro se abre con una dedicatoria en verso: «Al tiempo que no he vivivido / y al que nunca viviré, / dedico mi más sentido / deseo: mi sed de ser.». Le siguen cuarenta y cinco poemas repartidos del siguiente modo: Inicial («Brindis»), Meditaciones (con veintiún poemas), Confidencias (con veintidós) y Final («Después»). Antonio Murciano utiliza una métrica variada —desde el verso libre a la copla, sin olvidar las formas arromanzadas y cancioneriles, tan características en toda su obra—.

Este libro que surgió, en principio —ya lo hemos apuntado— como continuación del *Libro de Horas* presenta a nuestro entender algunas diferencias con respecto a su antecesor, al menos en lo que se refiere al tratamiento, a la consideración del tiempo. El tono, a menudo despreocupado, con que el poeta contempla el transcurrir del tiempo en el *Libro de Horas* (quizás por un pacto implícito de mutua ignorancia: «Nuestro pacto, amigo tiempo, / no mirarnos a la cara.») se hace más grave, casi amargo en ocasiones, en este *Tiempo al tiempo.* Antonio Murciano se arriesga con valentía a mirar de frente al tiempo y de este careo nacen unas meditaciones más serenas que se traducen —en la segunda parte de la obra— en confidencias. En unas y otras se trasluce esta nueva actitud del poeta con el tiempo —con «su» tiempo—, si bien no abandona en ningún momento la expresión coloquial del libro anterior: coloquialismo patente ya en el título de la obra —«tiempo al tiempo»—, en el de algunos poemas —«Hasta mañana», «A mal tiempo, buena cara», «Perder el tiempo»...— y en el desarrollo de muchos:

«Ya he cogido al tiempo,
¿Ves?... Lo tengo asido
por la cola... Mira,
lo atrapé, ya es mío...

Y va y se me escapa,
justo, al conseguirlo,
pájaro de oro,
pez de plata vivo.» («Tiempo asido»)

Pero es, sobre todo, la presencia de la muerte —tanto en la tradicional imagen «río hacia el mar», o como meta, de este libro. Se trata de una visión serena, de tono amigable, diríamos, que recorre el poemario desde su «Brindis» inicial...

«De los miles de millones
que hoy vivimos este mundo,
¿Cuántos fuego-aire-mar-tierra,
por el siglo XXI?

Estamos a seis mil días
del futuro año 2.000;
su tristeza y su alegría
¿quién las vivirá por mí?

¡Mi copa por ese día!»

hasta el poema final, el «Después» de la muerte, momento en que el tiempo deja de ser:

«Si fue mi ángel de la guarda
o mi demonio más íntimo,
nunca lo sabré de cierto,
pues tan dentro de mí anduvo
que tuvo mi propia voz
y, para mí, que yo fui
símbolo, cuadro, retrato,
su perfil definitivo
o su esqueleto viviente
mientras que pisé la tierra.
Ahora aquí, ya eternidad,
no tiene sentido el tiempo.»

ANTOLOGIA (1950-1975)

Una importante selección de la poesía de Antonio Murciano se halla en su *Antología,* publicada en diciembre de 1975 por la Editorial «Plaza y Janés» de Barcelona. Con formato 19 × 11, contiene un estudio preliminar de su hermano, el poeta Carlos Murciano, en donde nos traza los rasgos principales de su carácter, sus aficiones y sus comienzos poéticos..., todo ello para un mejor entendimiento de su obra, que comenta a continuación. Obra que se presenta agrupada de forma temática y no cronológica. Comienza la selección con los libros amorosos: *El Pueblo,* del que se incluyen veintiún poemas; *Los días íntimos* con catorce; *Amor es la palabra* con siete; *Canción mía* con veintiséis y *Canciones con fondo de esperanza* con cuatro de sus cinco composiciones. Siguen luego los libros que podríamos llamar de poesía «existencial»: *La Semilla,* con veintiuno; *De la piedra a la estrella,* con treinta y cinco, y *Fe de vida,* que se incluye íntegro. Como novedad —y también en versión completa— el *Libro de Horas* que, como acabamos de decir en su estudio, se publicó por vez primera en esta *Antología.* Un anticipo de *Sur de Llamas,* compuesto entre 1968 y 1970, libro «cajón de sastre» del que afirma Carlos Murciano (55): «Es éste, a mi juicio, un libro aparte... En una primera versión obtuvo (1970) la Medalla de Oro del Círculo de Escritores y Poetas Iberoamericanos de Nueva York. Inédito, siguió ampliándose, tomando su forma actual, no sabemos si definitiva: "Las tierras y las aguas" —ciudades, pueblos, ríos, rincones andaluces—, "Las gentes" —recuerdos, elegías, homenajes a poetas, toreros, cantaores— y "Los amores" —donde otra vez florecen la canción y el soneto, a la sombra del sempiterno amador—. Libro que acaso se publique muy pronto o que acaso no se publique nunca. Libro agrupador —y salvador— de esos poemas circunstanciales, tantas veces afortunados... Libro, por ello, no riguroso, mas sí cordial y cálido. Esto sobre todo. Porque brota de "aquel fuego andaluz" que dijera Vélez de Guevara. Y toma su nombre del verso albertiano: "Can de llamas:¡Sur"».

La *Antología* finaliza con una selección de poesía navideña. De *Navidad* figuran dieciséis poemas; de *Nuevo Cuaderno de Navidad,* ocho, y nueve de *Nochebuena en Arcos.* Una noticia bibliográfica —con reseña de las obras propias de Antonio Murciano y las reali-

zadas en colaboración con su hermano Carlos— cierra esta *Antología* de veinticinco años en la vida —poesía— de Antonio Murciano (56).

La crítica resaltó —quizás en exceso— el carácter popular y el tono cancioneril de estos veinticinco años de poesía contenidos en la *Antología,* si bien reconocía la dificultad que entraña el acercamiento a esta línea poética. Así, Guillermo Sena Medina escribía (57): «La poesía contenida en esta Antología brilla para mí, con más fuerza por su sencillez cálida y su perenne regusto popular... Lo andaluz y lo popular le marcan con un hierro sutil y transparente del que, sabemos, se siente orgulloso... Pero lo popular se funde con lo "culto" —¿dónde empieza en el alma del poema para troquelar perfectos sonetos y adentrarse en poemas más "serios"». En este afán de encasillar a Antonio Murciano en la línea popular, L. Jiménez Martos llega a afirmar (58) que «La poesía de Antonio Murciano pierde valores cuando se aparta de este lema [la canción], más o menos, pretendiendo alcances objetivados y probaturas filosóficas o así. Es cierto que, aun en estos ensayos, no se desdice el poeta de su norma de claridad y no digamos de su continua honestidad. La canción suya es canción en el exacto sentido de la palabra. Dentro del Sur y fuera de él, muy pocos poetas pueden decir que su soporte expresivo, tradicional y tradicionalista, abunda tanto en el son cancionero, propicio a las palabras y la emoción diáfanas». Hugo Emilio Pedemote señala (59): «Antonio es fiel a sí mismo, a su andalucismo raigal y hasta visceral. Este andalucismo condiciona su visión del mundo, pero no lo limita. La tierra..., los hombres, el folklore, Dios, los amigos, la mujer, el pueblo, han dado tema y permanencia a este andaluz luminoso, calado para salir de promotor de sí mismo y trabajando con ardor su poesía que es cal viva, cándido resplandor de su alma. No hay en la Antología de Antonio ninguna desesperación que lo condene ni el menor atisbo de mala angustia. Todo es puro en él y hasta su tristeza resulta, sencillamente, una ternura equivocada. Un poeta así es siempre un poeta diáfano". Y finalizamos con un extracto de la reseña de José García Nieto (60): «Ahora, al leer nosotros los versos casi completos de Antonio Murciano, ganas nos dan también de poner sobre su título, o bajo él, estas dos palabras, "elegía andaluza", porque de nuevo lo andaluz, tan eterno y totalmente indescifrable, corre por unos poemas que desde su son doliente nos llevan a la alegría, y viceversa... Elegía andaluza que arranca de una tradición mantenida por los mejores y turbada por los peores. Ya que aquí de poco valen imitación o aproximaciones. Se es o no se es, "el que sabe, sabe", y de poco vale aprender y menos suplantar. Desde este punto de originalidad en un mundo heredado misteriosamente hay que entender la poesía de Antonio Murciano».

POESIA FLAMENCA

Poesía Flamenca, número quince de los libros publicados por Antonio Murciano, fue compuesto entre 1960 y 1975 (integra, pues, la obra *Perfil del Cante*). Apareció con el n.° 8 en la Colección de Libros «Dante» de Madrid, en noviembre de 1976. Aquel mismo año obtuvo —al igual que *Perfil del Cante* diez años atrás— el Premio Nacional de Poesía Flamenca. De formato 18 × 11, va dedicada a Anselmo González Climent y Francisco Vallecillo Pecino. Consta de cuarenta y dos poemas y doscientas treinta coplas. Tras un poema introductorio —«Letanía y oración a Santa María de los Buenos Cantes»— y rematadas por un «Testamento abierto», encontramos cinco partes que, genéricamente, podríamos reducir a dos: Una primera que abarca «El Cante», «El Baile», «La Guitarra» y «La Poesía». Continuación de «Sur de mis ojos» y «Sur de mi voz» (*Perfil del Cante*), y utilizando con frecuencia estrofas cultas (sonetos, décimas,...) traza una historia poética del flamenco y analiza la entraña del cante:.

...«Los sonidos
negros,
son notas, compases
en clave de duelo,

cadencias oscuras
de los claros versos,
suspiros del alma
que lanzan los cuerpos
heridos por fuera
y muertos por dentro.»...

La segunda, formada por el apartado «La Copla», en donde utiliza solamente métrica popular, que se refiere exclusivamente a la copla flamenca: tonás, bulerías, soleares, alegrías, fandangos...

«Yo en una copla enterré
lo mucho que había vivido:
la Historia del mundo es
lo mucho que se han querido
un hombre y una mujer.»

Poesía Flamenca consagraba a Antonio Murciano como el «poeta del flamenco», o, al menos, el que más atención había prestado al tema, de entre los muchos —andaluces, sobre todo— que le han dedicado sus composiciones y estudios. Así, en «Poesía Hispánica» (61) afirmaba Hugo Emilio Pedemonte: «Creo que este libro es uno, si no el más, difícil de los que ha escrito. Difícil por lo que elude de popularismo pintoresco para plasmar autenticidad popular, y difícil porque el dominio del flamenco no se encuentra a la vuelta de cualquier esquina». Francisco Mena insistía en su filiación neopopular (62): «Se trata, pues, de un libro clásico, en la línea del neopopularismo de Lorca y Alberti, que, en la voz propia del mayor de los Murciano, cobra un tono personalísimo y una hondura de auténtica entraña lírica». Pero la mayor parte de la crítica valoró más los caminos de la copla flamenca. En este sentido se expresa Francisco Salgueiro en «La Estafeta Literaria» (63): «Antonio Murciano tira por la borda de su entendimiento ciertos ecos de un lirismo culturalista en pro de una vena de lo más espontánea y cien por cien popular. El poeta, universitario, licenciado en Derecho, hombre de libros, a cuestas con sus milenios de cultura, se ha quedado, por fin, a solas con su corazón. Ahora nos entrega con sentir de cabal entre cabales, soleares, tientos, polos, cañas, malagueñas... En el terreno de lo trágico: tonás, siguiriyas y cabales.» Y terminamos con palabras de Fausto Botello en «Sevilla» (64): «A Antonio Murciano le debe mucho el flamenco. Le deben cantaores y pueblo... *Poesía Flamenca* es un gozoso recreo lírico para los que gustan del cante y la poesía, un venero inestimable para cantaores y estudiosos y, sobre todo, un montón de coplas espléndidas... que están pidiendo la voz enduendada que las diga.»

OBRAS ESCRITAS EN COLABORACION CON SU HERMANO CARLOS

— *Los ángeles del vino:* catorce sonetos. Libro escrito en 1953. En septiembre de este mismo año obtuvo el «Premio Vendimia de Jerez». Se publicó en «Jerez Industrial», Jerez de la Frontera, 1954.

— *Corpus Christi:* Doce poemas, escrito en 1960. Ganó el Premio «Corpus de Toledo». Fue publicado en edición especial de Ángel Caffarena y Rafael León en Málaga, 1961.

— *Antología de poetas de Arcos de la Frontera,* con prólogo de José de las Cuevas. Publicada con el n.º 5 en la Colección «Alcaraván» de Arcos de la Frontera en 1958.

— *Plaza de la memoria:* Ochenta y dos poemas escritos entre 1954 y 1966. Quedó finalista del Premio Nacional de Literatura en 1967 y se le concedió el Premio Fastenrath de la Real Academia ese mismo año. Fue publicado en las Ediciones de la Librería Anticuaria «El Guadalhorce» de Málaga en 1966.

— *Los ángeles del vino y otros duendes (1953-1983),* con prólogo de José y Jesús de las Cuevas, cincuenta y cinco poemas y treinta y una coplas que tienen como motivo fundamental al vino. Edición especial de la Caja de Ahorros de Jerez. Vendimia de 1984.

ANTONIO MURCIANO Y SU OBRA

A partir de esta breve presentación de los textos que componen la obra poética de Antonio Murciano queremos destacar ya algunas notas que nos ayudarán a establecer posteriormente su grado de acercamiento a la poesía popular.

a) De los dieciséis libros de poesía publicados hasta el momento por Antonio Murciano (más una *Antología* que recoge una selección de ellos) podríamos afirmar que siete se inscriben claramente dentro de la línea popular (*Navidad, Nuevo Cuaderno de Navidad, Perfil del Cante, Canción mía, Nochebuena en Arcos, Libro de Horas* y *Poesía Flamenca*); dos se aproximan a ella en algunas de sus secciones (*El Pueblo* y *Amor es la palabra*), mientras que en los restantes (*La Semilla, De la piedra a la estrella, Los días íntimos, Canciones con fondo de esperanza* y *Fe de vida*) la presencia de elementos populares es más esporádica. *Campo Sur* y *Concierto en mi* serán estudiados en el apartado 4.

b) Por otra parte, es muy significativa la opinión de la crítica que, en conjunto, siempre ha tendido a valorar más ese aspecto popular de la obra poética que comentamos; de tal maneral que, como hemos podido comprobar en páginas anteriores, a menudo encasilló a Antonio Murciano como *poeta popular* olvidando —a veces injustamente— e incluso rechazando en sus libros otros temas u otras perspectivas de enfoque.

NOTAS

(1) Nuestra descripción se ha centrado preferentemente en aquellos textos que serán objeto de análisis en capítulos posteriores: *Navidad, El Pueblo, Amor es la palabra, Nuevo cuaderno de Navidad, Canción mía, Nochebuena en Arcos* y *Libro de Horas...* Si bien *Perfil del Cante* y *Poesía Flamenca* constituyen una de las muestras más populares en la obra de Antonio Murciano, hemos preferido tratarlas más de pasada. Nos remitimos a nuestro estudio sobre su obra flamenca, donde quedaron ampliamente comentadas.

Las cartas y los estractos de críticas aparecidas en periódicos y revistas, etc., que incluimos al final de la descripción de cada libro, nos fueron facilitadas por el propio Antonio Murciano. Algunas de ellas carecían de referencia sobre lugar y fecha de publicación, por lo que no nos ha sido posible obtener este dato. Podemos aceptar como aproximadas las fechas de publicación de la obra a que se refieren.

(2) El libro finaliza con una glosa —formada por cincuenta décimas— a la oración popular «Bendita sea tu pureza» a la que no hemos aludido por considerar que se aparta del tema navideño, y que —como ha señalado algún crítico— debería formar libro aparte.

(3) En «Poesía Española», Diciembre 1952.

(4) En revista «La luna negra», n.° 1, 1953.

(5) Este artículo, «La Navidad de Antonio Murciano», se publicó el 24 de Diciembre de 1966.

(6) «Compás de Espera», programa retransmitido por RNE, emisora de Sevilla. 15 de Mayo, 1955.

(7) Tomo IV, pp. 1017-1020. Ed. Gustavo Gili. Barcelona, 1968.

(8) «Teófilo» es un seudónimo empleado aquí por Ángel Valbuena.

(9) En «Cuadernillos Literarios» Buenos Aires (Argentina).

(10) En septiembre de 1959.

(11) Madrid, 1961.

(12) Tánger, 15 noviembre 1959.

(13) En la edición figura la fecha de 1960.

(14) Madrid, febrero de 1961.

(15) En carta fechada en Madrid, 15 febrero 1961.

(16) En carta fechada en Madrid, 14 febrero 1961.

(17) En carta fechada en Madrid, 8 febrero 1961.

(18) N.° 124 Madrid, abril de 1963.

(19) Madrid, 8 julio 1964.

(20) Tarrasa, 1 abril 1963.

(21) En «España» Tánger, 19 diciembre 1964.

(22) N.° 85-93 Madrid, julio 1964.

(23) En agosto de 1964.

(24) El 5 de enero de 1965. Dicho artículo se publicó también en la revista «Torre Tavira» Cádiz, navidad de 1965.

(25) N.° 302 Madrid, 10 octubre 1964.

(26) De E. Domínguez Lobato en «ABC» Sevilla, 12-9-65.

(27) Edición de Madrid, 24-11-66.

(28) Palencia, marzo de 1966.

(29) Con fecha 11-1-66.

(30) «La canción de Antonio Murciano», en «España Semanal» Tánger, 6 de junio 1966.

(31) N.° 158 Madrid, febrero 1966.

(32) «Canciones de Antonio Murciano» en «Alerta», Santander, 29 enero 1966.

(33) N.° 344 Madrid, mayo de 1966.

(34) En «ABC» de Madrid, 27 enero 1966.

(35) «Cuando la canción es necesaria», en «Tarrasa Información», 26 junio 1967.

(36) En «ABC» de Sevilla, 2 junio 1966.

(37) En «Tarrasa Información», 7 noviembre 1966.

(38) En «Índice Literario», Caracas (Venezuela), 30 octubre 1966.

(39) Palabras recogidas en «España», Tánger, 13 abril 1971.

(40) En revista «Nuestra Ciudad» Madrid, enero 1970.

(41) En carta enviada a Antonio Murciano y fechada en Madrid el 7 de septiembre de 1969.

(42) Publicada en Jerez de la Frontera, 2.ª Edición de 1979. pp. 217-218 y notas.

(43) En «Notas al Cancionero popular navideño de Arcos» *Nochebuena en Arcos,* p. 159.

(44) Han puesto música a estas letras Paco de Lucía y Juan Manuel Espinosa, entre otros.

(45) Recreación del «Villancico de los dos abuelos» incluido en *Nuevo Cuaderno de Navidad.*

(46) «En tierra de poesía.— *Nochebuena en Arcos*». Santander, 18 enero 1973.

(47) Con fecha 28 enero 1973.

(48) N.° correspondiente a enero, febrero y marzo de 1973.
(49) «En Arcos de la Frontera». El artículo, sin fecha, fue remitido a Antonio Murciano por Octavio Saltor en carta del 13 de junio de 1973.
(50) Madrid, n.° 242, febrero 1973.
(51) En Narcea, S.A. Madrid, 1977, 2 vols.
(52) F. Salgueiro en «Poesía Hispánica», n.° 280, Madrid, abril 1976.
(53) En «La Estafeta Literaria», n.° 585, 1 abril 1976.
(54) Los cinco primeros poemas que se añadieron para completar los cincuentas son los titulados «Palabra», «Nana imposible», «Canción con puñal», «Lo que me falta» y «Brindis».
(55) Vid. *Antología,* p. 22.
(56) No figura en la *Antología* ninguna representación de sus poemas flamencos, recogidos en *Perfil del Cante* (1965) y *Poesía Flamenca* (1976).
(57) En «La Voz del Sur» Jerez de la Frontera, 8-2-76.
(58) En «La Estafeta Literaria» Madrid, n.° 582, 15-2-76.
(59) En «La Estafeta Literaria» Madrid, n.° 596, 15-9-76.
(60) En «La Estafeta Literaria» Madrid, n.° 585, 1-4-76.
(61) N.° 289 Madrid, enero 1977.
(62) En «Información de Andalucía» Sevilla, 3-2-77.
(63) N.° 605, Madrid, 1-1-77.
(64) Sevilla, 12 abril 1977.

3. ANALISIS DE LOS TEMAS

En un primer acercamiento a cada uno de estos textos poéticos, nos encontramos con el *tema*, o contenido de comunicación que Antonio Murciano quiere transmitir al lector. Cierto es que el tema solo no puede darnos la dimensión poética y popular de estas obras, ya que ese contenido de comunicación puede estudiarse bajo cualquier perspectiva extralingüística (filosófica, psicológica, sociológica...) pero no lo es menos que el tema constituye el macrocomponente textual (1), factor básico de un texto: «Lo que hemos llamado hasta ahora la intuición inicial del texto y las primeras etapas de la expansión del plan textual, constituyen indiscutiblemente la dimensión generatriz de la estructura profunda textual» (2).

Para explicar mejor la dimensión popular en la obra poética de Antonio Murciano hemos seleccionado tres macrocomponentes textuales que configuran temáticamente a nueve de sus libros: el tiempo, el amor y la Navidad. Indudablemente no se trata de temas nuevos —«No hay texto que no pueda ser explicado por la tradición», afirma V. Lamíquiz (3)— e incluso podemos encontrar continuas recurrencias conceptuales en ellos. Sin embargo nos aportan el punto de vista personal del poeta: «El tema de experiencia expresa una visión subjetiva del autor que tiende a objetivarse en el mayor número posible de lectores: es el aspecto de participación conceptual que toda comunicación entraña» (4).

EL TIEMPO

El tiempo —junto con el espacio— es una de las coordenadas vitales en que se resuelve la vida del hombre. Pero mientras que el espacio es susceptible de ser modificado a su voluntad, el tiempo, por el contrario, lo rodea, lo envuelve y hasta configura su propia existencia. Esto explica el que a este tema se haya dedicado atención preferente a lo largo de toda la historia y desde muy diversos puntos de vista: científico, filosófico, literario... Pero lo cierto es que cualquier individuo, sea cual sea su condición, es consciente en mayor o menor medida de vivir inmerso en una línea temporarl que avanza sin que él pueda hacer nada por detenerla. Las reflexiones del hombre del pueblo, su «filosofía», nacen de la experiencia, de la observación de unos hechos que se repiten sin cesar y que le hacen llegar a la evidencia de que todo es perecedero, de que la vida —el tiempo— es un puro pasar, no se detiene. Y estas conclusiones no las desarrolla en amplios tratados, sino que las condensa en breves sentencias (5).

Pensamos que Antonio Murciano sigue una clara actitud popular en su *Libro de Horas* (6) por dos razones:

a) En cuanto a la forma, el empleo de estrofas «populares» está tan cerca de la copla flamenca que, en ocasiones, se identifica con ella.

b) En cuanto al contenido, su manera de tratar este tema coincide generalmente con la postura que adopta el pueblo.

SU FLUIR

El tiempo es una realidad lineal, continua y unifor-

me; una sucesión de hechos y fenómenos. Concepto tan abstracto que es imposible determinar por sí solo, de ahí que el hombre, en su afán de aprehenderlo y explicarlo, se sirva a menudo de imágenes.

El transcurso del tiempo —inevitable aquí el recuerdo de Manrique— viene indicado por la más universal de todas: el río.

> ...«¿Cuántos poetas cantaron
> como un largo río al tiempo?
> ¿Serán los hombres los peces
> de este gran río revuelto?» [«3»]

Con idéntico fin, se vale de otras. El tiempo es...

> ...«Como el humo del tabaco,
> hoja seca entre papel,
> ceniza de mi cigarro.» [«11»]

> «Monedero de mis penas.
> Mis días los voy contando
> lo mismo que tus monedas». [«18»]

A veces el tiempo adopta una imagen terrible:

> ...«Dios al que sacrifican
> su esclavitud los vivos.
> Tenia inmensa, gusano,
> buitre, dragón de mitos,
> Minotauro acechante
> en su gran laberinto;
> sombra que engulle, traga
> mundos, seres y siglos;
> negra boca de niebla,
> vampiro de sí mismo.
> Mitológico Cronos
> devorando a sus hijos.» [«4»]

Enumeremos también otras imágenes que representan al tiempo: «ruleta que gira» [«6»]; «Recuerdo», «olvido», «cedazo», «criba», «crisol» [«9»]; «noria» [«13»]; «molino» [«14»]; «ceniza» [«15»]; «rosa roja» [«29»].

Pero ¿cuál es la actitud del hombre ante el tiempo? Su respuesta a este problema suele ser diversa y estar sujeta casi siempre a sus circunstancias externas e incluso a su estado de ánimo (7). El poeta es, desde un principio, consciente de estar inmerso en él, aunque en ocasiones pretenda ignorarlo:

> «¿Qué es el tiempo?... ¿Quién me explica
> el girar de su ruleta?»... [«6»].

Otras veces adopta una postura indiferente:

> «Hay quien cree que el tiempo es aire
> y hay quien cree que el tiempo es mar,
> hay quien cree que puro fuego
> y hay quien tierra... ¡Qué más da!» [«12»].

Resignada:

> «Se me está pasando el tiempo
> y, como no sé pararlo,
> suspiro y sigo viviendo.» [«25»].

O de amarga impotencia, cuando intenta —sin conseguirlo— detenerlo, incluso por medios violentos —obsérvese la enorme fuerza del tan desemantizado «matar el tiempo» en estos poemas—:

> «Me preguntó lo que hacía,
> contesté: matar el tiempo.
> La vi como sonreía,
> no me vio llorar por dentro.» [«22»]

> «Dice el quinto: "No matar".
> Yo quiero matar el tiempo
> y Dios me va a perdonar.» [«26»]

SU MEDIDA

El tiempo fluye de forma ininterrumpida y progresiva. El hombre necesita ponerle unos límites para que su entendimiento sea capaz de abarcarlo, aunque sólo sera parcialmente. De ahí el concepto de tiempo crónico, es decir, tiempo medido, y, según la posición del hombre, segmentado en pasado, presente y futuro, de tal manera que la historia —la vida— de un hombre es la duración de su tiempo. Y aquí comienza su gran incertidumbre:

«Tres mil quinientos millones
de años de vida en la Tierra.
Lo pienso y me escalofrío.
¿Cuántos, Señor, en mi cuenta?» [«1»]

porque su vida —su tiempo— está situada entre un principio y un fin, entre dos fechas concretas:

«Hombre es muerte —tiempo al tiempo—,
vida que acaba y que empieza.»... [«10»]

Yo estoy vivo, porque sí,
entre dos fechas de un tiempo:
el día aquel que nací,
y el día en que estaré muerto.»... [«16»]

Pero en estas dos fechas hay una incógnita y una certeza: «Nada seré. Pero fui.» [«16»]. Efectivamente: lo único seguro es el pasado que, de algún modo, permanece en el hombre. Por el contrario el porvenir es pura incertidumbre, por lo que el poeta declara a veces su pena:

«¡Qué pena más grande tengo,
no saber a dónde voy»... [«5»]

pero también su confianza en el azar:

«¿Qué es el tiempo?... ¿Quién me explica
el girar de su ruleta?
Roja, vida; negra, muerte...
¡Tira tu bola, poeta!» [«6»]

Tiempo crónico —decíamos— es tiempo medido. El hombre ha inventado sencillos —¿o tal vez demasiado complicados?— métodos para ello:

«Calendario de pared,
álbum de un año con fechas
que con cruces cruzaré.

Almanaque de mi mesa,
te iré arrancando las hojas
cuidando que no te duelan.» [«30»]

Pero quizás el más característico de todos sea el reloj. Y el reloj —dice Antonio Machado por boca de Juan de Mairena— «es una prueba indirecta de la creencia del hombre en su mortalidad. Porque sólo un tiempo finito puede medirse» (8).

¿Hasta qué punto es necesario el reloj? ¿Obstaculiza en algo el paso del tiempo? El poeta concluye que tiempo y reloj actúan por separado; el tiempo continúa su marcha sin más:

«Las agujas del reloj
llegué a pararlas un día
y el tiempo ni se enteró.»...
[«36».— Relojes I]

Por eso, lo mejor es ignorar la existencia de esta compleja maquinaria:

«¡Vano intento de contar
el tiempo que va pasando!»...
[«37».— Relojes II]

«Hoy lo que quiero es quitarme
hasta el reloj de pulsera
que en la muñeca me late
y solo, libre y desnudo,
sobre la arena, olvidarme.»
[«40».— Relojes V]

Pero hay dos relojes excepcionales para el poeta, porque forman parte de su niñez, de su vida:

...«de hacer hoguera del tiempo
salvaría el inefable
y niño reloj de cuco
de mi madre.»
[«39».— Relojes IV]

«La torre de la plaza
mayor del pueblo,
tiene un reloj de pesas
dentro del pecho
y un coro de campanas
de bronce y sueño.

Cuántos veranos, madre,
cuántos inviernos
escuchando las horas
y su concierto,
de la sonora mano

del campanero.»

[«38».— Relojes III]

Y un único reloj, realmente humano, que mide su vida: reloj-corazón de latidos precisos:

...«un fiel reloj
de carne y sangre y hueso,
que, quieras o no, canta
y cuenta en mí —¡oh Dios! mi tiempo.»

[«41».— Relojes VI]

SU DIMENSION HUMANA

El tiempo psicológico —el más cierto y el más irreal a la vez— es la duración del tiempo físico en el interior de cada hombre. Incluso puede estar íntimamente relacionado con su espacio vital; por eso el tiempo del poeta es el del Sur, donde adquiere especiales dimensiones:

«En el Sur,
todo es del tiempo,
quiero decir que no cuenta,
que le echamos tiempo al tiempo;
que no vemos las manillas
de ese gran reloj del tiempo;
quiero decir que parece
que hay un poco más de tiempo
que en las otras tres esquinas
de la rosa de los tiempos.» [«31»]

Pero el poeta es ante todo celoso guardián de su tiempo. A él se aferra:

«No deis cuerda al cronómetro
ni auscultéis mis latidos.
No decidme del tiempo.
¡No hay más tiempo que el mío!» [«35»]

sobre todo si se trata de *su* tiempo compartido:

«El tiempo no existe
cuando estás conmigo.»... [«19»]

«Quiero clavar mi cuchillo
en el corazón del tiempo,
por ver si estando contigo
consigo un instante eterno.» [«21»]

Ya hemos dicho que la muerte pone fin al tiempo de cada persona. El poeta sabe que desaparecen los hombres, que él desaparecerá también... pero permanece lo humano. Si lo individual es perecedero, hay una realidad universal que, al ser eterna, enlaza el pasado con el presente y éste con el futuro: la humanidad. Y es esta esperanza del poeta, su confianza en la continuidad de los otros, la que eterniza su tiempo:

«Será el tiempo del no ser;
otros serán lo que he sido»... [«42»]

Confianza en SER, ya sin tiempo:

«Ser eterno. Eternidad.
Ser en el tiempo sin tiempo.
Volver a ser para siempre.

Ser, sin fin, un solo día.
Ser un todo en la gran Nada.
Ser un algo en el gran Todo.
Ser, no ser, no ser, ser, ser...
Loca esperanza del mundo,
eternidad, luz de Dios.» [«45»]

EL AMOR

Al referirnos a los temas de la poesía popular ya dijimos que se encontraban tan enraizados en el sentimiento, en la experiencia íntima que a cualquiera resultan familiares, que —individuo o colectividad— todos nos podíamos sentir protagonistas. Esto explica en gran parte el éxito perenne de tal poesía.

Creemos innecesario mencionar el predominio del tema amoroso en la poesía, cualesquiera que sean las épocas o tendencias. Por supuesto, es el centro de la poesía popular tradicional, en torno al cual giran mil variaciones y motivos que configuran en su universo poé-

tico una especie de constelación o sistema poético, capaz de generar, con luz propia, nueva actividad poética.

Amor, corazón, canción, son tres términos —tres constantes— extraídos de la poesía de Antonio Murciano, cuyo significado pleno nos ofrece una eterna —y actual— dimensión de la lírica popular y, como ella, abre nuevas posibilidades de *comunicación* poética.

AMOR, CORAZON, CANCION, COMO CONSTANTES EN LA PALABRA POETICA AMOROSA DE ANTONIO MURCIANO

a) «La letra A de mi nombre / da a mi vida amor.»

¿Puede definirse el amor? El Diccionario de la R.A.E. (9) nos dice que es «Sentimiento afectivo que nos mueve a buscar lo que consideramos bueno para poseerlo o gozarlo». Y más adelante, añade: «Sentimiento altruista que nos impulsa a buscar la felicidad de otra persona».

El amor implica, pues, la doble dimensión de un «yo» y un «tú» que se resuelve en entrega o —en otras palabras— en *comunicación*, más amplia en la medida que este sentimiento esté más arraigado. Nos encontramos así ante la gran paradoja de la lírica amorosa —popular o no—: más universal cuanto más íntima, más comunicativa y trascendente cuanto más entrañada. De ahí que, cuando el poeta se siente invadido por él —«La letra A de mi nombre / da a mi vida amor» (10)— esté ansioso por derramarlo:

«Me llamo:
ansia, anhelo y alegría
de vivir. Y vivo. Y amo.»
[«Cancioncilla de mis iniciales», *CM*]

«Amo apasionadamente
a los hombres de mi tiempo.»
[«La otra cara del espejo», *CM*]

«Vivo con más esperanza,
con más fe y aún más amor.»
[«Canción para mis ojos», *CM*]

y compartirlo:

«El amor, esa hermosa
pasión de dos.»
[«Rimas que cantan la verdad de ciertas cosas», *CM*]

para lo cual se presenta ante la mujer amada como desconocedor de ese sentimiento:

«Ignoro lo que es amor,
cómo en uno laten dos,
y qué canta un corazón
cuando en otro se acompaña».
[«Zéjel para empezar un amor», *AEF*]

El término *amor*, desde la amplitud de su significación, alcanza una función estrictamente designativa cuando señala a la persona más íntimamente amada. De ahí que «amor», como vocativo, aparezca en casi todas las composiciones de tipo amoroso del poeta: «Dame la mano, mi amor»; «Bajo el olivo, / amor»... y que la comunicación «yo-tú» surja limpia y abierta:

«Vendimiadora tú,
a mi viña, amor.»
[«Canción para decirte en la vendimia», *EP*]

«Tú, por la primavera;
yo, amor, para el verano.»
[«Balada del anillo», *EP*]

hasta fundirse en un «nosotros»:

«En saber por donde vamos
consiste, amor, nuestro juego.»
[«Canción de amor para el camino», *CM*]

Si la comunicación poética amorosa implica una donación, incluso material, adquiere también su aspecto formal por medio de la palabra. Una palabra que, precisamente por íntima, abre la posibilidad de diálogo:

«En la palma de tu mano
vertiré mi corazón.
(Tengo las manos frías, amor)»
[«Ronda de mi corazón en el tuyo», *AEP*]

«— ¿Cómo reparto mi tiempo,
parto, comparto el amor?
— De luna a luna conmigo,
contigo de sol a sol.»
[«Dialoguillo egoista entre el amor y el amado», *CM*]

«— A estas alturas y haciendo
de nuevo, versos de amor...
— Yo siempre dejo decir
lo que siente, al corazón.»
[«Dialoguillo del qué dirán», *CM*]

b) «Pon siempre el corazón / en la palabra.»

El corazón, además de «órgano central de la circulación de la sangre», es el lugar de nuestro cuerpo donde tradicionalmente se han hecho residir los sentimientos —buenos o malos— del hombre. De ellos, el amor ocupa el puesto primordial, de tal modo que el Diccionario de la R.A.E. define también el corazón como «amor, cariño». Se trata, pues, de la imagen concreta y real de un sentimiento inmaterial; imagen repetida constantemente en el lenguaje coloquial y en el literario.

La poesía popular es —en el aspecto más etimológico de la palabra— esencialmente *cordial*. «Nace del corazón, más que de la inteligencia», dice Manuel Machado (11). Efectivamente, la poesía popular, intuitiva, directa y afectiva va de corazón a corazón.

Aparte este rasgo, más propio del estilo, la poesía popular es también cordial en cuanto que su temática es fundamentalmente amorosa. Así, vemos cómo el corazón —donde el amor se hace realidad palpitante— invade constantemente la poesía de Antonio Murciano. El corazón —el amor— es el centro de las cosas, de la vida misma:

«Te pondré la alianza
de oro, por mayo,
en el dedo tercero
—corazón—
de tu mano.»
[«Balada del anillo», *EP*]

«Era la hora en punto
del corazón del nardo.»
[«Carmen del amor llegado», *AEP*]

Y desde luego es el «órgano central» que indica el rumbo de circulación del poeta:

«Corazón, brújula mía.»
[«Canción para mis pies», *CM*]

«— Yo siempore dejo decir
lo que siente, al corazón.»
[«Dialoguillo del qué dirán», *CM*]

aunque esté, aparentemente, oculto:

«un corazón en el pecho
que no se ve en el retrato.»
[«Retrato de medio cuerpo», *CM*]

«El poeta —dice F. Lucio (12)— no sabe cantar sino bañando la lengua en corazón». Por eso recomienda a su hijo:

«Pon siempre el corazón
en la palabra.»
[«Álbum de los consejos», *CM*]

«Baja hasta el corazón
el pensamiento.»
[«Letrilla final del "Mira que te encargo..."», *CM*]

Y, porque no tiene lugar más íntimo, funde su corazón con el de la amada:

«¿A dónde, entonces, di,
mi corazón?
(Tu corazón en el mío)»
[«Balada de mi corazón en el tuyo», *AEP*]

c) «Canción mía, séme fiel. / Canta tú para los otros...»

El cantar es un acto tan connatural al hombre como el habla misma. Como ella, el canto satisface una necesidad de comunicación con los demás. Junto con ella, va más lejos en la función conativa: si al sonido *articulado,* característico del lenguaje humano, unimos el

sonido *modulado*, propio del cante, el mensaje se hace más connotativo, lleva mayor carga emotiva y, en definitiva, produce mayor impresión sobre el receptor de la comunicación.

La poesía popular es, también por su propia esencia, *cantable*. «La copla —dice Manuel Machado (13)— no se escribe: se canta y se siente.» No ya porque el tema se preste a ello —pensemos en la cantidad de cantes de boda, bautizo, siega, trilla, vendimia...— ni por ese ritmo característico del «buen oído» que posee el pueblo. Se trata de algo más simple, de algo que nace de su propia necesidad vital de expresión: «No canta porque le escuchen, sino unas veces *porque está alegre* y otras *para espantar sus males*, el pueblo narra su vida entera en larguísima serie de coplas» (14).

¿Canto o cante? En principio ambos están definidos como «acción y efecto de cantar». Pero viene enseguida un sema claramente diferenciador: canto, «*arte* de cantar»; cante, «cualquier género de canto *popular*». Hay mucho de cante en la poesía de Antonio Murciano, no sólo por su condición andaluza, sino por las formas estróficas —seguidillas, cuartetas, romances...— en que aquella se mueve, por los sentimientos que expresa y los giros populares que utiliza (15). Pero dejémoslo así. El mismo se ha decidido —sin excluir a las otras— por una tercera solución: la canción que, por definición, reúne sonidos articulados —«composición en verso para cantarla o ponerle música»— y sonidos modulados —«música con que se canta esa composición»—. El resultado ha de ser, pues, una comunicación que revista determinadas características.

Pero cada comunicación conlleva un mensaje concreto. Y el del poeta queda claramente definido en el poema inicial de *Canción mía*:

> «¡Qué alegría es alegrar
> con la alegría de uno
> las penas de los demás!
>
> Canción mía, séme fiel.
> Canta tú para los otros
> cuanto sabes de mí y sé.».

«Esta función alegradora —se pregunta F. Lucio (16)— ¿no es radicalmente obra de caridad, no es tarea de amor?». Efectivamente, canción amorosa la del poeta, canción universal puesta, incluso, en boca de la naturaleza:

> «Los ruiseñores todos
> cantando.»
> [«Canción para decirte en la vendimia», *EP*]
>
> «que si a la orilla, orilla,
> cantándonos los álamos.»
> [«Balada del anillo», *EP*]
>
> «por alboradas
> cantaba el cielo.»
> [«Canción de bodas», *CM*]
>
> «Mira como pasa el río
> —azul y verde— cantando.»
> [«Gacela para que no te vayas, I» *AEP*]
>
> «Vente al campo, mi niño,
> hoy todo canta.»
> [«Canciones con fondo de campo», *CM*]
>
> «y cómo canta la nieve»...
> [«Canción para mis oídos», *CM*]

«La canción empapa la vida del poeta», dice J. Ledesma (17). Y rezuma por sus poros invadiendo sus vidas más cercanas: su esposa

> «—Para quien conmigo va
> sólo digo mi canción.»
> [«Dialoguillo del qué dirán», *CM*]

su hijo:

> «Debes cantar mañana,
> pero entretanto,
> te sirva de campana
> lo que yo canto.
>
> Yo tengo mi canción.
> La tuya labra.»...
> [«Álbum de los consejos», *CM*]
>
> «Baja hasta el corazón
> el pensamiento.
> Yo hice así mi canción

y la di al viento.».
[«Letrilla final del "Mira que te encargo..."», *CM*]

Cuando se trata de la suya propia, a veces la canción se quiebra impregnada de cierta tristeza:.

«Llora por una canción
rota en el atril del tiempo.
¿Quién recuerda letra y son?»
[«Variaciones sobre un mismo tema, II», *CM*]

«La M de mi apellido
me entristece lo que canto.
Siempre está doblando a muerto
en la palma de mi mano.»
[«Cancioncilla de mis iniciales», *CM*]

aunque siempre termina esperanzada:

«Todo está cantado ya.
¡Pero cuántas cosas quedan
todavía por cantar!»
[«Canción mía», *CM*]

Porque, como decía Guillermo Díaz Plaja en un artículo sobre *Canción mía* (18), «La canción es la vida... El poeta la ofrece, condensada, como el suspiro o el sollozo, en una síntesis hermosa y musical... Capacidad de síntesis que permite, en el círculo del poema menor, abarcar un océano de ternura, con implicación general a una conducta humanísina, a una fidelidad familiar, a la consecuencia fiel a una estirpe de poesía y delicadeza. Todo ello con amor. O, si queréis, con "Angel"».

Amor, corazón, canción... Tres claves de una poesía amorosa; tres términos que se reparten con profusión por toda ella y dan título —«Corazón» (de *El Pueblo*), *Amor es la palabra* y *Canción mía*— a unas obras en las que lo popular es, junto con lo amoroso, rasgo especialísimo. Amada, hijo y él mismo se convierten en protagonistas de ésta poesía.

ICONOGRAFIA DE LA AMADA

Su caracterización o individualización viene dada en primer lugar por la descripción de sus rasgos físicos. El poeta, como si estuviera situado tras una cámara fotográfica, nos ofrece un retrato, aún impreciso en *AEP*:

«Nombre tendrá que sonará a campana,
tendrá de barro y rosa el apellido,
tendrá los hombros presintiendo alas,
tendrá la voz como un arrullo íntimo,
tendrá el pisar como gacela o garza,
la piel tendrá como de luna o lirio,
tendrá una luz abierta en las pestañas
y habrá nacido en estos mismos sitios.
Tendrá un mirar...»
[«Balada de la elegida»]

Pero en *CM*, ya bien enfocado el objetivo, la imagen es completamente nítida:

«Un hermoso cabello
que con mi mano aliso;

frente tras la que pienso,
mirada en que me miro;

boca de la que bebo
agua de gozos íntimos;

oído para el requiebro,
cuello hacia donde giro;

hombro sobre el que sueño,
pecho con mi latido;

brazo en el que me enredo,
mano con que acaricio;

vientre donde me siembro
y renuevo y revivo;

urna de mi universo,
manantial de mí mismo;

pierna en que me sostengo,
pie para mi camino.»
[«Canción donde el poeta intenta hacer el retrato de la esposa»].

La «cámara» poética se muestra en este caso especialmente sensible a la vista y al oído: la tonalidad de la piel, los ojos de la amada y el timbre de su voz son

los rasgos que más parecen impresionarle:

«El sol enciende y dora
su piel de nieve.»
[«Siesta», *EP*]

«La piel tendrá como de luna o lirio»
[«Balada de la elegida», *AEP*]

Los ojos —probablemente el rasgo femenino más cantado— no le interesan tanto por su belleza externa como por su mirada:

«Los aires, por sus ojos
tristes, alegres.»
[«Siesta», *EP*]

«tendrá una luz abierta en las pestañas,
.....
tendrá un mirar...
¡Mirabas a tu modo!»
[«Balada de la elegida», *AEP*]

Y la voz:

«Tendrá una voz como un arrullo íntimo»
[«Balada de la elegida», *AEP*]

«y ella hablaba y tenía
una voz como un trino.»
[«Alegría de contigo», *AEP*]

«TUS INICIALES AQUI, EN EL CORAZON...»

1.— De la naturaleza:

La amada ocupa un lugar central, sea cual sea el enclave poético. El espacio en que se mueve con más frecuencia es la naturaleza, en el paisaje que ambos contemplan y en el que ambos viven. Paisaje campestre, lleno de árboles:

«Amor,
bajo el olivo aquel»...
[«Canción para esperarte», *EP*]

«que si a la orilla, orilla,
cantándonos los álamos.»
[«Balada del anillo», *EP*]

De flores:

«Llegaste hasta mí,
cuando los pájaros,
cuando los azahares
de los naranjos.»
[«Carmen del amor llegado», *AEP*]

«No sigas, porque la tarde
se desangra en amapolas»...
[«Gacela para que no te vayas, II», *AEP*]

Y de colorido:

«Luna verde del pinar,
luna blanca del camino,
celeste luna del mar...
.....
Sol de verde en el pinar,
dorado sol del camino,
celeste sol de la mar...»
[«Primera canción para encontrarte», *AEP*]

Pero el poeta, tan familiarizado con esas tonalidades de la naturaleza, teme confundir a ésta con la amada:

«Dame la mano, mi amor,
que quiero llevarte al campo.
(Como viste de verde,
tú irás de blanco).

Dame la mano, mi amor,
que quiero llevarte al agua.
(Como viste de azul,.
tú irás de grana).»
[«Canción para no confundirte», *EP*]

«Desnuda sobre el campo
mi amante duerme.
¡Qué bien lo blanco
sobre lo verde!
[«Siesta», *EP*]

La naturaleza guarda también secretos, mitos, des-

conocidos pero existentes peligros para las jóvenes:

«No me esperes
—te dije—
junto a la adelfa,
que la adelfa es amarga
y eres doncella.»
[«Balada de la adelfa», *EP*]

2.— Del tiempo.

La connotación fuertemente temporal de esta poesía de raíces populares se rompe aquí para situar en su centro a la amada. No hacen falta relojes ni hay que hablar de años, días o meses que delimitan el tiempo, cuyo paso señala en la naturaleza la posición de los astros:

«—De luna a luna conmigo,
contigo de sol a sol.»
[«Dialoguillo egoísta entre el amor y el amado, *CM*]

El discurrir del día es muchas veces símbolo del transcurso de toda la vida. La mañana puede significar, a veces, espera ilusionada:

«La mañana traía
nueva luz estrenada.
.....
La mañana sabía
desnudas nuestras ansias.»
[«Kasida de la mañana nueva», *EP*]

«Por la mañana,
el pueblo
era todo campanas
y azahar floreciendo.»
[«Canción de bodas», *CM*]

Mientras que la tarde permanece a menudo indiferente:

«(La tarde, sola, arriba,
sueña y no entiende).»
[«Siesta». *EP*]

aunque va, como la naturaleza, cambiando de color a medida que va ocultándose el sol:

«(La tarde era de verde,
como fruta que empieza).
.....
(La tarde era naranja
como una fruta nueva).
.....
(La tarde era amarilla
como una fruta seca).»
[«Balada de la adelfa», *EP*]

La oscuridad de la noche suele ser motivo de temor y «negros» presagios:

«Que, luego, cuando la noche
se torne oscura y remota,
desandarás el camino
sola.»
[«Gacela para que no te vayas, II», *AEP*]

Pero, por encima de todo, es símbolo de culminación:

«Por la noche
se abrieron
para mí, las puertas
morenas de tu cuerpo.»
[«Canción de bodas», *CM*]

Y junto con el alba —lazo de unión con un nuevo día— tiene una especial significación erótica:

«¡Qué delirios de temblores
tu pecho sobresaltado!
¡Qué pesadilla de anhelos
por mis ojos entornados!
.....Y el alba toda,
despacio,
por la tibia enredadera
de tus manos
y mis manos...»
[«Gacela de una noche de amor», *AEP*]

«CANCIONERO NIÑO»

En un artículo sobre *Canción mía* (19) señalaba Gui-

llermo Díaz-Plaja la presencia en esta obra del «elemento genesíaco»: el tema del hijo, fruto de ese amor que ya Antonio Murciano había cantado. Este elemento se percibe especialmente en la segunda parte del libro, «Cancionero niño», donde el poeta encierra sus pensamientos y sentimientos de padre.

En conjunto, el «Cancionero niño» es una inmensa nana, con toda la carga de ternura y realismo a que aludía Federico García Lorca en su estudio sobre las nanas infantiles (22). Para conseguir en este caso que ambos factores aparezcan perfectamente conjugados, el autor ha escogido cuidadosamente dos elementos esenciales: estrofa y texto.

Hablamos en su momento de la forma métrica utilizada en el «Cancionero niño»: la seguidilla, estrofa típica de las canciones infantiles y, en en particular, de las nanas, y cuyo ritmo —conseguido gracias a la fluctación silábica de sus versos— mece al niño, al compás de los brazos o de la cuna. (El texto suele estar perfectamente compenetrado con el suave «run-run» de la melodía):

«Que San Gabriel Arcángel
vele tu sueño.
Duérmete, Antonio, ángel
de lo pequeño.
.....
Si carpintero fuera,
sierra de luna,
la flor de la madera
para tu cuna.

Al ro-ro de la nana,
ay, ¡quién pudiera
ser la flor de la lana
que te cubriera!
.....
(Con la nana en su oído
—ea, la ea—
doncelillo dormido,
bendito sea.)»

[«Nanas con ángel»]

Pero la persona encargada de dormir al niño —casi siempre, la madre— «no sólo gusta de expresar cosas agradables mientras viene el sueño —continúa García Lorca (21)—, sino que lo entra de lleno en la realidad cruda y le va infiltrando el dramatismo del mundo». Así actúa en ocasiones el poeta: con la ilusión, con el deseo —tan lógicamente paterno— de ver encarnados en el hijo sus propios ideales, se entrecruzan a menudo el consejo y el aviso, la llamada de atención sobre la verdad descarnada —y patética, a veces— de «... un mundo / que yo ne he hecho» (22) y que el niño, ser reciente aún, desconoce:

«De los hombres no esperes
verdad ni ayuda.
Pero no desesperes.
El pan se suda.»

[«Álbum de los consejos»].

«El mundo, una cadena,
tú y yo, eslabones.
Te quitas una pena
y otra te pones.»

[«Rimas que cantan la verdad de ciertas cosas»]

Las coordenadas espacio-temporales también desempeñan un papel importante en el «Cancionero niño». Su escenario, el pueblo, la naturaleza, con toda la trascendencia que le confiere ese vivir inmerso en ella, tan característico de la poesía popular:

«Agua que le reflejas,
lunas y soles,
para mi niño almejas
y caracoles.»

[«Baladilla de las cuatro estaciones»]

«Sé con los segadores
parva y segur.
Aprende con las flores
y el viento Sur.»

[«Canciones con fondo de campo»]

«Alta flor de blancura
en campos verdes.
Ve mirando a la altura,
que no te pierdes.»

[«Seguidillas para encontrar el pueblo»]

Más difícil resulta precisar el factor tiempo en estos poemas. El hijo es prolongación de un hombre y, por lo tanto, también lo es de su tiempo. Pero sucede que el ayer y el mañana se conjugan en función de este nuevo ser, recentísimo presente en quien confluye un pasado y ante el que se abre un amplio horizonte de futuro. Ocurre así que el tiempo del poeta-padre abarca sus tres dimensiones: si, de una parte, se siente más ayer que nunca —«agua de tiempo soy...» (23)—, la *presencia* del hijo hace que su tiempo cobre nueva actualidad:

«En ti miro mi infancia
hoy, repetida.
Es mi antigua fragancia
tu nueva vida.»

[«Ronda de los deseos»]

y crezca en ansias de futuro:

«Viviré para darte
fuerza y ternura.
Lucharé por llevarte
a mi estatura.»

[«Ibídem»]

hasta lograr que el tiempo quede para él y gracias al hijo, eternizado:

«¡Cuántas cosas sería
hijo, por ti!
Quiero que seas un día
cuanto no fui.»

[«Ibídem»]

«CANCIONES PARA MI MISMO» (24)

«La caridad —el amor— empieza por uno mismo,» dice un viejo refrán. Termina, en este caso, aunque no para morir, porque la línea poética amorosa de Antonio Murciano sigue el cauce de un río que desembocara en sus mismas aguas —lo que llamaríamos un «círculo vicioso-poético»—: el del propio *yo* del que nace y al que vuelve este sentimiento vital. Surge así esta «lírica del cuerpo» (25), cuando «el poeta se entrega a su propio yo: la realidad física de que se construye, la dulce realidad inmediata del cuerpo, de las criatura carnal, cuyos ojos, cuyas manos, cuyas piernas, son testimonio primero de su vivir, del contacto del yo con las cosas» (26). Lírica que —continúa G. Díaz-Plaja— es característica de «una mente meridional, tan habituada a concentrar en el contorno físico todas las espiritualidades, incluso las religiosas» (27):

«Mis oídos ¿para qué?
Para oír cómo restalla
la rosa niña al nacer»...

[«Canción para mis oídos»]

«Con ojos nuevos contemplo
el mundo de norte a sur.
A medida que en mí crezco
soy menos sombra y más luz».

[«Canción para mis ojos»]

«Yo tengo,
—miradlo—
la vida
en las manos.»

[«Canción para mis manos»]

«Llevadme, pies, por senderos
de libertad.»

[«Canción para mis pies»]

«Voz mía,
sé clara,
sé honda,
sé llana,»

[«Canción para mi voz»]

Pero no es sólo una realidad corporal de lo que aquí se trata. El hombre no sería tal sin su dimensión espiritual, aquella que le confiere, precisamente, su condición de ser humano:

«Yo soy un hombre, miradme,
sentidme, oídme. Despacio
entrad, mas no me toquéis
por, si acaso soy de barro.»

[«Retrato de medio cuerpo»]

Esencia que se siente aprisionada y liberada, a un tiempo, por las dos grandes verdades del hombre: amor y muerte, presentes, incluso, en su mismo nombre:

«La letra A de mi nombre
da a mi vida amor. Me llamo:
ansia, anhelo y alegría
de vivir. Y vivo. Y amo.

La M de mi apellido
me entristece lo que canto.
Siempre está doblando a muerto
en la palma de mi mano.»

[«Cancioncilla de mis iniciales»]

«Caracteriza a la poética de Antonio Murciano —dice Rafael Vázquez Zamora (28)— una honda corriente íntima y andaluzamente trágica ,es decir, que no se note y donde se hable de la muerte como quien no quiere la cosa». Como en la «Canción final del día que yo me muera», una de las más conseguidas, a nuestro parecer, del libro:

«El día que yo me muera
habrá luna y luego sol,
porque será un día cualquiera.

Bueno, no,
un día cualquiera no,
¡será el día que me muera yo!

El día que yo me muera,
me echarán en la huesera,
esquina a la carretera
del desengaño mayor;

bueno, no,
esquina a la carretera
de la verdad verdadera.

Todo será, digo yo,
como el viento derriba una palmera,
como se muere un niño en primavera,
como se barre otoño de una acera...

Bueno, no.
El día que yo me muera
me moriré a mi manera,
como sólo muero yo.»

Si bien la muerte está presente de la manera más natural en esta poesía, no es menos cierto que la esperanza, fiel compañera del poeta, es capaz de vencerla y, por consiguiente, eternizar toda una vida:

«Como os dije soy un hombre
que espera.»

[«Retrato de medio cuerpo»]

«Voz mía
que hoy cantas,
sálvame
mañana.»

[«Canción para mi voz»]

«Siento miedo de que el hoy
se me haga ayer, se me vaya.
Pero me consuela siempre
mi esperanza en el mañana.»

[«La otra cara del espejo»]

LA NAVIDAD

Las fiestas navideñas son, por múltiples razones, unas de las más arraigadas en la tradición poética española. El nacimiento del Hijo de Dios es motivo más que suficiente para que la poesía —culta o popular— «se haga niña», como dijera en alguna ocasión Gerardo Diego. Pero este Niño recién nacido —hijo también de mujer— viene al mundo rodeado de extrema pobreza y en las difíciles circunstancias que todos conocemos. Y es precisamente este rasgo tan «humano» del Niño Dios lo que hace que el alma popular se sienta especialmente atraída hacia el divino misterio y que conmemore con gozo el acontecimiento año tras año, con su emotiva carga de costumbres y tradiciones y su carácter entrañablemente familiar. No es de extrañar que, si el pueblo celebra con alegres canciones y bailes el nacimiento de cualquier niño, cante también con júbilo a este recién nacido, Hijo de Dios, pero que —como cualquier niño— llora, duerme acunado por su madre y recibe, junto con el oro de reyes, los humildes regalos de unos campesinos.

Y si al Niño cantaron ángeles y pastores, al correr de los siglos poetas cultos y populares le han ofrecido también sus creaciones: letrillas, canciones y villancicos ingenuos de éstos, antiquísima tradición popular recogida en múltiples ocasiones por aquellos: recordemos en España a Fray Ambrosio de Montesinos, Lope de Vega, Valdivieso, Góngora... hasta llegar a los más inmediatos: Gerardo Diego, Rafael Alberti, Luis Rosales, Federico Muelas... Naturalmente, el tratamiento del tema difiere según las épocas y los autores: mientras unos han centrado su atención en el aspecto estrictamente religioso, otros —los más apegados, sin duda, al sentimiento popular— han preferido «humanizar» el divino misterio, continuando —y recreando— la tradición popular.

Recién comenzada la década del cincuenta, cuando la poesía —relegada casi por completo la tradición— se movía en torno a temas más cotidianos e inmediatos, aparece el primer libro de Antonio Murciano: *Navidad* (1952), que, dos años más tarde alcanza su segunda edición en Caracas, aumentado con varios poemas (29), y al comienzo de la cual afirmaba el poeta: «Mi deseo al escribir este libro ha sido... el de dejar cantar jubilosamente mi corazón en alabanza y gloria de este Misterio, de este milagro blanco, que cada año nos vuelve un poco niños y nos llena la vida de recuerdos y de música de alas». *Nuevo Cuaderno de Navidad* (1963) y *Nochebuena en Arcos* (1972) completan la trilogía navideña de Antonio Murciano (30).

Tras haber reseñado el número de libros dedicados al tema y el espacio —casi de diez años— entre la publicación de cada uno, resulta fácil deducir que no se trata de una obra juvenil ni circunstancial: por el contrario, es un asunto por el que el poeta siente especial predilección: recordemos su nacimiento, en los días de Navidad, y en este pueblo gaditano, «navideño» por sus tradiciones y por su geografía, protagonista, como hemos dicho, de *Nochebuena en Arcos*. Añadamos a estas razones la honda religiosidad del poeta y los sentimientos de ternura que —según sus propias palabras— despierta en él esta conmemoración, y veamos ya los temas navideños más populares dibujados en su poesía.

EL NACIMIENTO

La Natividad de Cristo es un hecho que, si bien tuvo una localización espacio-temporal concreta, cobra nuevo sentido cada año y en cada lugar de la cristiandad gracias, en parte, a esos «belenes» o «nacimientos» familiares que renuevan —eternizándolo— el acontecimiento.

De dos maneras ha poetizado Antonio Murciano estos «nacimientos»:

1) Moldeando —en los poemas de su libro *Navidad*— figuritas de barro.
2) Realizando la simbiosis «Belén-Arcos» en *Nochebuena en Arcos*.

En Navidad, e iniciado por la descripción en un soneto de un «Belén» —«vuela que vuela, sin volar, ligero / cualquier jilguero sobre el caserío;»— nos situamos en el apartado que el poeta titula «Figuras de mi belén», poemas de aquellos personajes que, año tras año, sus manos conducen hacia el Niño. Así, el camellero:

«— Al Niño que ayer nació
y tiene de oro el cabello,
¿qué le llevas tú?
— ¿Quién, yo?
— Sí, tú...
— El camello.
— ¿Y qué harás tú sin camello?
— ¡Qué sé yo!»

[«Balada amarilla del camellero»]

El pescador:

«Todos van hacia el Portal.
Yo iré después, cuando pesque
mi pez de plata y cristal.»
[«Balada azul del pescador»]

Pero sin duda, el poema más entrañable es la «Oración por la figurita más antigua de mi nacimiento», donde el poeta, tras recordar a otras que integran su «belén»,

«la pastora dorada del cordero a los hombros,
el molinero blanco de la saca de harina,
el recovero triste con sus pavos de siempre
y el niño de la cántara con la pierna partida,»

se detiene en ésta:

«... déjame que te pida
por la mujer aquella junto al pozo vacío,
por la samaritana de barro, pequeñita,
que espera, cada año, en el sitio que sabes,
descolorida ya y antigua.»

El segundo apartado lo integran aquellos poemas cuya perfecta localización geográfica —rincones arcenses— no impiden a la fantasía del poeta construir un «belén» vivo y actual en las calles, el campo y el paisaje de Arcos de la Frontera, que dice:

«Tenéis razón, amigos,
soy un Belén de ensueño.

Tengo una gruta en mi Peña
que es un portal nazareno;
tengo un castillo y un río
y un puente tendido al tiempo;
veredas entre chumberas
con pastores y romeros,
nieve celeste en mis montes
y estrellas, que con los dedos
de mis torres, esta noche
bajo desde el cielo al suelo.»
[«Romance de la Nochebuena en Arcos de la Frontera», *NEA*]

En este Arcos-Belén se levanta airosa la silueta del castillo:

«Cíclope de un paisaje
navideño legítimo;
centinela del aire
reflejado en su río.
Como en un Nacimiento:
el castillo.»
[«Villancico chico del castillo grande», *NEA*]

Y más abajo, los molinos:

«Hornos cotidianos,
artesas de cal,
molinos de Arcos
que moléis mi pan
con piedras antiguas
y con nuevo afán,
quedáos para siempre
donde mi cantar,
orillas del río
de la Navidad.»
[«Villancico de los molinos», *NEA*]

LA NATURALEZA

A la hora de elegir un escenario, el poeta popular suele decidirse siempre por el campo, por la naturaleza, trasfondo idóneo y lógico por serle el más cercano, física y afectivamente. Se trata, por supuesto, de una naturaleza salvaje, agreste; nunca de la naturaleza cultivada, del jardín que suele aparecer en la poesía culta.

La naturaleza es marco de la poesía navideña de Antonio Murciano quien, nacido y residente en un pueblo, en cotidiano contacto con ella, la hace a veces especialísima protagonista de sus poemas. Se trata de una naturaleza auténtica, vivida, cuyos elementos pueden muy bien «redondear» toda una escena:

«La Virgen María
cantando tejía
blancos hilos finos.
(La tarde venía
por entre los pinos)».
[«Letrilla de la Virgen y el alba que venía», *N*]

Naturaleza capaz de compartir sentimientos:

«Que se alegre la nube
y la nieve en flor.
.....
Que se alegren las ramas
que estoy alegre yo.»
[«Canción alegre de María la mañana de la Navidad», *N*]

Y entre los fenómenos de la naturaleza, resalta la nieve, una de las protagonistas de esa «noche blanca», que canta mientras baja del cielo a la tierra:

«¿Quién me mueve y me conmueve?
Carne de agua. ¿Quién me bebe?
Soy la nieve.»
[«Canción de la nieve cayendo», *NCN*]

También los animales, inconscientes y simpáticos participantes, tienen su lugar en esta poesía. La mula y el buey que, según la tradición, calentaron al Niño con su aliento:

«Le da calor y cobijo
el buey manso y le vigila,
y en sus tiernos ojos, fijo
clava su enorme pupila.»
[«Villancico festivo del buey y la mula en el Portal», *N*]

junto con otros que, a su modo, adoran al Niño:

«(También vosotros, también.
No alborotéis.
Ya lo sé.)
¿Qué le dices blanca oveja
al recién nacido, qué?
— Béeee...»
[«Baladilla ingenua de los animales en el Belén», *NCN*]

«Mamá calandria cantando
nanas de pájaro chico.
Doña cigüeña volando
con un pañal en el pico.»
[«Letrilla de las aves en el Portal», *NCN*]

Pero el poeta no tiene que recurrir a la imaginación para traer a sus versos elementos de la naturaleza, puesto que es también escenario de su vida; de ahí que estos elementos del paisaje arcense afluyan sin cesar a los poemas de *Nochebuena en Arcos:*

«Calle Nueva seis,
cal y yerbabuena»
[«Villancico de mi nacimiento»]

«A la nana, nanita,
nanita, ea,
yerbabuena, tomillo
y alcaravea.»
[«Variaciones para una nana de "Los Panderetos"»]

«El Niño Dios se ha perdido
su Madre lo va a buscar,
lo encuentra en los naranjales
cubierto del azahar.»
[«Villancico del Niño perdido y hallado»]

LOS PERSONAJES

Sería imposible tratar de hacer un recuento de todos los personajes que, de alguna manera, intervinieron en este entrañable acontecimiento. El Nuevo Testamento nos habla —además, claro está, del Niño, María y José— de los Reyes, ángeles, pastores y todo un tropel de seres que, por permanecer en el anonimato, no dejan de ser sujetos de las más variadas leyendas y tradiciones que suele atribuirles el pueblo. Estableceremos, por tanto, dos grupos: de personajes «bíblicos» o históricos, el primero, y el segundo de personajes «intrabíblicos», es decir, aquellos que, si bien no aparecen explícitamente citados en el Nuevo Testamento, pudieron haber protagonizado algún episodio junto al Niño.

Comencemos por los personajes centrales: José, María y el Niño. Las circunstancias difíciles del nacimiento, el ambiente hostil creado en torno a la Sagrada Familia siempre han despertado profundos ecos en el pueblo, que a menudo se ha encontrado en situaciones parecidas: de ahí su simpatía hacia ellos, sus cantos y nanas para el Niño, sentimientos que también comparte el poeta. Cada uno le habla en su lenguaje, y si para Antonio Murciano, poeta culto, el Niño es «Lirio abierto en la nevada» (31), para Antonio Murciano, poeta popular, es, sencillamente, «el churumbel de María» (32).

Intenta, a su manera, protegerlo de cualquier peligro:

«Buscan al Niño perdido
guardias por las carreteras,
para salvarlo han crecido
las hojas de las palmeras.»
[«Villancico del Niño perdido y hallado», *NEA*]

Y —arcense, al fin y al cabo— no duda en llevarlo hasta su pueblo:

«El Niño Dios se ha perdido
por un callejón de Utrera
y lo han venido a encontrar
en Arcos de la Frontera.»
[«ídem»]

E incluso sueña que Jesús es otro niño de Arcos:

«Las nanas que canta el río
Guadalete, que es mi espejo
duermen al Hijo de Dios
como a un Niño más del pueblo.»
[«Romance de la Nochebuena en Arcos de la Frontera», *NEA*]

«Si el Niño subiera al Cerro,
qué bien que lo pasaría;
con los chiquillos del barrio
cómo se columpiaría.»
[«Coplas navideñas de columpio», *NEA*]

María y José son considerados como pobres trabajadores que han de pasar por las situaciones más penosas. Mujer ante todo, María tiembla ante la proximidad del parto, en una situación más que difícil:

«No puedo seguir, no puedo...
Déjame sobre esta piedra.
¡Qué dolor, esposo mío,
que a un Dios le cierren las puertas!
.....
¡Cuánta nieve por mis hombros!
José, me tiemblan las piernas.
Reclíname con cuidado
junto de la paja seca.
.....
Siento al Hijo que me salta
en las entrañas... ¡Ya llega!
¡Cuánta música en el aire!
José, ¿qué... música... es... ésa?...»
[«Romance de María y José la noche de Navidad», *N*]

Pero, una vez nacido su Hijo, canta llena de gozo:

«Que están meciendo mis manos
al Amor.
Que se alegre la nube
y la nieve en flor.
Que es alegre mi risa
y es alegre mi voz.»
[«Canción alegre de María la mañana de Navidad», *N*]

«La Virgen María
cantando ponía
pañales al Niño»
[«Letrilla de la Virgen y el alba que venía», *N*]

Madre temerosa ante lo que pueda ocurrirle al Niño, no lo deja embarcar con el marinero de Cádiz:

«No puedo. Vuelve a tus olas,
vuelve a tu puerto de mar.»
[«De lo que la Virgen dijera...», *NCN*]

e interrumpe la buenaventura de la gitanilla:

«— No sigas, gitana,
leyendo mi sino;
vete a tu tartana,
sigue tu camino.»
[«Villancico de la buenaventura», *NEA*]

También es María buena ama de casa, con sus «especialidades» de cocina:

«Pastor, si tú quieres gachas
hechas con harina fina
en el Portal de Belén
la Virgen te las cocina.»
[«Ronda de Villancicos», *NEA*]

No pueden faltar los «piropos» a María. De José, su esposo:

«María, llena de gracia,
la más hermosa de todas,
le decía San José
la víspera de las bodas.»
[«ídem»]

Y de los tres Reyes. «Alba de Dios, alba bella» la llama Gaspar, y Baltasar, «luz de luna, / nívea nube nazarena».

La figura de José, casi siempre en un plano un tanto secundario y a veces olvidado, cobra en esta poesía toda su dimensión, como padre adoptivo del Niño Dios. Sus escasas apariciones nos muestran a un ser cargado de ternura para con la Virgen y el Niño. Por ejemplo, cuando habla con el posadero:

«— Que no por mí, por ella, que de tanto
camino caminar está cansada.»
[«El Posadero», *N*]

Carpintero eficiente y esposo solícito:

«San José carpinteando
desde las claras del día
le ha hecho una cunita al Niño
que ella sola se mecía.»

«La Virgen hacía rosquetes
y algunos se le rompían
y San José complaciente
iba y se los componía.»
[«Ronda de villancicos», *NEA*]

Y sobre el tema tan traído y llevado de su paternidad, el poeta encuentra una respuesta a la medida del pueblo e ingeniosa a la vez:

«— Señor San José
¿qué dicen de Vd.?
— Que no soy el padre
del Niño Manuel.

— No le haga Vd. caso
a los que dirán.
— El me llamó padre
cuando empezó a hablar.

— Si él le llamó padre
por algo será.
Cuando el río suena
agua llevará...»
[«Villancico de los que dirán», *NEA*]

Los Magos de Oriente se despojan de su realeza para convertirse en tres personajes más de los muchos que adoran al Niño:

GASPAR
«Quitad el polvo a las túnicas
y peinad las cabelleras.

BALTASAR
¡Sonreid, que no se asuste...!

MELCHOR
¡Las tres coronas bien puestas!»
[«Retablo de reyes», *NCN*]

Ángeles, pastores:

«Una voz gritaba
en el cielo limpio:
"En Belén, hermanos,
está Dios nacido"».
[«Romancillo de la Buena Nueva», *NCN*]

«Le llevaremos leche
y miel. Le llevaremos
los corderos más blancos
de los rebaños nuestros.»
[«Retablo del ángel y los pastores», *N*]

Pero no todos quisieron verlo. «Hay —dice Leopoldo de Luis— una nota muy personal en *Navidad* de Murciano, nota que presta originalidad a la forma de tocar el tema. Es la dedicación de su piedad para los

que no vieron al Niño.» (33) Como el posadero:

«Porque estarás llorando todavía,
porque no tendrás paz nunca en tu alma
te lloro, porque estamos, como entonces,
en Nochebuena y yo te tengo lástima.»
[«El posadero», *N*]

O Herodes:

«Y no le busques más, no te valdría.
Es inútil que sigas afilando
tu venganza en los cuellos inocentes.
Para el Hijo de Dios siempre habrá niebla
o una palmera al borde del camino.»
[«Herodes», *N*]

Hay dos personajes que, si bien no aparecen citados en el Nuevo Testamento a la hora del Nacimiento de Cristo, sí aparecen en su genealogía: nos referimos a Joaquín y Ana, padres de María y, por tanto, abuelos del Niño:

«— Señora Santa Ana
¿qué dicen de vos?
— Que soy soberana
abuela de Dios.

— Señor San Joaquín
¿qué dicen de ti?
— Que soy el abuelo
del chiquirritín.»
[«Villancico de los que dirán», *NEA*]

Esta circunstancia ha hecho que la tradición los incorpore a la galería de personajes que están situados en torno al Niño. De ahí que el poeta los incluya en sus canciones y los felicite por el acontecimiento:

«Repica una campana
desde los cielos,
porque Joaquín y Ana
ya son abuelos.

Que vuestra campana
resuene sin fin,
Señora Santa Ana,
Señor San Joaquín.»
[«Nuevo villancico de los dos abuelos», *NEA*]

Pero entremos ya en este apartado que hemos llamado de personajes «intrabíblicos», y que constituyen quizás una de las aportaciones más originales del poeta al tema navideño. Comenzamos con Artabán, un cuarto rey legendario que no pudo llegar a tiempo al Portal:

«Tu caballo era lento, frío, como la nieve
que en la crin y en las ancas le venía cayendo;
tu caballo era lento, y tú, Artabán, sufrías
porque no galopaba al compás de tus sueños.»
[«Artabán», *N*]

Anob, el pastor ciego, a quien no fue posible ver al Niño:

«Y no le viste, Anob, tú no podías
ver al Hijo de Dios recién nacido,
pero fuiste a Belén, como los otros,
a llevarle tu ofrenda de miel rubia.»
[«Anob», *N*]

El hombre leproso, curado por el Niño:

«Nadie tiene una palabra
para el hombre de la lepra,
y le dejan en los labios
su pregunta sin respuesta.
.....
El hombre junto al camino
mira al cielo y llora y reza
y ve ponerse su carne
milagrosamente buena.»
[«Romance del hombre leproso», *N*]

Y los niños de Belén, sin comprender lo que ocurre, acosan al Niño a preguntas:

«— ¿Cómo estás?... ¿De dónde eres?
— ¿Juegas con nosotros, di?
— Sabemos más de mil juegos,
¿te los jugamos aquí?

Somos niños bethlemitas
y venimos... por venir;
¡como se vinieron todos,
quién iba a quedarse allí!»
[«De cómo los niños todos de Belén...» *NCN*]

Pero no todo es alegría en Nochebuena:

«"Mi vida entera daría,
Niño, por poderte ver."

Esto dicen que decía
un hombre que se moría
aquella noche en Belén.»

[«Villancico triste por lo que ocurrió aquella noche», *NCN*]

TRASPOSICIONES ESPACIALES Y TEMPORALES

Decíamos que el Nacimiento de Cristo es un acontecimiento que ha estado siempre presente en nuestra poesía. Antonio Murciano lo revive con gozo cada año —«Dios nace en mi pensamiento», dice en *NEA*—. Pero toda una tradición de veinte siglos no le impiden situarse en su tiempo, en su ámbito vital. De ahí las trasposiciones ambientales, mediante la incorporación de nuevos personajes y nuevos escenarios en *NCN* y *NEA* para que el nacimiento del Niño Dios nos resulte próximo en lugar y en tiempo.

A los Magos de Oriente se añaden tres nuevos adoradores:

«Con su larga barba viene
por el sueño, por la nieve,
cargado, Papá Noel.
Santa Claus viene con él.

(La una. Las dos. Las tres...)

Vuelve con su larga barba
de puntillas, por el alba,
vacío, Papá Noel.
Santa Claus vuelve con él.

Y San Nicolás también.»

[«Villancico de los nuevos adoradores», *NCN*]

Y un recién estrenado personaje —el astronauta— contempla la maravilla «desde el aire»:

«Hoy están de parabienes
cielo y tierra y mar y aire.

Y yo, astronauta, perdido,
tendido en paz junto al aire,

voy rozando alas y estrellas
mientras giro sobre el aire,

sintiendo en mí la infinita
sombra de Dios, frente al aire.

¡Fiesta de mis ojos niños!
¡Mi nochebuena del aire!

Aire que el aire me lleva,
aire que me lleva el aire.»

[«Nochebuena del astronauta», *NCN*]

Un marinero quiere embarcar con el Niño hasta Cádiz:

«— Dime si a tu Niño dejas
en mi velero embarcar.
— ¿Dónde...? A Cádiz
— ¿Cómo es Cádiz?
— Tierra blanca en punta al mar.»

[«De lo que la Virgen dijera...», *NCN*]

Una gitanilla dice su buenaventura a María:

«— María, dame la mano,
que quiero leerte el sino.
No tengo mejor regalo
para tu Niño divino.»

[«Villancico de la buenaventura», *NEA*]

Y como trasfondo, como paisaje, Arcos «Romance de la Nochebuena en Arcos», «Villancico chico del castillo grande», «Villancico de los molinos»... con toda su evocadora geografía callejera:

«Desde El Cerro veo El Castillo
y veo La Cueva también
la Plaza del Cananeo
y la Cuesta de Belén.»

[«Coplas navideñas de columpio», *NEA*]

VIVENCIAS Y SENTIMIENTOS NAVIDEÑOS DEL POETA

A través de este recorrido por la poesía navideña de Antonio Murciano hemos podido observar que se trata de una poesía de dualidades, en la que se aúnan el ayer y el hoy, el ensueño y la realidad, lo íntimo y lo universal, la nostalgia y la esperanza. Las hondas raíces populares de esta poesía no le impiden, sin embargo, dirigir la mirada a los hombres de su tiempo, al mundo que le rodea. De ahí que su poesía popular navideña sea en muchas ocasiones como el vino viejo en odres nuevos.

Exceptuando el soneto que el poeta dedica a su hijo Antonio Ángel en su primera navidad y un «Sonetillo del poeta la víspera de la Navidad», incluidos en *NCN*, sus vivencias y sentimientos navideños están, lógicamente, más reflejados en *NEA*, donde —en fechas navideñas— naciera el poeta:

«¿Qué azul villancico
canta por mi vena?
Yo nací en Diciembre
una Nochebuena.»
[«*Villancico de mi nacimiento*», *NEA*]

Allí transcurre su vida, al compás de las tradiciones arcenses:

«En los patios de mis casas,
con zambombas y panderos,
me cantan mozas de luna
y mozos de sol, aquellos
villancicos inefables
que cantaran los abuelos.»
[«Romance de la Nochebuena en Arcos de la Frontera», *NEA*]

y de sus viejos inamovibles rincones. Como el de los molinos:

...«quedaos para siempre
donde mi cantar,
orillas del río
de la Navidad.»
[«Villancico de los molinos», *NEA*]

Pero nuevas costumbres, nuevas formas de vida han irrumpido en el pueblo, casi desterrando a aquellas otras que configuraron la niñez del poeta. Su elegía no se hace esperar:

«Mis hijos, a coro,
—¡quién lo iba a creer!—
cantan villancicos
en correcto inglés.
(Mi duende moreno
se queja en calé.)

Guitarras eléctricas
y musicassettes,
entre luces tibias,
mis hijos —¡qué bien!—
bailan locamente
un ritmo ye-yé.
(Mis ángeles músicos,
palmas y almirez.)
.....
Y mientras, vencido,
toso en humo kent
y adornan mis hijos
su árbol de Noel,
yo miro mi sombra
contra la pared.
(Mi recuerdo llora
su viejo belén.)»
[«Elegía navideña», *NEA*]

Sin embargo el pueblo, inmutable a través del paso de los años, y sus hijos, canción esperanzada ante el eterno «belén», devuelven la alegría al poeta:

...«tal como ayer, os digo,
Carmen, Gabriela, Antonio Ángel, Miriam,
Manuel Jesús y Montserrat, mis hijos,
con sus zambombas y panderetas
—cuando sobre mis hombros ya un tercio de siglo—
me arrancan la canción y la nostalgia,
mientras la abuela en su piano antiguo

toca en aire de ayer —no llores, madre—
mi nuevo villancico.

El pueblo sigue igual de anciano y blanco.
La Peña, el río igual. ¿Quién el distinto...?
El belén familiar nace el milagro
y me hace, en Nochebuena, otra vez niño.»
[«Belén familiar», *NEA*]

LOS TEMAS POÉTICOS DE ANTONIO MURCIANO

Hemos planteado en este apartado el estudio de los temas fundamentales que trata Antonio Murciano en sus obras. Pero no nos interesan tanto los temas en sí como el tratamiento peculiar que les da el poeta. Porque ya sabemos que tiempo y amor son dos temas universales y no exclusivamente literarios; que la Navidad, en principio, pertenece al ámbito religioso. En este caso, nos encontramos con esos temas plenamente subjetivados por el hablante-autor:

a) El tema del tiempo está tratado aquí muy en la línea del «saber popular» con ciertos matices de estoicismo e intimismo, tan característicos del pueblo andaluz.

b) El tema amoroso, íntimo en cuanto vivido, se traduce en un canto gozoso a la amada, al hijo y a sí mismo; canto que enlaza perfectamente con la tradición popular de poesía amorosa.

c) El tema navideño tiene todo el sabor que la tradición literaria de un lado, y la popular andaluza de otro —además de originales logros del autor—, han venido aportando al Misterio del Nacimiento de Cristo.

NOTAS

(1) Empleamos aquí la terminología propia de la llamada *Lingüística del texto,* recogida, entre otros, por A. GARCIA BERRIO y A. VERA LUJAN en *Fundamentos de teoría lingüística* Ed. Comunicación; Madrid, 1977. pp. 171 y ss.

(2) GARCIA BERRIO y VERA LUJAN en *op. cit.*, p. 175.

(3) En *op. cit.* p. 40.

(4) *Ibídem,* p. 30.

Para citar en los ejemplos los siete libros de Antonio Murciano que analizamos en este trabajo, hemos empleado las siguientes abreviaturas:

— *Libro de Horas: LDH*
— *El Pueblo: EP*
— *Amor es la palabra: AEP*
— *Canción mía: CM*
— *Navidad: N*
— *Nuevo Cuaderno de Navidad: NCN*
— *Nochebuena en Arcos: NEA*

(5) Sobre este tema se ha escrito profusamente y desde los puntos de vista más diversos. Por ello, resulta prácticamente imposible presentar en sólo unas líneas una bibliografía completa. Nos limitaremos, pues, a indicar algunos títulos de obras que, a nuestro juicio, enfocan el problema del tiempo de forma similar a la que sigue Antonio Murciano en el *Libro de Horas:*

— MOLINA, R y MAIRENA, A.: *Mundo y formas del cante flamenco.* Ed. Al-Ándalus, Granada, 1971 p. 121.

— SALINAS, Pedro: «El tiempo, desesperación y esperanza» y «La mortalidad», en *Jorge Manrique o tradición y originalidad.* Ed. Seix Barral Barcelona, 1974. pp. 129-130.

— MACHADO, Antonio: «Juan de Mairena», XXIV, p. 1085. XL, p. 1153-54, en *Obras Completas.* Ed. Plenitud Barcelona, 1973.

— LAMIQUIZ, Vidal: «El tiempo lingüístico» en *Lingüística Española.* Pub. de la Universidad de Sevilla, 1975 - 3.ª ed.

— LAMIQUIZ, V. y Dpto. de Lengua Española: *La experiencia del tiempo en la poesía de A. Machado.* Pub. Universidad de Sevilla, 1975.

(6) Como puede comprobarse a lo largo de todo el apartado 3, el tiempo aparece —como subtema— prácticamente en la totalidad de los temas que aquí tratamos, sobre todo en el amoroso y en el navideño. Por eso, dedicamos este apartado sólo al estudio del *Libro de Horas,* cuyo único y exclusivo protagonista es el tiempo. Recordemos que este libro se publicó por primera vez en la *Antología,* si bien Antonio Murciano prepara actualmente un segundo libro —*Tiempo al tiempo*— sobre el mismo tema.

(7) No hablamos todavía del llamado «tiempo psicológico»: nos referimos ahora sólo a la respuesta o posición del hombre ante la realidad temporal que lo envuelve.

(8) MACHADO. A.: «Juan de Mairena», XL en *op. cit.*

(9) 19.ª edición, 1970.

(10) «Cancioncilla de mis iniciales», CM.

(11) En introducción a su obra *Cante Hondo,* 1912.

(12) «Cuando la canción es necesaria», en «Tarrasa Información», Tarrasa, 26-6-67.

(13) En introducción a *Cante Hondo,* ya citada.

(14) RODRIGUEZ MARIN, F.: Prólogo a *El alma de Andalucía en sus mejores coplas amorosas.* Madrid, 1929.

(15) La crítica ya advirtió esta voz de la tierra en su poesía: «Un popularismo depurado y una especial querencia por la riqueza literaria del "jondo" y sus coplas, confieren a A.M. su facilidad para la canción, su gracia verbal y versificante...» (Francisco UMBRAL en «Poesía Española», n.° 158 Madrid, febrero 1956).

«Esta fusión del incontenible afán de cantar en verso y de una honda corriente íntima y andaluzamente trágica caracteriza a la poética de A.M.» (Rafael VÁZQUEZ ZAMORA: «La canción de Antonio Murciano», en «España Semanal», 6-6-66).

«Se inspira en el canto andaluz para dar el tono íntimo que requiere el contenido de su libro. El cante es oculto, cerrado, expresión de un estado de ánimo. El buen cante escoge siempre la "letra" que refleja sus impresiones interiores del momento. La canción de A.M. es honda, como el buen cante». (Arturo DEL VILLAR: «Canciones de Antonio Murciano» en «Alerta», Santander, 29-1-66).

(16) En artículo citado.

(17) En «Álamo», Salamanca; junio, 1966.

(18) DÍAZ-PLAJA, Guillermo, en «ABC»; Madrid, 24-11-66.

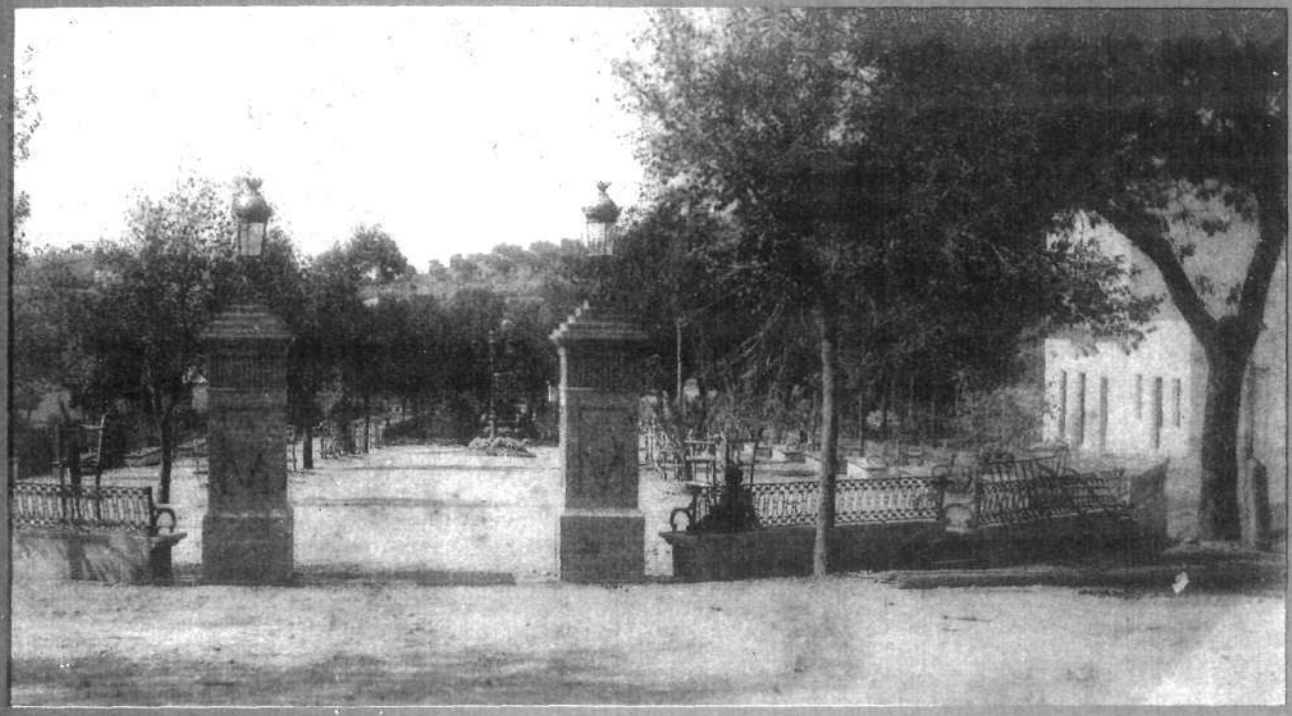
(19) *Ibídem.*

(20) GARCIA LORCA, Federico: «Las nanas infantiles», en *Obras Completas,* vol. I Ed. Aguilar; Madrid, 1974 pp. 1043-1061.

(21) *Ibídem,* p. 1049.

(22) «Rimas que cantan la verdad de ciertas cosas».

(23) «Ronda de los deseos».
(24) Como ya se ha advertido, el título de esta tercera parte de *CM* era, igualmente, «Canción mía». Aparece como «Canciones para mí mismo» en la *Antología*.
(25) Artículo citado de G. DÍAZ-PLAJA.
(26) *Ibídem*.
(27) *Ibídem*.
(28) VÁZQUEZ ZAMORA, R.: *Art. cit.*
(29) Vid. las reseñas que se dan de ambas ediciones en el apartado, 2.
(30) Vid. apartado, 2.
(31) «Canción de cuna» (*N*).
(32) «Villancico del cantaor de flamenco» (*NEA*).
(33) En «Poesía Española», n.º 12 Madrid, diciembre 1952.



4. APENDICE

Hemos querido recoger, como punto final de nuestro estudio, dos momentos importantes en la creación poética de Antonio Murciano: su ayer —que se remonta a sus años adolescentes— y su hoy —representado por sus últimos poemas—, para ver de qué modo ambos, como en un círculo, han podido llegar a encontrarse.

Más de treinta años separan «Alcaraván» y *Concierto en mí.* Un sólo impulso —el de la tradición popular— los une. Y porque las raíces de esta tradición siguen firmes en la poesía de Antonio Murciano, pensamos que se hacen realidad en ella unos versos de Juan Ramón Jiménez, otro poeta del Sur cuyo estilo poético —a menudo asimilado por el autor que nos ocupa— se nutrió más de una vez en las fuentes populares. El resumen de este apéndice podría hacerse a partir de estos versos de Juan Ramón (1):

«Vino, primero pura,
vestida de inocencia;
y la amé como un niño.
.....
Se quedó con la túnica
de su inocencia antigua.
Creí de nuevo en ella.»...

«VINO, PRIMERO PURA, / VESTIDA DE INOCENCIA;»

La «prehistoria» poética de Antonio Murciano se halla —al igual que la de la mayor parte de los poetas de su generación— en las revistas de poesía que, con mayor o menor fortuna en cuanto a duración, medios económicos, etc., recogían las colaboraciones de quienes —todavía— no tenían otro medio para darse a conocer.

Sería excesivamente prolijo enumerar todas aquellas en las que colaboró Antonio Murciano durante los últimos años de la década de los cuarenta y primeros de los cincuenta. Por ello nos hemos centrado en «Alcaraván», la revista mecanografiada que él fundó —junto con su hermano Carlos y un grupo de amigos— en Arcos. A través de sus páginas —y también de las de «Platero», su hermana en Cádiz— hemos podido conocer algunos de estos primeros poemas. Seleccionamos los siguientes:

— «La canción del niño ingenuo».
— «Canción de la amante muerta».
(«ALCARAVÁN», n.° 1, año I. Agosto, 1949)
— «¡Vente conmigo!»
— «Barquero»
— «Deuda»
(«ALCARAVÁN», n.° 5, año I. 15 Oct. 1949)
— «A la bamba, mi niña»
(«ALCARAVÁN», n.° 6, año I, 30 Oct. 1949)
— «Canción "para soñarte"»
(«PLATERO», abril, 1950, n.° 32)

— «Manantial»
(«PLATERO», agosto, 1950, n.º 36) (2)

En ellos ya encontramos el germen de lo que posteriormente serían las direcciones fundamentales de la poesía de Antonio Murciano: temática amorosa y forma cancioneril. Ambas, entroncadas en la línea de la poesía neopopular.

Se trata, como decimos, de unos poemas fundamentalmente amorosos, si bien el concepto de «amor» tendríamos que tomarlo aquí como juego infantil; un amor de niño ingenuo, como el título de esta composición:

«¡Mira, madre, qué dolor!
La hija del hortelano
quiere a otro, que a mí no.

Dice que el otro es moreno
y que es más alto que yo;
que tiene una barca grande;
que sabe hablarle de amor;
que fuma como los hombres
y tiene ronca la voz...»...

O que sirve de base para una canción de columpio:

...«(A la bamba, a la luna
la quiere el sol,
y a la bamba, mi niña,
te quiero yo).»...
[«A la bamba, mi niña»]

Su temática amorosa suele aparecer enmarcada en la naturaleza; una naturaleza *campesina,* no marinera:

«...Que al sabor de tus besos
me sabe el aire;
déjame que te quiera
bajo los sauces.»...
[«A la bamba, mi niña»]

También alude frecuentemente al paso del tiempo (mañana - tarde - noche):

«A la ermita primero
que hoy es domingo;
tengo el caballo blanco
junto al camino...

Por la tarde al arroyo
sereno y limpio;
tu cabello castaño;
verde el olivo.

Luego, mi niña,
hacia el pueblo dormido
galope y brisa...»
[«¡Vente conmigo!»]

Esta visión temporal suele ir unida a la amada:

«Por el alba de tu risa
sin sonido,
Amante, me iré contigo.

Por la tarde de tu cuerpo
sin desvío,
Amante, me iré contigo.

Por la noche de tu ausencia
sin caminos,
Amante, me iré contigo».
[«Canción de la amante muerta»]

Pensamos que alcanza un simbolismo especial el agua en estos poemas. El arroyo es transparencia:

...«Por la tarde al arroyo
sereno y limpio;»...
[«¡Vente conmigo!»]

El río —que hay que cruzar en barca— sirve de pretexto para el tradicional y encubierto juego amoroso del barquero:

«La niña que se ha subido
sola, a tu barca, barquero,
quiere atravesar el río.

Ve navegando en silencio,
que se ha dormido la niña
arrullada por los remos.

— ¡Si nunca fuese de día!
¡Si ella no se despertara!
¡Si el río no tuviera orillas!

Barquero, vuelve a tu barca,
y si te miró al marcharse,

no se lo digas al agua.» [«Barquero»]

El agua es también fuente de vida:

«En mi gruta nazco;
en tu río muero.

Agua nueva, mi sangre
para tu cuerpo.

De la tierra, vengo
—blanca—
con mi silencio.

¿A qué tierra, luego,
—azul—
con tu secreto...?»

[«Manantial»]

El tono popular de estos poemas es evidente: observemos los elementos métricos —versos de arte menor, asonancia, composiciones breves y arromanzadas, en forma de canción...— así como algunas isotopías de expresión y otros recursos que veremos a continuación.

Dentro de las isotopías de expresión, encontramos una amplia gama de fenómenos repetitivos. Además de la rima, como ya hemos señalado:

— Anáfora:

...«—¡*Si* nunca fuese de día!
¡*Si* ella no se despertara!
¡*Si* el rio no tuviera orillas»...
[«Barquero»]

— Paralelismo, prácticamente en todas las composiciones:

«Tú, tan alta...

Yo te sueño
arcángel de nubes altas.

Yo te sueño
querubín de estrellas niñas.

Tú, tan niña.

¡Yo, de tierra,
soñándote a ti, de cielo!»
[«Canción "para soñarte"»]

— Estribillo, casi siempre unido al paralelismo:

«*¡Mira, madre, qué dolor!*
La hija del hortelano
quiere a otro, que a mí no.
.....
¿Qué le dirá el otro niño?
¿Qué le dirá que yo no?
Cómprame una barca grande
que tenga vela y timón;
dime que a los niños rubios
morenos, los vuelve el sol
y dime que falta poco
para ponerme mayor...

¡Mira, madre, qué dolor!
La hija del hortelano
quiere a otro, que a mí no.»
[«La canción del niño ingenuo»]

— El vocativo, la llamada al interlocutor, está presente en casi todos estos poemas. El confidente es, primero, la madre, a quien el niño-poeta cuenta su pena:

«¡Mira, *madre*, qué dolor!»... [«Ídem»]

Después apela a la amada, con distintos nombres:

...«y a la bamba, *mi niña*,
te quiero yo).»
[«A la bamba, mi niña»]

...«*Amante*, me iré contigo»...
[«Canción de la amante muerta»]

— La *ausencia verbal* sintetiza aún más el poema hasta reducirlo a su esencia. La interrogación y suspensión finales lo cargan de sugerencias:

...«Agua nueva, mi sangre
para tu cuerpo.

De la tierra, vengo.
—blanca—
con mi silencio...

¿A qué tierra, luego
—azul—
con tu secreto?» [«Manantial»]

Por último, señalemos una brevísima composición con resonancia de copla flamenca:

«Para quererte,
no me enseñaste cariño...

Para olvidarte,
tendrás que enseñarme olvido.»
[«Deuda»]

«SE QUEDÓ CON LA TÚNICA / DE SU INOCENCIA ANTIGUA»

En Diciembre de 1979 Antonio Murciano obtuvo el Premio de Poesía «Aljarafe» de Sevilla con su obra *Campo Sur*, publicado en 1980 por las Ediciones Literarias de la Caja Rural Provincial de Sevilla, entidad que había convocado el Premio. En 1981 es Premio «Ángaro» de Poesía (Sevilla) con su libro *Concierto en mí*, que vio la luz en la Colección «Ángaro» de Sevilla en 1982. Con estas dos obras —que cierran hasta el momento su extensa bibliografía— Antonio Murciano retoma su inicial —y nunca del todo abandonada— línea poética.

Con *Campo Sur*, el poeta incide nuevamente en lo que venimos llamando «lo popular» —metros, temas, características de estilo...—, aportando un buen número de creaciones originales, e incluso recreando poemas de otros libros suyos.

La edición con formato 19,5 × 12 se abre con un retrato de Antonio Murciano por el pintor Rafael Giráldez. Le sigue una nota del autor donde señala que los poemas «Hoy he plantado un árbol», «Arboleda ganada», «El Cabezo», «Canciones con fondo de campo», «Taberna de pueblo» y «Campesino en paz» son recreaciones de poemas anteriores. Igualmente indica que los temas de otras composiciones están inspirados en poesías de su hermano Carlos.

Tras la reproducción del Acta del Premio, la dedicatoria para los poetas andaluces fuera de Andalucía:

«Estas estampas líricas de nuestra Andalucía la Baja, son para mi hermano Carlos y para mis amigos, los poetas andaluces, que viven de Despeñaperros arriba.»

Y una cita de otro poeta andaluz que vivió y murió muy lejos de su pueblo: Juan Ramón Jiménez:

«Pensé arrancarme el corazón, y echarlo,
pleno de su sentir alto y profundo,
al ancho surco del terruño tierno;

a ver si con romperlo y con sembrarlo,
la primavera le mostraba al mundo
el árbol puro del amor eterno.» (3)

Campo Sur consta de cuatro partes:

I.— «Las tierras y las aguas» (4) es la menos «popular» de todas ellas. Está integrada por sonetos, décimas, composiciones en verso blanco... que, como el título indica, nos muestran la geografía andaluza. Un sólo poema por soleares: Las «Nuevas soleares del Guadalquivir».

«Como un galgo corredor,
como un gamo o ciervo herido
tras de qué corza, amador.

Como una lengua de luz
por entre los naranjales,
como un señor andaluz.

Señor de sus señoríos,
desde Cazorla a Sanlúcar
cabalga el rey de los ríos.»...

II.— «Paisaje con figuras» es la incorporación del hombre andaluz —tipificado o concreto—, con sus peculiaridades, sus sentimientos, sus problemas... a esta geografía. Todavía permanece la estrofa culta —soneto, serventesio, décima, octava real...— aunque dando paso a la forma cancioneril, la seguidilla, la solear y el romance. Vuelve a la temática amorosa —encuadrada en la naturaleza y a través del paso del día— con esta «Balada del amante campesino»:

«Vente conmigo,
a coger aceitunas

de mis olivos.
(Ven por la noche,
la hijuela de la luna
ya la conoces).

Vente conmigo
y probarás las uvas
de mis racimos.
(Ven a la tarde,
con el sol puesto,
desnudo el aire).

Vente conmigo,
tú la sola amapola
entre mis trigos.
(Ven con el día,
que el campo entero sepa
que ya eres mía).»

Y a la ternura de sus nanas, si bien esta «Nana en la choza» aborda, de algún modo, la problemática, el futuro incierto del niño campesino andaluz:

«A la nana, nanita,
mi niño, ea,
campanillas azules,
blanca azalea.

Se ha puesto el día oscuro
y es tu cara mi luz.
Duérmete, mi futuro
bracerito andaluz.

A la nanita, nana,
marzo abrilea,
perejil, culantrillo
y alcaravea.

Mi niño tiene sueño.
¡Ay qué cara y qué cruz!
Duérmete, mi pequeño
jornalero andaluz.

A la nana, nanita,
miel y ralea,
zagalillo del campo,
bendito sea.

Este campesinito
no tiene cuna,
su padre con empleita
va a hacerle una.

Nana, nanita, nana,
silla de anea,
yerbaluisa y tomillo,
mi niño, ea.»

III.— «Oraciones al caer la tarde» son plegarias, meditaciones que llegan a la puesta del sol, finalizadas ya las tareas campesinas. Predominan en esta tercera parte sonetos, serventesios y formas cancioneriles. En la «Oración a Nuestra Señora de Agosto por los girasoles» identifica —sin nombrarla— a la Virgen María con un girasol en uno de los juegos cancioneriles —de cierto sabor a Juan Ramón— más logrados, a nuestro juicio, de Antonio Murciano:

«Alto tallo de sombra,
corola de la luz,
estambres de tu cara,
pistilos de mi cruz.
(Esquirol,
verderol,
mira al sol,
girasol).

Otoñado barbecho,
aguanieve invernal,
primavera de flores,
verano del pipal.
(Tú farol
del guiñol,
mirasol,
girasol).

Semillama de luna,
miracielo de sol,
jaramago gigante,
margarita mayor.
(Sol, resol,
ababol,
gira al sol,
girasol).

Faro de la campiña,
noria de atardecer,
carrusel de los sueños,
girasol de mi fe.
(Facistol,
arrebol,
gira al sol,
girasol).»

IV.— «Cantando en el campo», última parte de *Campo Sur* —la más popular— lleva otra dedicatoria al amigo poeta, desaparecido en 1977:

«A la memoria de Julio Mariscal Montes, todavía tan conmigo.»

Y, entre paréntesis, el mismo Antonio Murciano nos define el contenido de «Cantando en el campo»:

«(Cantes y coplas al modo popular de ara, siega, trilla, escarda, cacerías, recolección, gañanía, columpio, vendimia, aceitunas y otros aires campesinos).»

Estas coplas —cuartetas, seguidillas, quintillas, soleares...— constituyen una continuación ampliada —con alguna inclusión también— de los «Cantes laborales campesinos» que integró Antonio Murciano en la sección «La Copla» de su obra *Poesía Flamenca*. Veamos algunas de «Cantando en el campo», en las que no puede faltar el tema amoroso:

«Quiéreme porque soy
gañán de punta
y tengo pa casarme
las cosas juntas.»

Pero, a nuestro parecer, lo más interesante de estos cantes es el uso que hace el poeta de la fonética y, en especial, del léxico propio del campesino andaluz:

«Pa trillarme esta parva
quiero mis yeguas,
las dejo de recibo
con cinco vueltas.»

Observemos la enumeración de arabismos —hoy perdidos, incluso en las ciudades andaluzas— en este pregón:

«— ¿Qué lleva usté en el canasto
que tan rebosante va?
— Murta, algarroba, azofaifa,
altramuz y haba tostá,
la palmicha y la maholeta
y las vendo regalás.»

Y las expresiones (como «está cayendo blandura») en este tema de las «cogeritas»:

«Que está cayendo blandura,
niñas, levantarse ya
y ponerse las manijas
que está a punto el garbanzal.»

CONCIERTO EN MI

La última obra publicada por Antonio Murciano —*Concierto en mí*— obtuvo el Premio «Ángaro» de Poesía (Sevilla, 1981) y fue editada al año siguiente por la misma Colección de poesía con el n.º 75 —formato 21 × 14—. Va dedicada «a la memoria de Gustavo Adolfo Bécquer».

Concierto en mí se abre con un «Allegro moderato». Tras una cita de Ricardo Molina.

«Pues sólo Amor mantiene con su fuego
el perpetuo milagro de la vida.»

un poema —«Tratando de explicar lo inexplicable»—. Concluye en «Adagio con ritornello» con un «Poema final de la vuelta al principio», al que siguen unos versos de Gustavo Adolfo Bécquer:

«...Como nota de música lejana...»
.....
«...del coro entre las voces percibía
su voz vibrante y clara.»

El libro se divide en dos partes: la primera —«Concierto en mí menor»—, siguiendo con el juego de palabras que da título a la obra, integra quince com-

posiciones que podríamos calificar por su contenido, de amor juvenil. Tal como explica el autor en nota final, estas canciones fueron escritas entre 1940-1950 y recreadas posteriormente para su publicación: efectivamente, podemos comprobar que algunas pertenecen a «Agua que corre sin cauce», otras habían sido incluidas en *Sur de Llamas;* muchas han sido extraídas de revistas poéticas de aquellos años («Alcaraván», «Platero», etc.).

Estos quince poemas se agrupan bajo el subtítulo «Cancionerillo de amante andalusí» y una cita del poeta Ben Hani de Elvira (s. X): en esta sección, Antonio Murciano se decide resueltamente por la vuelta, por la recreación —especialmente estrófica y temática— de la poesía arábigo-andaluza (recordemos algunas tentativas anteriores en *Amor es la palabra*). Un recorrido por los diferentes títulos de estos poemas —naib, nauriyat, moaxaja, kasida, carmen, gacela, martiya, maqamat, zéjel, jarcha...— es suficientemente representativo. Conozcamos algunas muestras:

«¡Dejaré de buscarte por mi sueño!

Yo presiento que un día
has de pisar mi sombra en tu camino

y habré de conocerte,
porque ese día me dolerá el alma.»
[«Nauriyat del alma dolorida»]

«Recién nacida del mar
sigue tendida en la arena
a orillas de mi cantar.
De labio a labio
te vi volar.
¿Cuándo, beso, llegarás?
Negra horita mala,
triste tiempo mío,
que ni veo brillar
tu cara
en el río
de mi soledad.
El amor se ha ido,
mi vida tras él.
Si la encontraré...» [«Unas jarchas»]

La segunda parte es «Concierto en mí mayor»: poemas de amor maduro, compuestos —según la nota del autor ya citada— entre 1970 y 1980. Consta de dieciocho poesías, encabezadas por unos versos de Ben Safar Al-Marini (s. XII). Si bien en este caso domina en ellos el rasgo cultista, también asoma ocasionalmente la vena popular: notemos, por ejemplo, la construcción paralelística en «A unos ojos de muchacha»:

«Tus ojos son dos ventanas
por donde mirar el cielo.
(Déjame asomarme a ellos)

Dos cancelas altas, puertas
al campo de tus secretos.
(¡Quién entrara por ellos!)

Tus ojos son dos hogueras,
brasas del amor ardiendo.
(Déjame quemarme en ellos)

Dos pequeños lagos, digo
dos niños mares inmensos.
(¡Quién naufragara entre ellos!)

Tus ojos, gritos de vida,
son como dos vivos versos.
(Déjame vivir tras ellos)»...

O el inconfundible aire de seguidilla en «Cantando en tu cintura»:

«Como la brisa mece
las cañaveras,
se te curvan los mimbres
si te cimbreas.
Anillito de espuma,
playa pequeña,
porcelana quebrada
por azucena.

Descanso en mis escalas,
arco en mi flecha,
preso pájaro vivo,
cárcel estrecha.
Como el mar van mis brazos
y te rodean
los barcos de mis manos,
isla secreta.»...

Y, para terminar, unas seguiriyas: «El poeta se despide por las cabales»:

«Cuando yo me muera
guárdame el secreto.
No digas a nadie por nada del mundo
cuándo fue lo nuestro.

Cuando yo me muera
apaga mi fuego.
No alumbres a nadie por nada del mundo
cómo fue lo nuestro.

Cuando yo me muera
muérdete mis besos.
No enseñes a nadie por nada del mundo
dónde fue lo nuestro.

Cuando yo me muera
quémame los versos.
No expliques a nadie por nada del mundo
por qué fue lo nuestro.

Cuando yo me muera
destruye mi espejo.
No dejes a nadie por nada del mundo
mirarse en lo nuestro.

Cuando yo me muera
salva mi recuerdo
y entiérrame hondo, muy hondo, bien hondo,
dentro de tu pecho.»

Aunque se trata de obras bien diferenciadas, la proximidad cronológica entre la aparición de *Campo Sur* y *Concierto en mí* (1980 y 1982, respectivamente) propició una crítica conjunta que, en la mayoría de los casos, resaltaba —pensamos que, incluso, excesivamente— los rasgos populares de ambas. Manuel Mantero afirma: «El cante está presente, en realidad, en la obra entera (y vida) de Antonio Murciano... La copla andaluza, con el debido *tono,* ejerce su predominio sobre Antonio Murciano... el poeta de la promoción de los años cincuenta que más ha probado identificarse con el cantar del pueblo andaluz» (5). En la misma línea, dice José García Nieto: «No hay un sólo desmayo ni una concesión a la moda o a la manera tópica de *lo andaluz* torpemente entendido. En èl se sustenta una de las voces más exquisitas y, al propio tiempo, sencillas de ese sur que tienta desde dentro a todos los posibles exégetas de sus gracias y que celosamente se entrega sólo a los mejores y más auténticos valedores. Es tarea difícil la elección de este lenguaje en la que pueden naufragar los demasiados atrevidos. El fenómeno de *lo andaluz* ofrece peligros que solamente perciben los que luminosamente lo asimilan y lo entienden. El tópico acecha a cada paso, y hay que saber salvarlo con donosura y con graciosa libertad. Son muchos los que caminan por un campo lleno de ecos, que no ensordecen a Antonio Murciano y de los que se salva siempre personalizando cada línea de su letra, cada música de su canción» (6). Hugo Emilio Pedemonte señala que «El cante y la guitarra flamencos, cuyos misterios no es fácil de interpretar, tiene en Antonio Murciano a un poeta con mucho «duende»; él mismo surge del verso como un «cantaor» y reedita, como expresión social literaria, la función de los trovadores y juglares, a un tiempo, como individuo y pueblo creador... Antonio Murciano continúa una tradición única en Andalucía entre lo nónimo y lo anónimo y que se encuentra tanto en Góngora como en García Lorca, Alberti y hasta en la exquisitez de Juan Ramón Jiménez... A estas alturas, no hay nada que decir de las formas, siempre magistralmente dominadas en los versos de Antonio Murciano; pero el lenguaje se ha ido depurando de fulgurantes facetas: le queda ahora el quiebro, la insustituible donosura andaluza» (7). «Vuelo de copla, levedad y gracia bien probadas ya por el autor» —son palabras de Leopoldo de Luis—. «Concentración que sólo los poetas populares saben lograr con tanta intensidad, acercándose al pueblo que les inspira» (8). Eduardo Domínguez Lobato, aquel primer cronista de urgencia de *Perfil del Cante* al día siguiente de su presentación, se reafirma en lo dicho doce años después: «Esta poesía hay que leerla recreándose en la suerte, como si se escuchara los cantes de la madrugá, esos de las puñalaítas mortales. Esta poesía hay que leerla jaleando los pellizcos de una de las voces más limpias, más puras, más auténticas que suenan hoy desde aquí hasta donde haya gente» (98). En carta perso-

nal, Ángel García López escribe que «Antonio es la voz más traductora del pueblo, de sus formas eternas, de su «pellizco» andalucísimo. Aquí (*Campo Sur*) hay poemas y coplas magistrales, hay emoción y quejido seguiriyero» (10). Francisco Vallecillo insiste en que «La aportación de Antonio Murciano a la copla flamenca, sin duda la más amplia de cuanta realizada por los poetas de la actual generación, está prácticamente presente en toda su creación publicada» (11). Florencio Martínez Ruiz considera a *Concierto en mí* como culminación de la obra amorosa de Antonio Murciano: «Hay una línea de continuidad en la poesía amorosa de Antonio Murciano que viene ya desde *El Pueblo* y que fragua en *Amor es la palabra*. Sólo en este libro de hoy el poeta se cruza con todas las consecuencias con ese «niño de los ojos vendados». Y *Concierto en mí* es el resultado maduro, tierno, apasionante de haber probado en el cercado huerto los sabores más nuevos. Con ello nos demuestra Antonio Murciano que va más allá de poseer todos lo recursos formales, porque quema con su roja voz de fuego. Tal capacidad de sugestión nos devuelve a un lírico, si siempre interesante, intenso y delicado, furioso y verdadero ahora». Y hace notar la presencia de elementos arábigo-andaluces: «*Concierto en mí* escapa a la línea media de su lirismo —doméstico casi, a fuerza de sencillez y vuelo alado—, porque está movido por un erotismo de raíces neoarábigas hasta ahora ocultas o disimuladas... No es, por tanto, *Concierto en mí* un libro parafraseador de los líricos árabes ni de los cancioneros renacentistas, como tampoco se queda en lo puramente «albertiano». Murciano trae en su pluma todos los metros posibles —canciones, letrillas, baladas, cantares, etcétera— sin olvidar las estrofas arábigas como el zéjel, la moaxaja, el carmen, la gacela, la martiya, el maqamat, maravillosa y magistralmente asumido» (12).

NOTAS

(1) De *Eternidades*, Juan Ramón Jiménez.

(2) A partir de 1950 las publicaciones de Antonio Murciano en «Alcaraván», si bien con predominio del tema amoroso, tocan otros asuntos —religioso, social,...— y se mueven dentro de nuevas formas: sonetos, poemas en verso blanco, cuartetos alejandrinos... Por lo que respecta a sus colaboraciones en «Platero», entre 1950 y 1951 aparecieron algunas canciones que posteriormente integraría en «Corazón» (de *El Pueblo*). Por este motivo creemos innecesario citarlas aquí.

(3) Del soneto «Octubre» (*Sonetos Espirituales*).

(4) Tomado de *Sur de Llamas* (vid. *Antología* citada de Antonio Murciano).

(5) «Antonio Murciano y su fidelidad a lo popular», en Revista «*Alaluz*» Universidad de Georgia, EE.UU., marzo de 1983.

(6) «Campo Sur» en «Ya Semanal», Madrid, 8-5-81.

(7) «Antonio Murciano: De *Navidad* a *Concierto en mí*», en «Nueva Estafeta», n.º 48-49. Madrid, noviembre-diciembre, 1982.

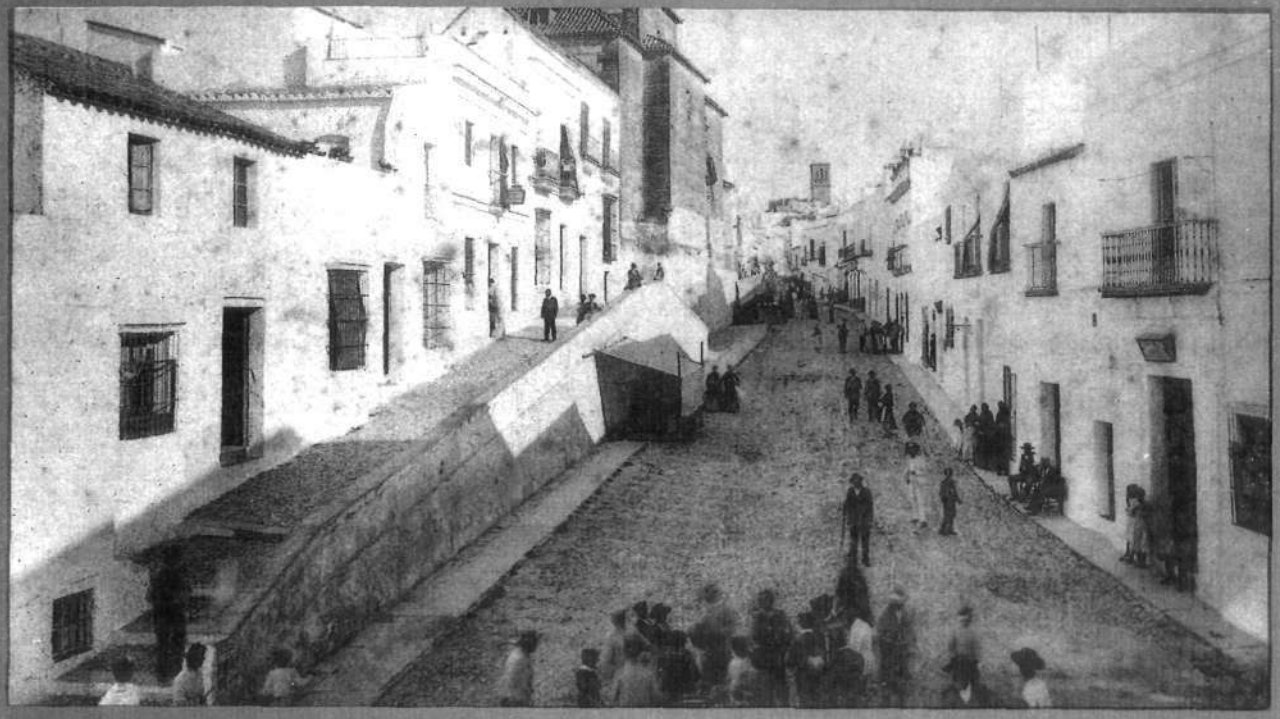
(8) «Concierto en mí», en «Ya». Madrid, 23-7-82.

(9) Primavera de 1982.

(10) Con fecha 27-4-81.

(11) «Catálogo de libros, librillos y cuadernos de coplas flamenca». Revista «Candil» Jaén, agosto 1982.

(12) «Antonio Murciano: El amor es un potro desbocado», en «ABC» Madrid, 5-6-82.



5. A MODO DE CONCLUSION

En estas líneas finales quisiéramos insistir, primero, en la vigencia actual de lo que denominaríamos «estilo popular» que, nacido con nuestra literatura, llega por diferentes caminos hasta Antonio Murciano quien, además de asumirla, ha logrado enriquecerla con su aportación personal. Pero hagamos un poco de historia: Antonio Murciano se adscribe a la línea neopopularista trazada por Alberti (que, en orden cronológico retrospectivo, pasa por Juan Ramón Jiménez, G.A. Bécquer y enlaza con los Cancioneros de los siglos XV y XVI). Esta línea había quedado rota —salvo esporádicos acercamientos— tras el exilio de Alberti. A partir de entonces, sólo podemos hablar de creaciones aisladas por parte de algunos poetas que rozan el estilo popular muy de pasada, incluso en la misma Andalucía. En este sentido, Antonio Murciano constituye la excepción dentro de su promoción, apegada a temas quizás más inmediatos (recordemos el llamado «realismo social» de los años 50). Este poeta podrá tener en común con los componentes de esta promoción cierto coloquialismo expresivo, pero en Antonio Murciano el grito, la protesta... están sofocados y, si bien es cierto que a veces adopta un tono de denuncia, la realidad es que los temas que afloran a su obra son más íntimos: el amor, la navidad... Por otra parte, cabe establecer también una diferencia «formal» con otros poetas coetáneos: frente al auge del verso libre, por ejemplo, Antonio Murciano toma el camino de la métrica popular tradicional en muchas de sus obras, recreando a menudo los modelos cancioneriles. En resumen, podemos, pues, afirmar que —sin apartarse totalmente de otras perspectivas características de la Generación o Promoción del 50— Antonio Murciano se constituye como máximo y casi exclusivo exponente de la corriente popular a partir de esa época; corriente que en estos últimos años parece que va tomando cierto auge. De cualquier modo, es innegable el papel de *pionero* que, en este sentido, puede atribuirse a Antonio Murciano.

Por otra parte, la adscripción de su poesía a la línea popular tradicional no ha sido circunstancial ni esporádica; en ella constatamos una gran fidelidad a sí mismo: si confrontamos sus creaciones con sus ideas sobre la poesía (que, como hemos visto, expuso bajo el título de «algunas notas para redactar un día mi poética»), podemos concluir lo siguiente:

a) La poesía de Antonio Murciano es eminentemente «formal», tanto cuando sigue moldes estróficos tradicionales, o cuando los adapta o incluso crea nuevos esquemas métricos: este último caso es patente en los que podríamos llamar sus «formas cancioneriles», tan abundantes en estos poemas cercanos a la tradición popular. El verso libre, por el contrario, apenas aparece.

b) A primera vista puede resultar contradictoria su afirmación de que el poeta no debe estar jamás encerrado en su «torre de marfil». Ciertamente se le achacó en su día el que no se hubiera sumado con su «grito» —no con su voz— a ese movimiento de protesta que recorrió la poesía de los años 50. La clave de esta paradoja puede residir,

sencillamente, en la interpretación que se dé a su obra. Porque Antonio Murciano no grita, sino que *dice*. Su poesía, profundamente lírica, se convierte en canto, en canción, que el poeta dirige a todo el que quiera recogerla.

LOS TEXTOS

Una primera ojeada a los libros poéticos de Antonio Murciano nos mostró que contenían un amplio porcentaje de elementos populares, de tal modo que la crítica valoró fundamentalmente en ellos, más que otros posibles logros o aciertos, su conexión con la línea popular, su sencillez expresiva y el «tono cancioneril» de muchos poemas. Esta circunstancia nos ha llevado a una primera selección de obras —e incluso a partes de ellas— que es lo que ha constituido la base de nuestro análisis temático. Hemos elegido *Libro de horas*, «Corazón» (2.ª sección de *El pueblo*), «Canciones para ella» (1.ª sección de *Amor es la palabra*), *Canción mía, Navidad, Nuevo cuaderno de navidad* y *Nochebuena en Arcos*. Por otra parte, intuíamos elementos populares en otros de sus libros; elementos que, aunque dispersos, pudieran completar muy bien el estudio de las obras ya indicadas. Encontramos un grado notable de popularismo en *El pueblo, Amor es la palabra* (excluyendo las secciones en que hemos profundizado, citadas más arriba) y *Los días íntimos*. Estos tres libros reúnen gran número de caracteres populares, si bien el tono general de cada uno —que apuntaba hacia otras corrientes— nos hizo desistir de incluirlos íntegros en nuestros análisis. Otro tanto nos ocurrió con *Sur de Llamas*, libro casi plenamente popular, pero inédito y sujeto aún a diversas modificaciones por parte de su autor. Las cinco *Canciones con fondo de esperanza* son populares sólo por su forma métrica. Y, por último, en *La semilla, De la piedra a la estrella* y *Fe de vida* estos elementos aparecen de modo muy ocasional y aislado.

Esta trayectoria podría indicar a primera vista que la obra poética de Antonio Murciano tuvo una primera etapa más popular que dejó paso posteriormente a otra más culta. Pero lo cierto es que, aparte su actividad como poeta del flamenco —plasmada en *Perfil del Cante* y *Poesía Flamenca*— ha seguido trabajando en nuevas obras de aire popular: tal es el caso de las dos últimas que ha publicado: *Campo sur* y *Concierto en mí* (sobre todo «Concierto en mí menor»).

LOS TEMAS

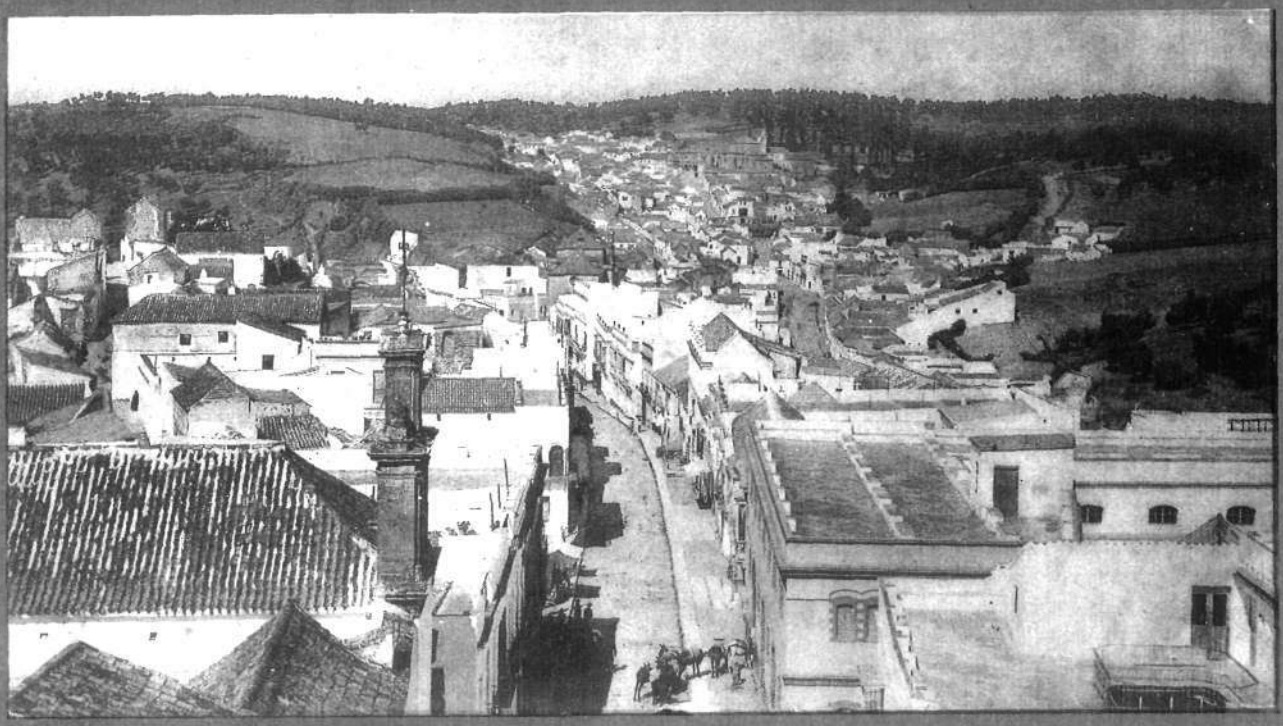
Los temas que hemos seleccionado para el estudio de los elementos populares en la obra poética de Antonio Murciano no son *específicamente* populares. Tiempo y amor son motivos universalmente tratados por la poesía, sin distinción de corrientes ni épocas. También la Navidad sirve de punto de partida a muchas creaciones poéticas, tanto cultas como populares. Lo que confiere, pues, ese aire popular a los poemas de Antonio Murciano no es el tema en sí, sino el *tratamiento* que recibe cada uno: el del tiempo respira por boca del propio poeta ese sentimiento —en parte indiferente, resignado y estoico— que produce su paso entre el pueblo andaluz. El amoroso se reviste de ese coloquialismo directo entre amado y amada, tan característico de la primitiva poesía amorosa popular: en este caso —y con el protagonismo del poeta— el amor se vierte también en el hijo. El navideño recoge, de un lado, la tradición andaluza de los villancicos, y de otro, las escenas y figuras típicas de la Navidad que, enmarcadas en un paisaje peculiar —a caballo entre Belén y Arcos— configuran los entrañables «belenes». Este último tema ofrece además un rasgo muy original: Antonio Murciano no se vale solamente de situaciones y personajes bíblicos o legendarios, sino que, en una extraordinaria trasposición de tiempo y espacio, incorpora a sus poemas navideños —sobre todo en *Nuevo cuaderno de Navidad*— a otros más actuales: el astro-

nauta, Papá Noel... o desarrolla episodios en los que se evocan los escenarios del poeta: es el caso del marinero de Cádiz que quería embarcar con el Niño, etc.

De todo este recorrido por textos y temas podríamos deducir que el popularismo —o, si se quiere, neopopularismo— de Antonio Murciano supone una *recreación culta de lo popular*, más que una reproducción o inclusión de modelos populares en sus obras —si bien estos procedimientos se dan en ellas de forma esporádica—. Porque Antonio Murciano —aunque resulte aquí una afirmación algo chocante— es, indiscutiblemente, un *poeta culto*, heredero de ese barroquismo característico en la literatura andaluza e integrado, además, en la «Escuela poética arcense».

Nuestra investigación sobre estas obras nos ha llevado al convencimiento de que, efectivamente, este poeta recoge en sus creaciones muchos elementos de la tradición popular. Pero no es suficiente asimilar unos modelos establecidos y convertirse así en mero transmisor o «copista»: esta tarea debe suponer también un *enriquecimiento* de esa tradición por parte del poeta, mediante su peculiar aportación. En el caso de Antonio Murciano concluimos que su popularismo no es sólo receptivo: la introducción de unos rasgos «diferentes» —como hemos venido señalando— confiere a la creación poética de Antonio Murciano una personalidad propia.

Tradición popular y originalidad, pues, forman una simbiosis perfecta en el popularismo poético de Antonio Murciano. Podemos afirmar que, desde sus comienzos en la poesía hasta hoy, la línea popular es la que mejor define su obra, que se constituye a un tiempo como receptora de esta tradición y punto de partida para nuevos intentos.



6. BIBLIOGRAFIA

a) ESTUDIOS SOBRE LINGUISTICA Y TEORIA LITERARIA

Aguilar e Silva, V.M. de: *Teoría de la literatura.* Gredos. Madrid, 1972.

Alarcos Llorach, E.: *La poesía de Blas de Otero.* Anaya. Salamanca, 1973.

Alonso, A.: *Materia y forma en poesía.* Gredos. Madrid, 1969.

Alonso, D.: *Góngora y el Polifemo.* Gredos. Madrid, 1961.; *Estudios y ensayos gongorinos.* Gredos. Madrid, 1962.; *Ensayos sobre poesía española. Rev. de Occidente. Madrid, 1944.; Poetas españoles contemporáneos.* Gredos. Madrid, 1969.; *Poesía Española. Ensayo de métodos y límites estilísticos.* Gredos. Madrid, 1971.

Alonso, D. y Bousoño, C.: *Seis calas en la expresión literaria española.* Gredos. Madrid, 1979.

Bousoño, C.: *Teorías de la expresión poética.* Gredos. Madrid, 1970.; *El irracionalismo poético (El símbolo).* Gredos. Madrid, 1977.

Carbonero Cano, P.: *Deixis espacial y temporal en el sistema lingüístico.* Publ. de la Universidad de Sevilla, 1979.

García Berrio, A. y Vera Luján, A.: *Fundamentos de teoría lingüística.* Comunicación. Madrid, 1977.

García de Diego, V.: «Notas psicolingüísticas del andaluz», en *Archivo Hispalense,* n.° 63. Sevilla, 1953.

Jakobson, R.: *Ensayos de poética.* F.C.E. Madrid, 1977.; «Lingüística y poética» en *Ensayos de Lingüística General.* Seix Barral. Barcelona, 1975.

Lamíquiz, V.: *Sistema lingüístico y texto literario.* Publ. de la Universidad de Sevilla, 1975.

Lázaro Carreter, F.: «Estilística y crítica literaria», en *Insula,* n.° 59. Madrid, Noviembre, 1950.; *Estudios de poética.* Taurus. Madrid, 1976.; *Estudios de lingüística.* Crítica. Barcelona, 1980.

Martínez García, J.A.: *Propiedades del lenguaje poético.* Archivum. Oviedo, 1975.

Payán Sotomayor, P.M.: *El habla de Cádiz.* Publ. de la Cátedra «Adolfo de Castro», Fundación Municipal de Cultura. Cádiz, 1984 (2.ª Ed.).

Riffaterre, M.: *Ensayos de estilística estructural.* Seix Barral. Barcelona, 1976.

Ropero Núñez, M.: *El léxico caló en el lenguaje del cante flamenco.* Publ. de la Universidad de Sevilla, 1978.

Salvador, G.: «Estructuralismo y poesía» en *Problemas y principios del estructuralismo lingüístico.* C.S.I.C. Madrid, 1967.

Sobejano, G.: *El epíteto en la lírica española.* Gredos. Madrid, 1970.

Torre, E.: «El campo semántico de la duración existencial en las *Soledades*», en *La experiencia del tiempo en la poesía de Antonio Machado.* Publ. de la Uni-

versidad de Sevilla, 1975.

Torre, G. de: *Problemática de la literatura.* Losada. Buenos Aires, 1966.

Wellek, R. y Warren, A.: *Teoría literaria.* Gredos. Madrid, 1969.

b) ESTUDIOS GENERALES SOBRE HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA.

Agulló y Cobo, M.: «La poesía española en 1961» en *Cuadernos Bibliográficos del C.S.I.C.* Madrid, 1963.

Aleixandre, V.: «Algunos caracteres de la nueva poesía española» Discurso editado por el Instituto de España. Madrid, 1955.

Asís, M.D. de: *Antología de poetas españoles contemporáneos (1900-1970).* 2 vols. Narcea. Madrid, 1977.

Cano, J.L.: *Antología de la nueva poesía española.* Gredos. Madrid, 1958.; *Poesía española del siglo XX. De Unamuno de Blas de Otero.* Guadarrama. Madrid, 1960.; *Poesía española contemporánea.— Las generaciones de postguerra.* Guadarrama. Madrid, 1974.

Catálogo de revistas: «Medio siglo de publicaciones de poesía en España». 1.er Congreso de Poesía. Segovia, 1952.

García Lorca, F.: «Las nanas infantiles» y «La imagen poética de don Luis de Góngora». *Obras Completas,* vol I. Aguilar. Madrid, 1974.

Garciasol, R. de: *Notas sobre la nueva poesía española (1939-1958).* Acento Cultural. Madrid, 1958.

Gimferrer, P.: «Notas parciales sobre la poesía española de postguerra», en *30 años de literatura.* Kairós. Barcelona, 1971.

González Muela, J.: *La nueva poesía española.* Alcalá. Madrid, 1973.

Grande, F.: *Apuntes sobre poesía española de postguerra.* Taurus. Madrid, 1970.

Guillén, J.: *Lenguaje y poesía.* Alianza. Madrid, 1969.

Hernández, A.: *Una promoción desheredada: la poética del 50.* Zero. Madrid, 1978.

Jiménez, J.C.: «Nueva poesía española (1960-1970)». *Ínsula,* n.° 288. Madrid, Noviembre, 1970.

Jiménez Martos, L.: *Antología de poesía española.* Aguilar. Madrid, 1960.; *La generación poética de 1936.* Plaza y Janés. Barcelona, 1972.

López Anglada, L.: *Panorama poético español.* Editora Nacional. Madrid, 1965.; *Caminos de la poesía española.* Mundo del Trabajo. Madrid, 1967.

López Gorgé, J.: *Poesía española contemporánea (1939-1964).— Poesía amorosa.* Alfaguara. Madrid, 1966.

Luis. L. de: *Poesía española contemporánea (1939-1964).— Poesía social.* Alfaguara. Madrid, 1965.; *Poesía española contemporánea (1939-1964).— Poesía religiosa.* Alfaguara. Madrid, 1969.

Manrique de Lara, J.G.: *Poesía española de testimonio.* Epesa. Madrid, 1973.; *Poetas sociales españoles.* Epesa. Madrid, 1974.

Montero, M.: *Poesía española contemporánea. Estudio y antología (1939-1965).* Plaza y Janés. Barcelona, 1966.

Millán, R.: *Veinte poetas españoles.* Ágora. Madrid, 1955.

Montesinos, J.F.: *Lope de Vega. Poesías líricas.* Clásicos Castellanos. Madrid, 1960.

Quiñones, F.: *Últimos rumbos de la poesía española.* Columa - Nuevos esquemas. Buenos Aires, 1966.

Revista «Poesía Española»: Número extraordinario dedicado a las revistas poéticas, 140-141. Madrid, 1964.

Rubio, F.: *Las revistas poéticas españolas.* Turner. Madrid, 1976.

Salinas, P.: *Jorge Manrique o tradición y originalidad.* Seix Barral. Barcelona, 1974.

Varios Autores: *Doce comentarios a la poesía de Manuel Machado*. Publ. de la Universidad de Sevilla, 1975.

Vivanco, L.F.: *Introducción a la poesía española contemporánea*. Guadarrama. Madrid, 1974. 2 vols.

Zardoya, C.: *Poesía española del siglo XX*, 4 vols. Gredos. Madrid, 1974.

c) ESTUDIOS SOBRE POESIA POPULAR TRADICIONAL

Alberti, R.: «La poesía popular en la lírica española contemporánea», en *Prosas encontradas* (recopiladas por R. Marrast). Ayuso. Madrid, 1973.

Carvalho-Neto, P.: *La influencia del folklore en Antonio Machado*. Demófilo. Madrid, 1975.

Devoto, D.: *Textos y contextos. Estudios sobre la tradición*. Gredos. Madrid, 1974.

Díaz, J.: *Palabras ocultas en la canción folklórica*. Cuadernos Taurus, n.° 10. Madrid, 1971.

Díaz-Plaja, G.: *Historia de la poesía lírica española*. Labor. Barcelona, 1948.

Díaz Roig, M.: *Romancero y la lírica popular moderna*. El Colegio de México. Mejíco, 1976.

Diego, G.: *La Navidad en la poesía española*. Col. O crece o muere. Madrid, 1961.

Frenk Alatorre, M.: Introducción a *Lírica española de tipo popular*. Cátedra. Madrid, 1977.

Larrea, A.: *Villancicos y canciones de Nochebuena*. Cremades. Tetuán, 1955.

Machado, A.: «Sobre la poesía popular», en *Juan de Mairena* (*Obras completas* de M. y A. Machado). Plenitud. Madrid, 1973.

Machado, M.: «Introducción» a *Cante Hondo* (*Obras completas* de M. y A. Machado). Plenitud. Madrid, 1973.

Machado y Alvarez, A.: *Estudios sobre literatura popular*. Biblioteca de tradiciones populares, Tomo V. Sevilla, 1984.; «Post-Scriptum» a *Cantos populares españoles* de F. Rodríguez Marín. Madrid, 1951.

Maillo, A.: Selección, prólogo y notas al *Cancionero Español de Navidad (1412-1942)*. Ed. de la Vicesecretaría de Educación Popular. Madrid, 1942.

Marco, J.: *Literatura popular en España en los siglos XVIII y XIX*. 2 vols. Taurus. Madrid, 1977.

Martínez Torner, E.: *Lírica hispánica. Relaciones entre lo popular y lo culto*. Castalia. Madrid, 1966.

Menéndez Pidal, R.: «Para la definición de poesía tradicional». *Cuadernos Hispanoamericanos*, XVII, n.° 47. Madrid, 1953.; *Estudios literarios*. Austral. Madrid, 1957.

Molho, M.: *Cervantes: raíces folklóricas*, Gredos. Madrid, 1976.

Rodríguez Marín, F.: *Cantos populares españoles*. Atlas. Madrid, 1951. 5 vols.

Sánchez Romeralo, A.: *El villancico* (Estudios sobre la lírica popular en los siglos XV y XVI). Gredos. Madrid, 1969).

Sau, V.: «La canción de cuna» en *Historia antropológica de la canción*. Picazo. Barcelona, 1972.

Siebenmann, G.: *Los estilos poéticos en España desde 1900*. Gredos. Madrid, 1973.

Solís, R.: *Flamenco y Literatura*. Libros Dante. Madrid, 1975.

Tejada, J.L.: *Rafael Alberti, entre la tradición y la vanguardia*. Gredos. Madrid, 1977.

d) ESTUDIOS SOBRE ANDALUCIA Y SOBRE POESIA ANDALUZA

Alvar, M.: «Los dialectalismos en la poesía española del s. XX». *Revista de Filología Española*, XLIII. Madrid, 1960.

Cuevas, José de las: Prólogo a la *Antología de Poetas de Arcos de la Frontera*. Alcaraván. Arcos de la Frontera, 1958.

Cuevas, J. y J. de las: *Arcos de la Frontera*. Publ. del Instituto de Estudios Gaditanos. Cádiz, 1979.

García Lorca, F.: «El cante jondo», en *Obras Completas*, I. Aguilar. Madrid, 1974.

González Climent, A.: *Antología de Poesía Flamenca*. Escélicer. Madrid, 1961.

Grupo «Bahía»: *Poesía andaluza*. Algeciras, 1972.

Guillón, R.: «Líricos de Andalucía». *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.° 42. Madrid, 1953.

Hernández Guerrero, J.A.: «Datos para la Historia de las letras gaditanas (1900-1930)». *Gades*, n.° 2. Cádiz, 1979.; «Datos para la historia de las letras gaditanas (1930-1960)». *Gades*, n.° 4. Cádiz, 1979,; *Cádiz y las Generaciones poéticas del 27 y del 36.— La revista «Isla»*. Publ. de la Universidad de Cádiz, 1983.; *Platero (1948-1954).— Historia, antología e índices de una revista literaria gaditana*. Fundación Municipal de Cultura.— Cátedra «Adolfo de Castro». Cádiz, 1984.

Jiménez Martos, L.: *Poetas del Sur*. Alcaraván. Arcos de la Frontera, 1963.

López Anglada, L.: *Antología de los poetas gaditanos del s. XX*. Arbolé. Madrid, 1972.

Mancheño, M.: *Galería de Arcobricenses ilustres*. Arcos de la Frontera, 1892.

Molina, R. y Mairena, A.: *Mundo y formas del cante flamenco*. Al-Andalus. Granada, 1971.

Murciano, A. y C.: *Antología de poetas de Arcos de la Frontera*. Alcaraván. Arcos de la Frontera, 1958.; «Memoria y Presencia de *Alcaraván*» *Poesía Española*, n.° 140-141. Madrid, septiembre, 1964.

Murciano, C.: «Arcos, *Alcaraván* y sus poetas», *La Estafeta Literaria*, n.° 282-283. Madrid, enero 1964.; «Algunas notas para una poética» en *Antología* (1950-1972). Plaza y Janés. Barcelona, 1973.; *Arcos de la Frontera*. Everest. León, 1974.

Pérez Embid, F.: «Pequeña teoría de Andalucía». *La Estafeta Literaria*, n.° 232. Madrid, 1962.

Pérez Mayolín, R.: *Arcos de la Frontera literario y poético*. Publ. de la Caja de Ahorros de Jerez de la Frontera, 1975.

Quiñones, F.: «... y en Cádiz, *Platero*» *Poesía Española*, n.° 140-141. Madrid, Septiembre 1964.

Ríos Ruiz, M.: *Diccionario de escritores gaditanos*. Instituto de Estudios Gaditanos. Cádiz, 1973.

Rodríguez Marín, F.: *El alma de Andalucía en sus mejores coplas amorosas*, (Véase Prólogo). Madrid, 1929.

Ruiz Copete, J.: *Poetas de Sevilla*. Publ. de la Caja Provincial de Ahorros San Fernando de Sevilla, 1971.; *Nueva poesía gaditana*. Ed. de la Caja de Ahorros de Cádiz, 1973.; *Antología poética* de Julio Mariscal (Selección y estudio inicial). Publ. de la Universidad de Sevilla, 1978.

Urbano, M.: *Andalucía en el testimonio de sus poetas*. Akal. Madrid, 1976.

Varios Autores: *Andalucía en la Generación del 27*. Publ. de la Universidad de Sevilla, 1978.

Varios Autores: *Antología de poetas onubenses*. Instituto de estudios Onubenses. Huelva, 1974.

Varios Autores: *Antología de la actual poesía onubense*. Litoral. Huelva, 1965.

e) ESTUDIOS SOBRE LA OBRA POÉTICA DE ANTONIO MURCIANO

Murciano, C.: *La Calle Nueva* (Memorias de infancia). Librería Huemul. Buenos Aires, 1973. 2.ª Ed.; «Con Antonio y su poesía» en *Antología* de Antonio Murciano. Plaza y Janés. Barcelona, 1975.

Valbuena Prat, A.: *Historia de la Literatura Española*. t. IV, pp. 1017-1020. Gustavo Gili. Barcelona, 1968.

F. Lucio: «La "Navidad" de A.M.»; «Tarrasa Información». Tarrasa, diciembre 1966.

J.M. Rodríguez Méndez: «*Navidad* de A.M.»; «La luna negra». Barcelona, 1953.

L. de Luis: «*Navidad* de A.M.»; «Poesía Española», n.° 12, diciembre, 1952.

R. Laffón: «*Amor es la palabra* de A.M.»; «ABC» Sevilla, 10-11-57.

J.M. García Gópez: «Encuentro con A.M. y su último libro»; «Diario de Cádiz», 1958.

F. Martínez Ruiz: «Versos en vísperas de boda»; «Signo», n.° 1008, Mayo, 1959.

R. De Garciasol: «Murciano, Antonio. *La Semilla*» «Insula», n.° 159. Madrid, 1958.

J. Caro Romero: «En torno a un poeta arcense»; «El Correo de Andalucía» Sevilla, 4-9-59.

F. C. Sainz de Robles: «Murciano, Antonio: *La Semilla*». Madrid, 22-10-59.

R. Vázquez Zamora: «A.M. siembra su poética semilla optimista». "España Semanal", 15-11-59.

R. Laffón: «*La Semilla,* de A.M.»; «ABC» Sevilla, 9-1-60.

J.A. Villacañas: «A.M.; *La Semilla»;* «Ayer y hoy» Toledo, enero-febrero, 1960.

T. Salvador: «*La Semilla,* por A.M.»; «Ondas». Barcelona, 15-2-60.

F. Botello: «A.M. y su semilla lírica». Sevilla, 12-5-60.

L. Jiménez Martos: «*La Semilla* de A.M.»; «La Estafeta Literaria», 1960.

M. Fernández Almagro: «Un poeta». La Vanguardia. Barcelona, 12-8-59.

D. Santos: «Versos de A.M.». Pueblo. Madrid, 12-7-61.

M. Ostos Cabella: «Plumas hermanas». El Reporter. Santiago de Chile, 11-4-59.

J. Caro Romero: «*De la piedra a la estrella,* de A.M.». El Correo de Andalucía. Sevilla, 24-2-61.

L. Jiménez Martos: «*De la piedra a la estrella,* de A.M.». La Estafeta Literaria. Madrid, 15-4-61.

S. Jiménez: «*De la piedra a la estrella,* de A.M.». Arriba. Madrid, 26-4-61.

J. Delgado Valhondo: «*De la piedra a la estrella*». Alcántara. Cáceres, 1963.

J.J. Cuadros: «Los días íntimos de A.M.». Rocamador, n.° 27. Palencia, Otoño, 1962.

J. Casal: «*Los días íntimos* de A.M.». Alcántara, n.° 141. Cáceres, 1963.

T. Salvador: «*Los días íntimos* de A.M.». Ondas. 1-2-63.

F. Quiñones: «*Los días íntimos*». «Cuadernos Hispanoamericanos», n.° 158. Madrid, febrero, 1963.

F. Lucio: «La Pureza hecha voz.— En torno al último libro de A.M.». Tarrasa Información. 1-4-63.

V. Alperi: «*Los días íntimos* de A.M.». Comarca. Oviedo, 13-4-63.

F. Umbral: «*Los días íntimos* de A.M.». Poesía Española, n.° 124. Abril, 1963.

J. Salvador Ruiz: «*Los días íntimos* de A.M.». Diario de Cádiz. 15-5-63.

C. Castroviejo: «Las cosas que pasan.— Poetas del Sur». Información, 26-7-63.

M. Pinillos: «Poesía andaluza». Poemas n.° 7. Zaragoza, agosto, 1963.

D. Santos: «Antonio y Carlos Murciano». Pueblo. Madrid, 25-10-63.

M. Mantero: «Murciano, Antonio: *Los días íntimos*». Revista de Literatura del C.S.I.C., tomo XXIV. Madrid, 1964.

O. Betanzos Palacios: «*Los días íntimos* de A.M.». El Diario-La Prensa. New York, 28-4-64.

B. Mostaza: «*Los días íntimos* de A.M.». Ya. Madrid, 8-7-64.

E. Gutiérrez Albelo: «*Los días íntimos* de A.M.». Cánigo, n.° 46-47. Sta. Cruz de Tenerife, 1964.

J.G. Manrique de Lara: «*Nuevo Cuaderno de Na-*

vidad de A.M.». Poesía Española. Madrid, mayo, 1964.

J. Martos: «*Nuevo Cuaderno de Navidad* de A.M.». La Estafeta Literaria, n.° 302. Madrid, 10-19-64.

M. Ríos Ruiz: «La poesía navideña de los hermanos Murciano». La Voz del Sur. Jerez de la Fra., 5-1-65.; Torre Tavira, Cádiz - Navidad, 1965.

J. Caro Romero: «*Nuevo Cuaderno de Navidad* de A.M.». Agora, n.° 85-93, julio, 1964.

J. López Gorgé: «Un poeta andaluz de gran relieve». España. Tánger, 17-12-64.

E. Domínguez Lobato: «Homenaje clamoroso a Manolo Caracol». ABC. Sevilla, 12-9-65.

F. Allué y Morer: «*Perfil del Cante* de A.M.». Poesía Española, n.° 154, Octubre 1965.; Ceres, 15-10-65.

J. de la Plata: «El cante y su perfil poético». La Voz del Sur. Jerez de la Fra., 28-10-65.

L. López Anglada: «*Perfil del cante*». El Español. Madrid, 20-11-65.

F. Botello: «*Perfil del Cante*». Sevilla, 2-1-66.

M. Rios Ruiz: «Un año de poesía bajoandaluza». La Voz de la Bahía, 4-1-66.

M. Fernández Almagro: «Perfil del Cante». ABC. Madrid, 27-1-66; ABC. Sevilla, 30-1-66.

R. Vázquez Zamora: «La canción de A.M.», España Semanal. Madrid, 6-3-66.

J. de la Plata: «Nueva edición de *Perfil del Cante* en tirada popular». El Correo de Andalucía. Sevilla, 24-11-66.

C. García Fernández: «A.M.: *Canción mía*». El Correo de Andalucía. Sevilla, 19-11-65.

R. Morales: «La canción de A.M.». Arriba. Madrid, 28-11-65.

M. Rios Ruiz: «Noticia de dos poetas con esperanza». La Voz de la Bahía. Algeciras, 11-1-66.

A. del Villar: «Canciones de A.M.». Alerta. Santander, 29-1-66.

F. Umbral: «*Canción mía* de A.M.». Poesía Española, n.° 153. Febrero, 1966.

J. Ledesma: «*Canción mía* de A.M.». Alamo. Salamanca, junio 1966.

L. Jiménez Martos: «A.M.- *Canción mía*». La Estafeta Literaria, 21-5-66.

G. Díaz-Plaja: «*Canción mía* de A.M.». ABC. Madrid, 24-11-66.

F. Lucio: «Cuando la canción es necesaria». Tarrasa Información, 26-11-67.

J. Aristeguieta: «Antonio Murciano». Punta Europa. Madrid, agosto-sept.,1967.

R. Laffón: «Cuadernos de María José». ABC. Sevilla, 2-6-66.

F. Allué y Morer: «*Canciones con fondo de esperanza*». Ceres. Cáceres, 15-6-66.

J. Aristeguieta: «*Canciones con fondo de esperanza*». Indice Literario. Caracas, 30-10-68.

F. Lucio: «Dúo lírico de A. y C. Murciano». Tarrasa Información, 7-11-66.

M. Rios Ruiz: «A.M., Premio Ciudad de Palma». La Voz de la Bahía. Algeciras, 29-1-66.

L. Jiménez Martos: «A.M.: *Fe de Vida*». La Estafeta Literaria, n.° 430. Madrid, octubre 1969.

A. Burgos: «Lo último de A.M.». ABC. Sevilla, 13-11-69.

R. Morales: «A.M., poeta en tres tiempos». Arriba. Madrid, 14-12-69.

J. Ruiz Copete: «*Fe de Vida* de A.M.». Nuestra ciudad. Madrid, enero 1970.

J. Ledesma: «A.M.: *Fe de Vida*». Alamo. Salamanca, febrero 1970.

J. López Gorgé: «Consideraciones en torno a *Fe de Vida*». España. Tánger 13-4-71.

J.M. López Vázquez: «En tierra de poesía.- *Noche-*

buena en Arcos». El Diario Montañés. Santander, 18-1-73.

R. Laffón: «*Nochebuena en Arcos* de A.M.». ABC. Sevilla, 28-1-73.

F. Garfias: «*Nochebuena en Arcos* de A.M.». Poesía Hispánica, n.° 242. Madrid, febrero 1973.

J.M. Espinosa: «*Nochebuena en Arcos* de A.M.». ABC. Sevilla, 20-1-73.

F. de la Brecha: «*Nochebuena en Arcos* de A.M.». Flamenco. Ceuta, Febrero 1973.

G. Sena Medina: «*Antología* de A.M. o veinticinco años de un poeta». La Voz del Sur. Jerez de la Fra., 15-2-76.

L. Jiménez Martos: «El arraigo y la canción de A.M.». La Estafeta Literaria», n.° 582, 15-2-76.

M. Barrios: «Una *Antología* de A.M.». El Correo de Andalucía. Sevilla, 15-2-76.

F. Salgueiro: «*Antología* de A.M.». Poesía Hispánica., n.° 280. Abril 1976.

J. García Nieto: «*Antología* de A.M.». La Estafeta Literaria, n.° 585. 1-4-76.

J. López Martínez: «Casi toda la obra poética de A.M.». Ya. Madrid, 13-5-76.

H. E. Pedemonte: «En torno a la poesía de A.M.». La Estafeta Literaria, n.° 596. 15-9-76.

F. de la Brecha: «Un libro de poesía». El Faro. Ceuta, 1-12-76.

M. Ríos Ruiz: «El poeta del flamenco». Gaceta Ilustrada». Madrid, 26-12-76.

H.E. Pedemonte: «*Poesía Flamenca (1960-1975)* de A.M.». Poesía Hispánica, n.° 289, enero 1977.

F. Mena Cantero: «*Poesía Flamenca* de A.M.». Informaciones de Andalucía. Sevilla, 3-2-77.

F. Salgueiro: «Las candelas más vivas de A.M.». La Estafeta Literaria, n.° 605, 1-2-77.

R. Fernández Pombo: «*Poesía Flamenca,* un buen cante a los buenos cantes». Ya. Madrid, 10-3-77.

F. Botello: «*Poesía Flamenca*». Sevilla, 12-4-77.

M. Mantero: «Antonio Murciano y su fidelidad a lo popular». Revista «Alaluz». Univesidad de Georgia (EE.UU.), Marzo, 1983.

J. Garcia Nieto: «Campo Sur». Ya Semanal. Madrid, 8-5-81.

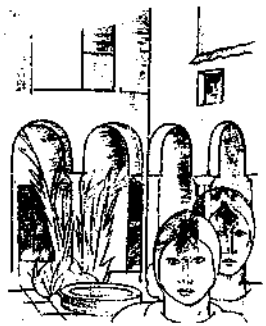
H.E. Pedemonte: «Antonio Murciano: De *Navidad* a *Concierto en mí*». Nueva Estafeta, n.° 48-49. Madrid, noviembre-diciembre, 1982.

L. de Luis: «Concierto en mí». Ya. Madrid, 23-7-82.

F. Vallecillo: «Catálogo de Libros, Librillos y cuadernos de coplas flamencas». Revista «Candil». Jaén, agosto 1982.

F. Martínez Ruiz: «Antonio Murciano». El amor es un potro desbocado. ABC. Madrid, 5-6-82.

M.C. García Tejera: «La huella del flamenco en una obra de Antonio Murciano (Estudio temático de *Poesía Flamenca*)»; *Gades*, n.° 4. Cádiz, 1979.; «La intertextualidad como recurso poético». *Gades*, n.° 8. Cádiz, 1981.; «El tiempo como tema y símbolo poético». *Gades*, n.° 10. Cádiz, 1982.; *Poesía Flamenca (análisis de los rasgos populares y flamencos en la obra poética de Antonio Murciano)*. Publicaciones de la Universidad de Cádiz. Cádiz, 1986.



Se acabó de imprimir
la presente edición
en los talleres de
Imprenta «LA VOZ»
en San Fernando (Cádiz)
en Junio de 1986.

Literatura 2

Diputación de Cádiz